

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son tuyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

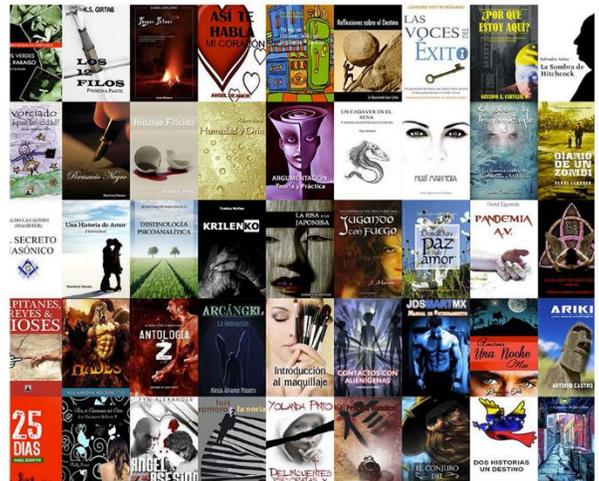
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



Apple Windows android nook kindle

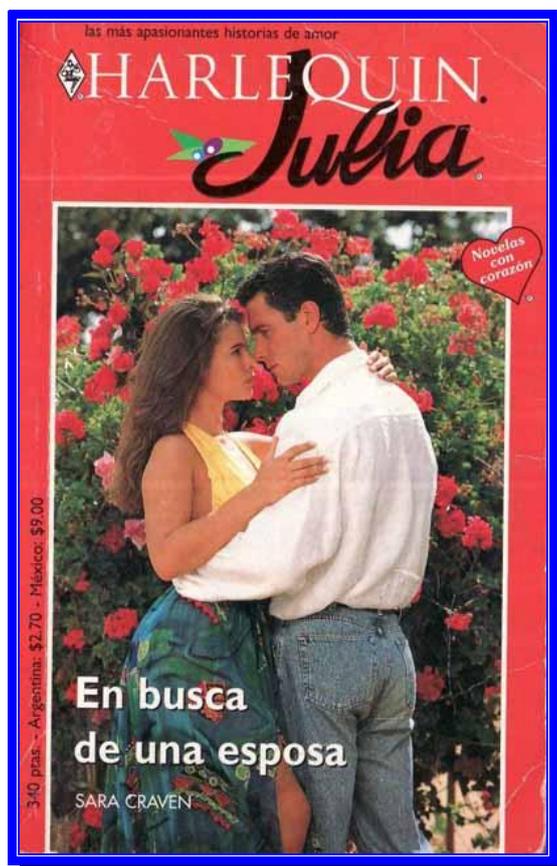
- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS

En busca de una esposa

Sara Craven

6º Serie Multiautor Se busca niñera



En busca de una esposa (1997)

Título Original: Ultimate temptation

Serie: 6º Serie Multiautor Se busca niñera

Editorial: Harlequín Iberica

Sello / Colección: Julia 890

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Giulio Falcone y Lucy Winters

Argumento:

Giulio Falcone era el sueño de toda mujer: alto, moreno y mortalmente atractivo. Había acudido en ayuda de Lucy cuando ésta lo necesitaba. Quizá fuese natural que el conde italiano quisiera algo a cambio.

Necesitaba una mujer, cualquier mujer, y Lucy estaba en deuda con él... y en su casa. Pero su interés por ella era tanto práctico como sexual. Necesitaba una niñera para cuidar a sus sobrinos. Y Lucy se encontró en el sitio inadecuado, en el momento inadecuado y con la tentación... Giulio.

Capítulo 1

LUCY, mira al tipo que está en la última mesa. ¿Has visto en tu vida algo parecido? Lucy Winters se encogió cuando el susurrado grito le penetró los oídos y, supuestamente, a todos los que estaban sentados en la terraza del café. Clavó los ojos en la guía de Toscana y deseó poder meterse dentro y cerrar las tapas.

La única esperanza era que el desconocido Adonis fuese sordo o no hablara inglés. Sin embargo, una fugaz mirada en su dirección le dijo instantáneamente que su optimismo era infundado.

Vio un perfil digno de una estatua de Miguel Ángel en bronce que ahora mostraba desdén. Una nariz aristocrática acompañaba a una firme boca y una marcada barbilla se alzó con gesto arrogante cuando su propietario le hizo una señal al camarero para que le llevase la cuenta. Se volvió para recoger un portafolios de cuero y, durante un momento sus ojos, fríos como el ámbar helado, se encontraron con los de Lucy.

Se decía que el hielo podía quemar, y Lucy se sintió como si la hubieran abrasado de la cabeza a los pies.

—Nina, por el amor de Dios. Te ha oído —murmuró Lucy.

—¿Y qué? —Nina no se arrepintió—. Para eso están estos macizos italianos, para que los miren y les admiren. Mira, se va. Dios mío, qué movimiento de caderas. Apuesto a que es sensacional en la cama.

Lucy, avergonzada por la falta de modales de su compañera, se quedó observando, con más que un interés clínico, la alta figura que se retiraba.

Sí, era casi una belleza clásica, aunque llevaba el pelo demasiado largo para el gusto de Lucy. Pero claramente le había molestado el descarado interés de Nina y no lo había disimulado. ¿Quién podía culparlo?

No era un hombre al que se pudiera enfadar, pensó Lucy.

—Creo que es algo más que un atractivo italiano. Llevaba un traje de diseño, probablemente de Armani —comentó Lucy irónicamente.

Nina rió.

—Me interesaba más lo que había dentro. Empieza a gustarme Italia.

Nina llamó al camarero para que les llevara otros dos cappuccinos y Lucy volvió a la guía de Toscana.

No por primera vez durante las cuarenta y ocho horas posteriores a su llegada, se preguntó si había hecho bien.

Había sido un tiro a ciegas acceder a compartir una villa en Toscana con otras tres chicas que eran, relativamente, unas desconocidas. Pero había necesitado desesperadamente alejarse, descansar, irse a un lugar completamente distinto.

Y cuando oyó a Nina, que trabajaba en el departamento de contabilidad, lamentarse de que una de las cuatro chicas con las que había alquilado la casa se había echado atrás en el último minuto, se oyó a sí misma decir:

– Yo iré en su lugar.

Tres semanas de sol en Toscana habrían sido impensables cuando estaba con Philip. A él le gustaban las vacaciones de acción: surf, marchas en Escocia y montañismo en Gales. Y ella había disimulado su aprensión y se le había unido. Navegar a vela por las islas griegas era lo más próximo a unas vacaciones tranquilas a lo que él había accedido, pero Lucy no resultó ser una buena marinera.

Quizá debiera haberse dado cuenta de que la relación no iba bien cuando él mostró abiertamente su irritación e impaciencia con ella en el último viaje. O quizá el amor fuera realmente ciego, pensó Lucy, intentando ni mirarse el dedo en el que había llevado el anillo de compromiso.

Cuando Philip le dijo que había otra mujer en su vida, Lucy quedó destrozada. Pero ahora, al mirar atrás, sabía que debía haberse dado cuenta.

Lo observó anonadada mientras él recogía sus cosas y se marchaba del piso que habían compartido. El de Lucy, por supuesto, pero había sido opción de ella.

Ahora se le presentaba una nueva elección: decidir si quedarse allí, a pesar de los recuerdos, o marcharse a otra casa.

– Siempre puedes venir a vivir una temporada con nosotros – le dijo su hermana Jan arrugando, preocupada, su bonito y pecoso rostro –, hasta que decidas qué quieres hacer.

Lucy quería mucho a Jan, a su cuñado, un enorme jugador de rugby, y al par de sobrinos que, invariablemente, estaban manchados de barro; sin embargo, sabía que irse a vivir con ellos, aunque sólo fuese algo temporal, no era una solución.

– Precisamente para eso es para lo que voy a tomarme estas vacaciones, para pensar e intentar solucionar mi vida – intentó sonreír –. Me lleva tiempo adaptarme a una situación nueva.

– ¿Te parece la forma correcta de hacerlo? – Jan echó azúcar en la ensalada de frutas que puso delante de su hermana –. ¿Compartir una casa con una chica a la que apenas conoces y con sus amigas? Me parece un error.

– Tú dedícate a las tartas de manzana – contestó.

Lucy, intentando mostrarse animada –. He visto la foto de la villa Dante y es fantástica; además, el alquiler es increíblemente barato. El dueño es el encargado del restaurante italiano al que Sandie y Fee van después de las clases de italiano.

– ¿No lo lleva una compañía seria? – Jan frunció el ceño y Lucy la abrazó.

– Deja de hacer de madre. Ya verás, será maravilloso. Incluso puede que consiga pintar algo.

—En fin. Si eso es lo que quieres —Jan suspiró—. Maldito Philip, me cuesta creer lo que te ha hecho —Jan hizo una pausa y miró a su hermana con preocupación—. ¿Quién es ella? ¿La conoces?

Lucy comió un poco de manzana para disimular su pesar.

—¿Recuerdas que cambió de trabajo hace unos meses y se fue a la oficina central de un banco? Pues, al parecer, ella es la hija del director. Philip siempre ha sido muy ambicioso.

—Yo no lo llamaría así —comentó Jan—. En fin, olvídate de ese sinvergüenza y diviértete durante las vacaciones.

Ésa había sido la intención de Lucy, pero se dio cuenta de que le iba a resultar difícil cuando en el vuelo a Pisa sus compañeras se aprovecharon de las bebidas gratis que ofrecían en el avión y también, desinhibidamente, coquetearon con un grupo de jóvenes cuyos asientos estaban al otro lado del pasillo.

Lucy, que no probó el alcohol porque alguien tenía que ser capaz de conducir el coche alquilado que les estaba esperando en Pisa, notó las miradas de desaprobación que les lanzaron otros pasajeros.

Sin embargo, sus compañeras se mostraron hostiles con ella cuando Lucy intentó hacerlas ver que debían calmarse un poco.

—Qué pesada, no me extraña que su novio la dejara —le oyó murmurar a Sandie, que hablaba con Fee.

Tommaso, su casero, estaba esperándolas en el aeropuerto para darles las llaves del pequeño Fiat y de la villa. Era más joven de lo que Lucy había imaginado, eficiente y agradable, pero no le había atraído.

Y tras lanzarle una rápida mirada, aquellos ojos oscuros le dijeron abiertamente que no encontraban tampoco atractivo en el delgado cuerpo de ella ni en sus rasgados ojos castaños. Las compañeras de Lucy con sus escotados y cortos vestidos de verano eran más del gusto de Tommaso, y las miró con admiración mientras charlaban.

Lucy no había esperado tener que pagar el alquiler del coche con dinero en metálico y en ese mismo momento, pero las demás no vieron nada extraño en ello.

—Si tenéis algún problema, decírselo a Maddalena, la criada —dijo Tommaso al final.

—¿Y si ella no pudiera solucionarlo? —preguntó Lucy con voz fría.

Había ido a Italia a relajarse, pero todo era demasiado informal.

Tommaso se encogió de hombros.

—Entonces, os ponéis en contacto conmigo —Tommaso les dio una tarjeta con su nombre escrito a mano en ella—. Vivo aquí, en Montiverno.

Mientras Lucy trataba de acostumbrarse a conducir por la derecha, se sintió consumida por el pesimismo, más aún cuando sus compañeras insistieron en ver la famosa torre inclinada antes de abandonar Pisa.

— Esa maldita cosa no parece inclinada sino derecha — comentó Nina con voz espesa por el alcohol.

Lucy suspiró, salió de Pisa y se encaminó hacia el sur.

Hacía un día espléndido, el sol lucía en un cielo azul y una suave brisa llevaba aroma a pino y romero. Pasó por campos de girasoles y pequeños pueblos, en las colinas, cuyas casas tenían las persianas bajadas para protegerse del sol. Las otras chicas se habían dormido, así que Lucy pudo disfrutar del paisaje tranquilamente.

Siguiendo el mapa que Tommaso le había dibujado, pasó de largo Montiverno, un pequeño pueblo en la cima de una colina rocosa en cuyo pico se alzaba una antigua fortaleza, y se adentró en el ancho valle flanqueado por terrazas plantadas de cepas y olivos.

Cuando dobló una curva, le sorprendió encontrarse con villa Dante, cuyo nombre estaba tallado en los altos pilares de piedra que adornaban la entrada.

Una imponente entrada para una casa de alquiler en verano, pensó Lucy mientras cruzaba con el pequeño Fiat la verja de hierro y se adentraba por el camino bordeado de cipreses.

Por fin, la casa apareció ante sus ojos y Lucy contuvo la respiración.

Fue amor a primera vista.

Frenó suavemente y se quedó contemplando la antigua fachada color albaricoque claro, el techo de teja y los anchos escalones de piedra que conducían a una pesada puerta de madera.

Las fotografías de la casa que había visto en Londres no le habían hecho justicia. Era como una exquisita pintura antigua enmarcada en el paisaje toscano.

— Bueno, nos servirá — comentó Fee, mientras salía del Fiat—. Espero que las malditas tuberías funcionen.

Maddalena salió afuera para saludarlas. Era una mujer de corta estatura, cabello negro salpicado de gris y estaba notablemente nerviosa. Apenas habló ni sonrió mientras les enseñaba el entorno.

La casa ocupaba tres lados de un gran patio con un pórtico de columnas. En el centro del patio, había una fuente de piedra de la que el agua salía por el cántaro inclinado que sostenía una ninfa. Una escalinata bajaba a una amplia terraza con una piscina. Por fin, el jardín con arbustos, caminos de grava, rosales y una gran profusión de distintas flores.

Dentro, las habitaciones eran espaciosas y, aunque el mobiliario no era excesivo, daba la impresión de que habían sido decoradas con sumo cuidado.

Los ojos de Lucy se agrandaron al contemplar el comedor con frescos en las paredes, una inmensa mesa de madera y sillas de respaldo alto. Después, en el salón informal, vio un exquisito techo ornamentado, una gran chimenea de piedra y unos cómodos sofás de cuero.

¿Toda esa grandeza por tan poco dinero? Se preguntó Lucy en silencio, pero sus compañeras no parecían extrañadas.

Los dos primeros días transcurrieron con suficiente tranquilidad. Tomaron el sol, se bañaron en la piscina y disfrutaron de las excelentes dotes culinarias de Maddalena. Sandie y Fee pasaron buena parte del tiempo al teléfono, hablando en voz baja y riendo.

Lucy rezaba porque no estuvieran llamando a Inglaterra; de ser así, la cuenta sería astronómica y ella tenía un presupuesto limitado.

Sin embargo, decidió preocuparse de eso cuando llegara el momento y disfrutar el presente, que conllevaba aquel maravilloso lugar y el lujo de una criada.

Pero aquella mañana Maddalena no se presentó.

—Puede que sea su día de descanso —comentó Nina enfadada, mientras intentaba preparar una cafetera—. ¿Te ha comentado algo a ti, Lucy?

—No, casi no habla —admitió Lucy—. Sigue pareciéndome como si le diéramos miedo.

Lucy miró a Sandie y añadió:

—¿Por qué no vas a su casa para ver si le ha pasado algo?

—¿Por qué yo?

—Porque tú y Fee sois las que habéis ido a clases de italiano —le recordó Lucy con paciencia.

Fee hizo una mueca de disgusto.

—Y hasta la fecha no nos ha servido para nada. En fin, de todos modos, iré a ver —dijo Fee con aire de hacer una gran concesión.

Volvió casi al momento.

—No hay nadie en su casa —informó Fee—. He echado una mirada por una de las ventanas y la casa parece vacía, como si la hubieran desocupado corriendo.

—Oh, Dios mío —Nina estaba alarmada—. Nuestro dinero, nuestros cheques de viaje...

Pero todas sus pertenencias estaban en su sitio.

—Debe haberse hartado del trabajo —observó Fee con desagrado—. Pero la criada está incluida en el precio que le hemos pagado a Tommaso, así que ya puede darse prisa en mandarnos a otra criada. Se lo diremos después de ir a hacer la compra.

Y así fue como Lucy se encontró sentada en la plaza principal de Montiverno tomando con café con Nina mientras las otras chicas hacían la compra, para lo que se habían ofrecido voluntarias.

Volvieron cargadas de provisiones y sonrientes.

—No podéis imaginar con quien nos hemos tropezado en el supermercado — comentó Sandie, mientras se sentaba—. Con esos tipos que conocimos en el avión, Ben y Dave. Los padres de Ben tienen una casa de verano a unos pocos kilómetros de aquí, en Lussione. ¿No es una increíble coincidencia?

Su rostro y su voz eran neutrales, pero Lucy vio el guiño que le hacía a Nina.

Era evidente que se habían mantenido en contacto desde el primer momento, la explicación a las llamadas telefónicas. Y la excursión a hacer la compra había sido, en realidad, una cita.

—Así que esta noche vamos a preparar una pequeña fiesta para celebrarlo. Les ha parecido una gran idea.

Fee se ajustó las gafas de sol.

Lucy se la quedó mirando.

—¿Que vais a dar una fiesta en la villa?

—¿Y por qué no? —preguntó Sandie en tono desafiante.

De repente, las tres miraron a Lucy con furor, como si esperasen que ella fuese a estropearlo todo. Como ella creía que debía hacer.

—No me parece el lugar adecuado para ese tipo de cosas —se sintió una contra tres—, el mobiliario es muy valioso. Y puede que a Tommaso no le guste que vayan desconocidos a su propiedad.

—Pues si tanto te preocupa, pregúntaselo —le espetó Nina—. Pídele permiso al mismo tiempo que le dices lo de Maddalena. E invítale a la fiesta por si le apetece.

Nina se miró el reloj y añadió:

—Voy a ver esa pequeña boutique que hay más abajo en esta calle. Nos encontraremos aquí dentro de una hora.

«Ahora sí que me siento aislada», pensó Lucy mientras subía las estrechas calles empedradas hacia la rocca.

Se detuvo para volver a leer la dirección que Tommaso le había dado y frunció el ceño ligeramente. Le habían indicado cómo ir en el café, pero las casas de esa zona parecían demasiado humildes para el hombre que controlaba la villa Dante.

La casa de Tomasso estaba en el medio de una calle. Dos escalones rotos conducían a la puerta y había una persiana también rota que colgaba en un increíble ángulo en la ventana principal del piso bajo.

El timbre no funcionaba y Lucy dio unos golpes en la puerta, pero fue en vano. No se oía nada en el interior de la casa.

Se acercó a una ventana y, poniéndose de puntillas, se asomó a su interior. Ni un mueble. Tampoco había rastros de vida.

Lucy se mordió los labios y se apartó de allí. Primero, Maddalena; ahora, Tommaso. ¿Qué estaba pasando?

Miró a su alrededor sin saber qué hacer. Su italiano no era lo suficientemente bueno para preguntar sobre criadas y caseros, y la observaban desde las ventanas de varias casas.

«Será mejor que vaya a buscar a las otras y se lo diga», decidió Lucy, mientras se alejaba de allí.

Pero debió equivocarse de camino porque se encontró en otra plaza: ni un bar, ni gentío, sino una iglesia gótica.

La plaza estaba vacía y Lucy oyó el eco de sus pasos mientras caminaba por los adoquines; después, se detuvo mientras se preguntaba cuál de las muchas callejuelas que salían de allí conduciría al centro del pueblo.

El silencio era opresivo y amenazante. Entonces, de repente, lo rompió el ruido del motor de una moto.

Las palomas echaron a volar. Lucy se dio media vuelta y, confusamente, vio dos figuras cubiertas en cero y con anónimos cascos. Después, se dio cuenta de que el conductor iba directamente hacia ella.

Lucy lanzó un grito y trató de dar un salto hacia atrás mientras una mano le agarraba la correa del bolso para intentar arrebatárselo. Pero Lucy lo sujetó con fuerza, negándose a soltarlo. La moto aceleró y Lucy cayó al suelo, la iban a arrastrar si no soltaba el bolso.

—¡No! —gritó Lucy; fue un grito de miedo y de ira—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Y oyó el grito furioso de un hombre.

Vio a alguien corriendo hacia ella, sintió que le daban otro tirón al bolso y, de repente, la sujeción metálica de la correa del bolso cedió y Lucy se quedó tumbada en el suelo, magullada pero libre y con el bolso firmemente en las manos mientras sus asaltantes se marchaban a toda velocidad.

Le pareció más seguro permanecer donde estaba. El corazón le latía con fuerza, temblaba y se sentía mareada. Apenas notó que alguien se agachaba a su lado y le hablaba con profunda voz en italiano, una mano le tocó el hombro.

—No —Lucy reaccionó con pánico—. Aléjese de mí.

Le oyó murmurar algo cuando ella le dio una patada en la pierna.

—No sea tonta, *signorina* —dijo él en inglés—. Ha pedido ayuda a gritos, ¿es que no se da cuenta de que eso es lo que estoy intentando hacer, ayudarla? ¿Está malherida? ¿Puede sentarse?

Lucy le permitió que la ayudara a sentarse. Las manos que la tocaban eran suaves y fuertes, y un aroma a colonia masculina le tocó los sentidos.

Volvió la cabeza despacio y lo miró; con angustia, se dio cuenta de que era el hombre de la terraza del café.

El «macizo» de Nina.

De cerca era más atractivo aún. Guapo y altivo como un príncipe renacentista.

—Vaya, volvemos a encontrarnos —comentó él sin alegría—. ¿Qué está haciendo por aquí sola? ¿Es que no sabe que este lugar no es seguro?

—Ahora sí lo sé —Lucy alzó la barbilla y le lanzó una mirada desafiante—. Estaba buscando a una persona, creía que estas cosas sólo pasaban en las grandes ciudades.

—Desgraciadamente, los delincuentes de las grandes ciudades se han dado cuenta de que también pueden ganarse la vida en sitios como Montiverno —contestó él en tono seco—. Bueno, vamos a ver si puede ponerse de pie.

A Lucy le habría encantado apartarle de un manotazo, pero le permitió ayudarla a levantarse. Era amargamente consciente de lo sucia que estaba tras haberse caído, y los pantalones blancos de algodón se le habían roto.

—Querían mi bolso, pero no les he dejado que me lo quitaran.

—¡Estúpida! —dijo él con voz cortante—. Mejor perder el bolso que dejar que te maten.

Lucy se apartó un mechón de cabello que le caía sobre los ojos.

—Acabo de pasar una de las peores experiencias de mi vida y lo único que se le ocurre a usted es criticarme.

—No, no es eso lo único que se me ocurre. Tengo el coche ahí cerca, la llevaré a la clínica para que la examinen.

—No.

—¿Qué? —dijo él con frío énfasis.

Para mayor desgracia, Lucy se sonrojó mientras aquellos ojos ámbar la contemplaban de arriba a abajo lentamente.

—Quiero decir que muchas gracias, pero no deseo seguir molestándolo. Estoy bien, sólo un poco temblorosa por el susto.

—Le estoy ofreciendo mi ayuda, *signorina*, nada más. No voy a pedirle favores sexuales a cambio de mi asistencia, por muchas fantasías que usted o su amiga hayan elaborado.

El desdén que vio en su rostro golpeó a Lucy como un látigo. No había motivo para sentirse tan mortificada, pensó enfadada. Era un desconocido y, probablemente, no volvería a verlo nunca; por lo tanto, ¿qué más le daba si la juzgaba como a Nina?

Sin embargo, y por ridículo que pareciese, le importaba.

—Piense lo que quiera, *signore* —dijo ella con voz fría como el hielo—. Le agradezco la ayuda, pero no la opinión que tiene de mí.

—En ese caso, acéptela. No puedo marcharme dejándola en este estado. Pero le aseguro que no dispongo de todo el día para convencerla. Así que, por favor, decídase.

Lucy se mordió los labios.

– Bueno... quizá podría llevarme a la plaza principal, he quedado allí con mis amigas.

– Por supuesto. Sin duda habrá más hombres allí para ser examinados. Deberían tener cuidado aquí, no están en el frío mundo anglosajón. Provocar a un toscano podría ser como jugar con fuego.

Ella le dedicó una frígida mirada anglosajona.

– Por favor, no se preocupe por mí, estoy hecha a prueba de fuego.

Aunque no se sentía a prueba de fuego.

Se trataba de un coche deportivo, naturalmente; negro y largo que escondía un poderoso motor.

Lucy se sentó en el coche con toda la dignidad de que fue capaz, se quedó en silencio y esperó no estarle manchando de sangre la tapicería del asiento del coche mientras él conducía por la maraña de estrechas calles hasta salir a una de las calles que daban a la familiar plaza principal.

– ¿Está segura de que no quiere que la lleve al hospital? – preguntó él con fría cortesía.

– Sí, completamente segura. Sólo tengo unos rasguños. Ha sido usted... muy amable.

Lucy intentó abrir la puerta sin conseguirlo y él se inclinó sobre ella para hacerlo. De nuevo, Lucy fue consciente de aquella musgosa fragancia y de la enervante calidez del cuerpo de ese hombre tan próximo al suyo. Demasiado cálido. Demasiado cerca.

Sus miradas se encontraron y vio una pequeña llama en esos ojos ámbar; después, se oyó a sí misma tragar saliva.

– ¿En serio cree que está hecha a prueba de fuego? – preguntó él burlonamente.

Acercó el rostro al de Lucy, le puso los dedos en la barbilla y la besó en la boca, lenta y concienzudamente.

Después la soltó y, con un gesto de la mano, le indicó que estaba libre para marcharse.

Ardiendo, Lucy salió del coche y, a sus espaldas, oyó la voz de él.

– Espero que la aventura con este macizo italiano no le haya desilusionado. *Arrivederci, signorina.*

Entonces, silenciosamente como una pantera, el coche se alejó, y ella se quedó mirando su marcha con una mano en los temblorosos labios.

Capítulo 2

«POR el amor de Dios, no es la primera vez», se dijo a sí misma Sara. «No eres una niña, ya has estado enamorada de un hombre y has vivido con él; así que un beso, aunque te lo haya dado un completo desconocido, no es nada extraordinario. Tranquilízate».

Estaba tumbada en la cama de su dormitorio en la villa mirando al techo, intentando considerar objetivamente lo que había ocurrido.

Las otras chicas se habían quedado preocupadas cuando a la vuelta de su excursión a la boutique se enteraron de lo que le había ocurrido a Lucy; al principio, querían llamar a la policía, pero ésta se lo impidió debido a que ni sabía el número de matrícula de la moto ni tenía una adecuada descripción de sus ocupantes. Además, no había perdido nada, y el único testigo había desaparecido.

Lo había descrito como un transeúnte ya que le pareció más sensato no revivir el interés de Nina y evitar el aluvión de incómodas preguntas.

Nina condujo el Fiat de vuelta a villa Dante con excesivo cuidado; al llegar, Sandie y Fee le ofrecieron té y pastas.

No obstante, mostraron su escepticismo cuando ella les habló de Tommaso. La idea general era que Lucy tenía una dirección equivocada.

— ¿Cómo el propietario de un sitio como éste va a vivir en un lugar así? — había preguntado Nina, y Lucy tuvo que admitir que no era probable.

Al día siguiente intentaría hacer las averiguaciones pertinentes.

Sin embargo, Maddalena seguía sin dar señales de vida, lo que significaba que Nina y las demás tenían que preparar la fiesta.

Pero no esperaban la ayuda de Lucy. Nina la había acompañado al piso superior, le había preguntado si necesitaba algo y luego, tras la educada negativa de Lucy, se marchó.

Una vez a solas, Lucy se había dado un baño de espuma para calmar su magullado cuerpo; sin embargo, no le resultó tan fácil hacerlo con sus sentimientos, pensó mientras se secaba y se cubría con una bata de seda amarillo limón.

La suya no era la mayor de las habitaciones, pero era la que tenía la mejor vista del valle y le gustaba la sencillez de la línea de los muebles y las pesadas cortinas color crema. Se le ocurrió que era un dormitorio de aspecto masculino. Quizá allí fuera donde Tommaso dormía; al pensar en ello, se le erizó la piel.

Alguien le había llevado una jarra de zumo de naranja y una caja de paracetamol mientras estaba en el baño. Era un gesto de verdadera amabilidad y quizá el comienzo de una nueva etapa en la que las relaciones con sus compañeras mejorarían.

Las tres eran más jóvenes que ella, aunque sólo por unos meses; perfectamente conscientes de su considerable atractivo y con la esperanza de pasárselo bien. ¿Qué había de malo en ello?

«Deberías dejar de ser tan crítica e integrarte más en el grupo», pensó Lucy. «Disfruta de lo que tienes, empezando por la fiesta de esta noche. Recuerda que ahora estás sola, que no formas parte de una pareja».

Con la ayuda del analgésico, se durmió durante un rato, pero unos sueños extraños la asaltaron. En ellos aparecía un hombre alto con el rostro orgulloso y hermoso de un ángel caído.

Se despertó sobresaltada en el ocaso, con los brazos extendidos en busca de alguien.

Philip, pensó. Debía echar de menos a Philip.

No se sentía particularmente descansada y tenía el cuerpo dolorido. No le costaría mucho prescindir de las festividades de la noche y quedarse en la tranquilidad de su habitación; sin embargo, la soledad tampoco le resultaba muy atractiva.

La mayor parte de la ropa que tenía allí era informal, pero en el último minuto había metido en la maleta un vestido de noche.

Lo miró sin entusiasmo. Philip le había animado a comprarlo durante su última semana juntos. No era de su estilo, con falda corta y cuerpo ajustado, escotado por el pecho y la espalda en forma de uve, lo que no favorecía sus estilizadas curvas. Y tampoco le favorecía el rojo.

Parecía diseñado para una mujer muy diferente, y cuando vio a Philip salir de un elegante restaurante en Knightsbridge con su nueva novia, una morena de voluptuosas curvas, Lucy se dio cuenta de en quién estaba pensando él cuando lo eligió.

Pero era el único vestido de noche que tenía, pensó mientras se abrochaba la cremallera, y quizá le hiciera bien ponérselo, como recuerdo de lo poco que su relación con Philip había significado.

Mientras se peinaba, Lucy se dio cuenta casi desapasionadamente de que la magia de su relación había desaparecido de sus vidas antes de que Philip la abandonara.

Al principio, durante la euforia del enamoramiento, Lucy ignoró el hecho de que hacer el amor con Philip no la llenaba de pasión y que Philip siempre parecía más preocupado por obtener su propia satisfacción que la de ella. Invariablemente, ella quedaba anhelando un clímax con el que sólo soñaba, pero sin haberlo experimentado en la realidad.

¿Cómo era posible que lo viera ahora todo tan claro? Se preguntó confusa.

Porque hoy un hombre la había besado, alguien a quien no volvería a ver; y en esos momentos, cuando la boca de él se apoderó de la suya, Lucy se había

estremecido hasta lo más profundo de su ser con una excitación desconocida hasta entonces para ella.

El intruso de sus sueños no había sido Philip, sino ese desconocido, había querido de él más, mucho más que un beso.

Se miró en el espejo y, de nuevo, se llevó la mano a los labios.

«Dios mío, ¿qué me ha pasado?» Pero no encontró una respuesta en su corazón.

A pesar de sus buenas intenciones, Lucy no se integró en la fiesta.

Los invitados llegaron con una caja de diferentes vinos y la música era rock.

Fee había preparado una enorme fuente de espagueti carbonara, que comieron en el comedor. Lucy parpadeó cuando vio a Dave apagar un cigarrillo en una esquina de la mesa con sumo descuido.

—Este sitio es fabuloso —comentó Ben, recostándose en el respaldo de la silla—. Habéis tenido una suerte increíble encontrando una casa justo al lado del bosque. Cuando mis padres vinieron aquí por primera vez en busca de una casa para las vacaciones, descubrieron que todo este distrito pertenece a una familia que se apellida Falcone, unos banqueros de Florencia, y que no estaban dispuestos a vender ni un trozo de tierra ni un ladrillo.

—¿Falcone? —repitió Lucy con el ceño fruncido—. Qué coincidencia tan extraña, hay un pájaro tallado en piedra a la entrada de la casa que parece un halcón. ¿Tendrá algo que ver con esa familia?

—Lucy está interesada en los edificios viejos —dijo Fee en tono paternalista—, le gustan esas cosas.

Hal se inclinó hacia delante. Era alto, rubio y mayor que los otros.

—Podría venir al presente y prestarme atención.

Todos se echaron a reír, pero Lucy notó los ojos de Hal fijos en su escote y se sintió incómoda.

Ben tomó una de las botellas que había en la mesa.

—O podría prestar atención a esto, un Chianti Roccanera, uno de los productos locales de la familia Falcone —su tono de voz se tornó reverente—. Mi padre me mataría si se enterase de que le he quitado este vino.

Nina alzó su copa.

—En ese caso, brindemos por el padre de Ben y por todos los Falcone. Y por nuestro casero, Tomasso Moressi.

Cuando la cena terminó, enrollaron las alfombras del salón y bailaron mientras Lucy los observaba con desapasionado interés, algo que desagradó a los demás.

Nina se emparejó con Greg, con quien había estado coqueteando en el avión y que no parecía tener novia. Pero la novia de Ben, Sue, lo miraba furiosa mientras éste reía con Fee. Y Sandie intentaba abiertamente quitarle Dava a Clare.

Al darse cuenta de que Hal se encaminaba directamente hacia ella, Lucy decidió dedicarse a limpiar los restos de la cena. Parecía como si al comedor le hubiera caído una bomba, pensó mientras recogía los platos sucios. Había comida por todos lados y el vino derramado en la mesa había caído al suelo. Habían tirado una lámpara de mesa y también habían roto un jarrón de precioso cristal.

Y la cocina tenía aún peor aspecto. Fee parecía haber utilizado todos los cacharros de cocina para preparar los espagueti.

Lucy suspiró, se sujetó un trapo a la cintura a modo de delantal, y se puso a trabajar.

El ruido de la fiesta pareció disminuir y, de repente, oyó risas procedentes de fuera. Cuando fue a ver a qué se debían, los encontró a todos tumbados junto a la piscina.

Era una noche cálida y el cielo estaba cubierto de estrellas. Habían encendido lámparas de ornamentación y alguien había cambiado la música de rock por otra más suave.

Greg y Nina bailaban lentamente y pegados el uno al otro. Él le estaba besando el cuello y, al mismo tiempo, le bajaba los tirantes del vestido.

Fee y Sandie estaban en el agua con Ben y Dave, todos desnudos. La expresión de Sue era gélida mientras los observaba, y Clare se estaba mordiendo los labios y conteniendo unas amargas lágrimas.

«Vamos a tener problemas», pensó Lucy con resignación. «La verdad es que no me gustaría verme envuelta en esto».

Al darse la vuelta para alejarse, se encontró con que Hal le bloqueaba el camino.

—¿Escapándote de nosotros?

Lucy alzó la barbilla.

—He pasado un mal día, creo que me voy a la cama.

—Qué estupenda idea —Hal le dedicó una significativa sonrisa—. Te haré compañía.

Ella no le devolvió la sonrisa.

—Creo que será mejor que te quedes con tus amigas —Lucy indicó con la cabeza a Sue y Clare—, no parecen muy felices.

—Pueden cuidar de sí mismas. Llevo toda la noche observándote y sé que te pasa algo. ¿Cuál es tu problema?

—No tengo ninguno y, si no te importa, me gustaría marcharme.

—Pero sí me importa —la voz de Hal se endureció ligeramente—. Hagan lo que hagan mis amigos esta noche, mañana harán las paces con Sue y Clare. Ya he pasado por esto en otras ocasiones. Yo me quedo contigo, me interesas.

—Lo siento, pero no es mutuo —declaró ella fríamente.

Lucy se volvió con intención de retirarse, pero Hal la sujetó por los hombros y la hizo girar hasta quedar de cara a los otros.

—La dama quiere marcharse — anunció Hal—. ¿Qué os parece?

—Vamos, déjala en paz — gritó Fee—. No vamos a perdernos nada.

—No, tirlala aquí — gritó Ben con voz espesa por el alcohol—, se lo tiene merecido por estropear la fiesta.

—Pero no le estropees el vestido — añadió Greg riendo, y Nina se le unió.

—Quítaselo, quítaselo, quítaselo — comenzaron a gritar todos al unísono.

Sólo Sue y Clare se mantuvieron en silencio.

Lucy se quedó de piedra cuando sintió las manos de Hal en la cremallera del vestido antes de que éste comenzara a bajarle por los hombros.

—No — frenéticamente comenzó a dar patadas hacia atrás con el tacón de las sandalias.

Hal lanzó un juramento y la soltó momentáneamente, lo que fue suficiente.

Lucy se liberó, rodeó la piscina corriendo y fue a ocultarse en la oscuridad del jardín, la desesperación aumentó su velocidad.

Tenía la loca idea de llegar hasta el coche que estaba aparcado a un lado de la casa. Pero algo volvió a bloquearle el camino. O alguien, pensó cuando la capturaron.

Debía ser Greg. Como poco, iban a desnudarla y a tirarla a la piscina, y se revolvió contra esa idea.

—Suéltame — comenzó a forcejear con fiereza—. He dicho que me sueltes, maldita sea.

—*Sta'a zitto* — la grave voz le resultó familiar—. Cállate y no te muevas.

—¿Usted? — Lucy miró en la oscuridad y vio aquel rostro aristocrático que la llenó de alivio—. Es usted.

Involuntariamente, se encontró apretada contra él y con el rostro oculto en su pecho mientras trataba de recuperar la respiración.

Durante un momento, él le permitió que se quedara como estaba; después, la apartó de sí y caminó hacia la zona iluminada.

Todas las cabezas se volvieron hacia él. Las risas y los gritos murieron y les siguió un intenso silencio en el que retumbó su voz, suave y fría.

—Soy Giulio Falcone y ésta es mi casa. ¿Puedo saber qué están haciendo aquí?

—¿Su casa? — Nina fue la primera en romper el hechizo que la aparición de aquel hombre había causado—. ¿Qué demonios está diciendo?

—Tranquilos — intervino Ben—. Es él, el conde Falcone.

—No me importa quién sea — contestó Nina—. Esta casa es de Tommaso Moressi y se la hemos alquilado a él.

—Está equivocada, *signorina* —la voz del conde Falcone era como el acero—. Ese hombre que acaba de mencionar, Moressi, es el sobrino de mi criada Maddalena y no es propietario de nada, a parte de lo que pueda robar. Espero que no hayan sido tan ingenuos como para pagarle.

—Me temo que sí —dijo Lucy con voz vacía mientras que, con temblorosas manos, se colocaba el vestido—. Le hemos pagado tres semanas de alquiler por la casa, el coche y los servicios de la criada. Pero la criada ha desaparecido, igual que el señor Moressi.

—No lo dudo —Giulio Falcone se encogió de hombros—. Estoy seguro de que se enteró de mi regreso y por eso se han marchado. Pobre Maddalena, siempre ha mimado a ese idiota.

—¿Pobre Maddalena? —repitió Fee con voz estridente—. Y a mí qué me importa eso. ¿Qué hay de nuestro dinero?

Había salido de la piscina y los rasgos del conde se contrajeron de desagrado al verla.

—Haga el favor de vestirse inmediatamente, *signorina* —ordenó el conde con gélida formalidad—. Siento que hayan sido las víctimas de un timo, pero eso no es problema mío. Me temo que deberán salir de mi casa inmediatamente.

Giulio Falcone miró a su alrededor y añadió con el ceño fruncido:

—¿Se alojan todos aquí?

—No —Ben se estaba poniendo su ropa—. Mis padres tienen una casa cerca de Lussione.

—En ese caso, le sugiero que vaya allí y se lleve a sus amigos —dijo el conde.

—No —la negativa de Lucy fue seguida por la de Sue y Clare.

—Como lleves a estas chicas contigo te dejo —dijo Sue, mirando furiosa a Ben.

El conde sonrió.

—En fin, sugiero que resuelvan sus problemas en privado antes de que me vea forzado a llamar a la policía —se miró el reloj—. ¿En quince minutos?

Mencionar a la policía tuvo su efecto. En cuestión de segundos, la zona de la piscina quedó vacía y las ocupantes de villa Dante subieron a sus habitaciones a hacer las maletas.

Cuando Lucy atravesó la puerta del salón, oyó la furiosa discusión entre Ben y los otros. Hal se apartó del grupo y se acercó a ella.

—No te preocupes, cielo —dijo mirándola de arriba a abajo con maliciosa sensualidad—, no te va a pasar nada. Tengo una habitación en casa de Ben y te cuidaré si eres más cariñosa conmigo.

—Por encima de mi cadáver —dijo ella con gélida claridad y se fue a su habitación subiendo las escaleras de dos en dos.

Mientras metía la ropa en las maletas, se dio cuenta de que tendría que volver a Pisa y tomar un avión de vuelta a casa, no había otra alternativa.

Después, entró en el baño para recoger sus artículos de aseo.

Al volver al dormitorio, se dio cuenta de que no estaba sola, Giulio Falcone la observaba desde el umbral de la puerta.

—No es necesario que me vigile —dijo ella rápidamente, consciente de que hablaba con la respiración entrecortada—. Ya casi he terminado.

—Ya veo —él se quedó en silencio durante un momento—. ¿Tantas ganas tiene de ir a Lussione?

—Sabe perfectamente que no —Lucy metió el neceser en la maleta y la cerró.

—¿No? ¿No quiere ir con sus amigos?

Lucy se mordió los labios.

—No son mis amigos.

El conde arqueó las cejas con expresión escéptica.

—Sin embargo, he notado cierto nivel de intimidad para no ser sus amigos.

Lucy se sonrojó al recordar lo que él debía haber visto exactamente.

—Son sólo unos tipos que conocimos en el avión. Nina y las otras chicas querían dar una fiesta y les han invitado a venir esta noche.

—Sí, ya he visto los restos de la fiesta; sobre todo, en el comedor.

—No me ha dado tiempo a limpiarlo —admitió Lucy débilmente—, pero he arreglado la cocina. En cualquier caso, pagaremos con placer los desperfectos que hayamos causado.

El se echó a reír.

—No sea inocente, *signorina*. Tanto la lámpara como el jarrón eran antigüedades de incalculable valor.

A Lucy se le encogió el corazón.

—Bueno, supongo que todos podríamos contribuir. Además, si la policía encontrase a Tommaso Moressi, podríamos recuperar el dinero y dárselo a usted.

—Creo que Tommaso debe estar ya muy lejos —comentó Giulio Falcone secamente—. Y habrá dejado a su desgraciada tía para que cargue con las consecuencias como de costumbre.

Lucy miró al suelo.

—Ahora comprendo por qué no quería que estuviéramos aquí, parecía asustada.

—Sí, me lo imagino —dijo él burlonamente—. No obstante, era una apuesta bastante segura. Yo no tenía planes de venir a la villa hasta la vendimia, lo he hecho debido a ciertas circunstancias. Lo siento por usted, *signorina*, podría haber disfrutado sus vacaciones sin enterarse de que su alquiler de la casa era ilegal.

– No creo que disfrutar sea la palabra adecuada – dijo Lucy, estremeciéndose.

– ¿No? – esos ojos ámbar la examinaron con expresión reflexiva—. Sin embargo, está vestida para una noche de placer.

Lucy apretó los dientes. El maldito vestido.

– Una terrible equivocación como este viaje – forzó una sonrisa—. Además, que intentaran robarme ha sido la gota que ha rebosado el vaso. Lo último que me faltaba era que me hayan timado.

– ¿Cómo conoció a Moressi y se enteró de este lugar? – preguntó el conde con curiosidad.

– Las otras chicas solían ir a una pizzería después de la clase de italiano, el encargado de la pizzería lo arregló. Él y Tommaso debían estar compinchados – Lucy guardó silencio durante unos momentos—. Me entraron dudas respecto a él tan pronto como pusimos los pies en Pisa y, cuando vi esta casa tan bonita, me pareció aún más raro. No cuadraba.

– En fin, ¿cuál es la alternativa a Lussione para usted?

– Pisa – contestó ella con decisión—, y el primer vuelo que encuentre para Inglaterra.

– Eso podría ser problemático, estamos en temporada alta. Le resultará difícil conseguir vuelo.

Lucy se encogió de hombros.

– En ese caso, buscaré una pensión mientras encuentro un billete.

– ¿Puede permitirse pagar una pensión?

No era fácil engañar al conde.

– No tengo otra alternativa – Lucy le lanzó una mirada desafiante.

– Me alegro de haberle leído el pensamiento – dijo él con voz queda.

– ¿Qué quiere decir? – de repente, Lucy se quedó inmóvil.

– Que sus amigas se han marchado. Les he dicho que no iba a ir con ellas.

Lucy se lo quedó mirando y, súbitamente, se dio cuenta de lo silenciosa que estaba la casa.

– ¿Quiere decir que me han dejado sola? ¿Sin despedirse?

Él sonrió, había algo pagano en la curva de su boca.

– Sola no, *signorina*. Se le olvida que yo también voy a estar aquí. De ahora en adelante, es mi invitada. Y también... mi acompañante.

Capítulo 3

LUCY se lo quedó mirando; de repente, se dio cuenta de que temblaba, de que el calor había abandonado su cuerpo, dejándolo como el hielo.

Había peligro, peor por desconocido.

Apretando los puños, trató de mantener calma en la voz.

—¿Acompañante, *signore*? Me parece que no le comprendo.

—Es muy sencillo. Se quedará aquí, *signorina*, para reparar la afrenta que usted y sus amigos le han hecho a mi hogar y a mi familia.

—¿Que voy a quedarme aquí? Eso no es justo.

Giulio Falcone se encogió de hombros.

—Usted misma ha admitido que no puede pagar el daño que han causado. Sin embargo, hay otras formas de pagarlo aparte de con dinero —la sonrisa de él apenas tocó su boca—. Creo que podremos llegar a un acuerdo... satisfactorio para ambos.

—Está equivocado —dijo Lucy, furiosa—. ¿Cómo se atreve a sugerir algo semejante? ¿Quién demonios se cree que es y por quién me ha tomado?

—Soy Falcone —echó hacia atrás la oscura y arrogante cabeza—. Y usted es una chica que ya ha temblado dos veces en mis brazos, ¿o va a negarlo?

—Estaba disgustada —respondió ella a la defensiva—. La primera vez, acababan de intentar robarme; y la segunda, estaba escapando. Creía que se había dado cuenta de que ello... y de por qué.

—Sí, claro —dijo él con voz reflexiva—. Pero, en cualquier caso, ¿por qué tentar a un hombre con un vestido que pide a gritos que tomen su cuerpo para luego negarle ese placer? Al fin y al cabo, sus compañeras no se han mostrado reticentes.

—No soy responsable de la conducta de nadie, excepto de la mía propia, y no me gusta ese tipo de juegos.

—¿Es usted virgen?

Lucy se quedó con la boca abierta y el rostro enrojecido.

—No tiene derecho a hacerme esa pregunta.

—Una simple negativa será suficiente —dijo él burlonamente—. Aunque... sus ojos no tienen la expresión de una mujer que conozca la satisfacción que el amor puede brindarle.

—No sé de qué está hablando —dijo Lucy altivamente.

El se echó a reír.

—Estoy seguro de que no, pero será un verdadero placer enseñárselo uno de estos días... o una de estas noches.

Había una caricia en su voz que tocó el cuerpo de Lucy. Sintió que los músculos de la garganta se le cerraban.

—Por fortuna, no estaré aquí el tiempo suficiente para ello —dijo Lucy, encogiéndose de hombros—. Como ya le he dicho, me voy a Pisa.

—¿Y cómo piensa ir?

Lucy guardó silencio un momento y miró su maleta.

—Bueno... iré en coche, por supuesto.

—No sabía que hubiera traído vehículo propio.

—No lo he traído, pero... —su voz se desvaneció en el silencio mientras la sonrisa burlona de él se acentuaba antes de sacudir la cabeza.

—Ya, el coche es suyo también —dijo Lucy—. Debería haberme dado cuenta.

—No es mío, sino de la condesa.

Lucy se quedó inmóvil, no sabía qué pensar. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que estuviera casado; aunque, por supuesto, no le importaba.

—En ese caso, lo siento por ella.

—¿Por qué? —las cejas del conde se arquearon—. ¿Tan difícil le ha parecido de conducir?

—No, desde luego que no —le espetó Lucy—. Pero me da pena cualquiera que esté con un Lothario como usted.

—Me parece que cree que Lothario era italiano —Giulio Falcone volvió a sacudir la cabeza—. Está equivocada, *signorina*, fue invención de un dramaturgo inglés, igual que usted parece estarme inventando a mí.

—No se necesita un alto grado de imaginación —le contestó Lucy—. Creo que, después de todo, Nina tenía razón. Ustedes, los «macizos» italianos, son todos iguales.

—El físico de una paloma y la lengua de una avispa, una interesante combinación.

—No por mucho más tiempo —Lucy bajó la maleta de la cama—. ¿Va a prestarme el coche de su condesa para ir a Pisa, por favor?

—No.

Lucy alzó la barbilla.

—Bien, entonces, iré andando.

—¿Con ese vestido? —él la contempló burlonamente—. Tendría suerte si consiguiera recorrer medio kilómetro, eso si la policía no la encontrase antes.

—Tengo intención de cambiarme, si es que consigo un momento de intimidad. No creo que unos pantalones vaqueros y una camisa sean motivo de arresto.

—No —contestó él—, pero está la cuestión de entrada ilegal en la propiedad, algo que parece haber pasado por alto.

A Lucy se le hizo un nudo en el estómago, las manos le temblaban.

—No es posible que hable en serio, *signore*. Nosotras... hemos actuado de buena fe. No sabíamos que ésta fuera su casa.

—No le serviría de mucho en su defensa; sobre todo, si le añadimos actos de vandalismo contra mis posesiones.

Eso no lo podía rebatir, su conocimiento del derecho italiano era nulo.

—Pero no puede culparme a mí sola, había otros.

—Cierto, pero se han ido y ha quedado usted sola para recompensar el daño causado.

—Usted piensa que soy como ellas, como Nina y las otras —la voz se le quebró—. Pero no es verdad... se lo juro.

—La creo, de lo contrario no la querría.

—No tiene ningún derecho a retenerme aquí en contra de mi voluntad.

—Dadas las circunstancias, tengo todo el derecho que quiera, Lucia mía.

—No me llame así.

Giulio Falcone frunció el ceño.

—Me habían dicho que ése era su nombre.

—Sí, pero no le he dado permiso para usarlo —Lucy no cedió terreno y lo miró furiosa.

—Un detalle de menor importancia en estos momentos —hizo una pausa—. Sobre todo, después de tanta intimidad.

—¿Porque le pedí ayuda? —preguntó Lucy, enfadada—. En esa situación había pedido ayuda al mismísimo Frankenstein.

—No, porque está ocupando mi habitación. Porque está durmiendo en mi cama, mía bella. ¿No establece eso cierto lazo de unión? No me diga que no lo había supuesto.

—Piense lo que quiera —Lucy apretó los dientes—. Pero no voy a pasar una noche más aquí ni en ningún otro sitio bajo su techo.

—No creo que tenga opción —declaró él—. Deme lo que me debe y le prometo que después se la llevará a Pisa, se le pagará un billete de avión y la suite de un hotel mientras espera a que salga su vuelo.

—No hay trato —respondió Lucy en tono cortante—. No estoy a la venta, *signore*.

—Y yo no la estoy comprando, *signorina*. Pero estoy dispuesto a... alquilarla por unos días.

—Me repugna —a pesar de sí misma, la voz le tembló—. Llame a la policía, ¿por qué no lo hace? Incluso en la cárcel estaría mejor que en su compañía. Y yo también les contaré mi versión de los hechos.

—¿En mi habitación y vestida así? —él suspiró—. Creo que las apariencias estarían en su contra. Lucia.

—Puede que su esposa lo vea de otra manera —Lucy se sonrojó—. ¿O es que no le importa que usted se comporte de forma tan despreciable?

—Valdría la pena retenerla aquí aunque sólo fuera para enseñarle buenos modales —dijo Giulio Falcone muy serio—. En cualquier caso, se ha vuelto a equivocar. No tengo esposa. Y también está en un error respecto a mis motivos para querer retenerla.

Al ver la expresión de sorpresa en los ojos de ella, Giulio sonrió burlescamente.

—Se ha terminado esta pequeña comedia, *signorina*. El interés que tengo en usted es más práctico que romántico, espero no desilusionarla.

—En lo más mínimo —respondió ella con voz tensa—, aunque me gustaría saber de qué está hablando.

—En realidad, es muy sencillo. Tengo un problema para el que usted podría proporcionarme la solución. Ayer, mi hermana sufrió un accidente de coche, ni ella ni sus hijos están malheridos, sólo unos cortes y unas magulladuras de poca importancia. Pero la gobernante, la niñera, no tuvo la misma suerte; se ha roto una pierna y tiene que pasar un tiempo en la clínica.

Giulio hizo una pausa antes de continuar.

—Fiamnietta quiere venir aquí para descansar y recuperarse, pero no hay nadie que pueda cuidar de los niños, y Marco y Emilia son dos trastos.

El conde extendió los brazos.

—Por supuesto, yo creía que Maddalena estaría aquí para encargarse de ellos hasta que Alison se recuperase, los niños están muy acostumbrados a ella. Pero Maddalena no está aquí, sólo usted, Lucia.

—¿Yo? —Lucy tragó saliva, consciente de que la sensación de alivio fue inmediatamente sustituida por desilusión—. Pero yo no soy una niñera.

—No, pero está aquí en este momento. Debe admitir que me debe algo que no me puede pagar; y yo, por mi parte, le he estropeado las vacaciones —el ámbar de sus ojos se clavó en ella y Lucy sintió con dolor que el corazón le daba un vuelco—. Lucia, ¿en serio quiere abandonar Toscana tan pronto cuando podría quedarse aquí y, además, ganar dinero?

—No podría hacerlo.

—¿Por qué no? Con mi hermana y los niños estaría protegida, si es eso lo que le preocupa.

Lucy vio burla en sus ojos y en la sensual curva de su boca, y decidió no explorar ese camino.

– Es que no creo que pueda hacer el trabajo. Además, usted no sabe nada sobre mí.

– ¿No está acostumbrada a los niños?

– Bueno, no es eso exactamente. Tengo sobrinos – admitió ella con desgana.

– ¿De qué edad?

– Seis y cuatro – involuntariamente, Lucy sonrió y pronto se dio cuenta de que la sonrisa había traicionado sus sentimientos—. Pero lo que me propone no es posible.

– No veo por qué. Marco y Emilia son algo mayores, cierto, pero han sufrido una mala experiencia y necesitan a alguien que les cuide y que les haga compañía. A pesar de su genio, Lucia, no me parece una persona sin corazón.

– Eso es chantaje emocional – dijo ella con voz temblorosa.

Giulio se encogió de hombros.

– Dice que no se la puede contratar y que no está a la venta. ¿Qué alternativa me queda?

– Puede que su hermana tenga otras ideas.

– Fiammetta, como de costumbre, adoptará las medidas que supongan menos problemas. Y esto es una emergencia. Van a salir de la clínica mañana por la mañana y van a venir aquí directamente. No puedo permitir que se encuentren en una situación tan desoladora.

– ¿Y ahí es donde entro yo? – el tono de Lucy era hueco—. Pero si sólo quería una niñera, ¿por qué me ha dejado creer...?

Lucy se interrumpió, enfadada consigo misma por preguntar.

– Porque usted parecía dispuesta a creer que soy una especie de Casanova moderno. He de confesar que la tentación de confirmar sus peores temores me ha resultado casi irresistible; sin embargo, mientras sea empleada mía y esté bajo mi techo, estará a salvo... a menos que insista, por supuesto.

Con enfado, Lucy notó que volvía a enrojecer.

– Por supuesto que no.

– En ese caso, le sugiero que se vaya a otra habitación – tanto la sonrisa como el tono del conde eran amables, lo que aumentó el enfado de Lucy.

Ella le clavó los ojos fríamente.

– En ese caso, si accedo a ayudarlo, ¿promete cancelar todas las obligaciones entre los dos?

– Más que eso – contestó él—. Le aseguro que no sufrirá ninguna pérdida económica como resultado del timo de Moressi.

Giulio hizo una pausa antes de continuar.

—Espero que también se lleve consigo algunos recuerdos inolvidables de Toscana, y la gratitud de la familia Falcone.

—Naturalmente, eso será lo principal —dijo ella en tono sarcástico.

Giulio Falcone inclinó la cabeza.

—Sabía que me comprendería.

—¿En serio? Dígame, *signore*, ¿está emparentado con los Medici por casualidad?

—Sólo por parte de madre, *signorina*. ¿Por qué lo pregunta? —inquirió él con suma suavidad.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo entendido que era difícil negarles nada, lo mismo pasa con usted, conde Falcone.

—En ese caso, no me lo niegue —la sonrisa de Giulio le recordó innecesariamente el poder de su atractivo—. Y no utilizo mi título a menos que no me quede más remedio. Llámame Giulio.

«Oh, no», pensó ella. Era una intimidad que no necesitaba.

—No sé qué decir... ni qué hacer.

—En ese caso, sigue tu instinto, columbina.

—Muy bien, me quedaré. Pero sólo hasta que encuentre a otra persona.

—*Grazie*, Lucia. Y ahora, le sugiero que se cambie de vestido... antes de que olvide mis buenas intenciones.

Lo primero que Lucy hizo fue buscarse otra habitación. Eligió la que estaba en el otro extremo de la de Giulio, sin que le importara que fuera la más pequeña.

Muy apropiada para habitación de una empleada, pensó mientras colocaba la maleta encima de la cama.

El pulso parecía estarle jugando una mala pasada. No podía creer la facilidad con que se había engañado. ¿Cómo se le había ocurrido pensar podía atraer a alguien como el conde Giulio Falcone?

El problema era que en sus encuentros previos siempre había estado en desventaja, lo que le había impedido pensar con racionalidad. Esa era la única explicación.

Sin embargo, seguía sin saber por qué había accedido a quedarse, al margen de que no tenía muchas otras alternativas. El era un hombre rico y poderoso que, probablemente, podría ser cruel.

Pero no sería por mucho tiempo. Sin duda, su hermana encontraría una niñera para reemplazar a la anterior y todo acabaría.

Y ahora, a quitarse el maldito vestido.

Lucy echó los brazos hacia atrás en una postura extraña para bajarse la cremallera, pero no lo consiguió.

—Oh, vamos, no es posible que te hayas atascado.

Pero la cremallera parecía tener otras ideas y permaneció tal y como estaba. Con un suspiro de frustración, Lucy decidió cortarlo.

Estaba buscando las tijeras cuando oyó unos perentorios golpes en la puerta y Giulio Falcone entró en el dormitorio.

—Vaya, éste es el santuario que ha elegido —miró a su alrededor—. Un poco pequeño, ¿no le parece?

—Me parece ideal —contestó Lucy con una frialdad que no sentía.

—Como quiera. Pero ¿aún no está lista? Iba a enseñarle dónde guardan la ropa de cama.

—Dígame dónde, yo la encontraré —respondió Lucy con voz tensa.

—¿Tiene algún problema?

—Nada que no pueda solucionar por mí misma —Lucy se enderezó con las tijeras en la mano.

El las examinó enigmáticamente.

—Si necesita defenderse, los cuchillos de la cocina le harán mejor servicio.

—No se trata de eso. La cremallera del vestido se ha atascado, eso es todo.

—En ese caso, permítame —el conde se acercó a ella y la hizo darse la vuelta.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Quédese quieta.

Sintió el cálido aliento de él en la piel desnuda cuando agachó la cabeza para examinar la tira metálica.

—Ha pillado un hilo —murmuró Giulio—. Creo que podré arreglarlo.

Lucy esperó rígidamente, intentando no estremecerse cuando los fríos dedos de él le rozaron la espalda.

—No se ponga tan nerviosa, esto es mejor que atacarse a sí misma con unas tijeras.

No, pensó Lucy apretando los dientes.

Estaba demasiado cerca de ella, justo en la situación que había querido evitar a toda costa. De repente, se sorprendió recordando el sabor de su boca y una oleada de deseo incontrolable se apoderó de ella. La mano de Giulio en su espalda aumentó el silencioso tormento.

—¿Podría darse prisa, por favor? —dijo ella con voz ronca.

—Estoy intentando tener cuidado, no quiero romper la tela.

—No importa —Lucy se humedeció los labios—. No voy a volvérmelo a poner nunca.

—¿En serio? —él se encogió de hombros—. En tal caso...

Agarró los bordes del escote con las manos y tiró de ellos de un solo golpe. La tela se rompió y el vestido cayó inexorablemente de los hombros de Lucy, dejándola desnuda hasta la cintura.

Durante un momento, ella se quedó inmóvil; después, con un pequeño gemido de terror y vergüenza, tiró hacia arriba de la tela para cubrirse los senos.

Giulio Falcone dio un paso hacia atrás, sus ojos ámbar brillaban traviesamente junto a algo más profundo y más peligroso.

—¿Por qué? Dios mío, ¿cómo se ha atrevido? —dijo ella con voz espesa.

El se encogió de hombros.

—Sólo he hecho lo que me ha pedido, no tengo la culpa de que el resultado no sea de su agrado... aunque sí lo es del mío.

—Salga de esta habitación. Aléjese de mí. Debería haberme dado cuenta de que no podía fiarme de usted.

—En ese caso, está equivocada. Si fuese el sinvergüenza que imagina, ahora estaría en la cama conmigo y los dos lo sabemos. Sin embargo, lo que voy a hacer es preparar un café. Si le apetece una taza, baje a reunirse conmigo.

Giulio asintió con un gesto impersonal y salió de la habitación.

Lucy se sentó en el borde de la cama, su mundo parecía haberse vuelto del revés. No podía arriesgarse a permanecer en villa Dante, tenía que escapar.

Alzó la cabeza y se miró al espejo. Una desconocida con el cabello revuelto y ojos confusos la miró. Una desconocida que se tapaba la palidez de su cuerpo con los restos del vestido.

Capítulo 4

TRABAJO y más trabajo, se dijo Lucy a sí misma con determinación. Ésa era la respuesta. Mantenerse ocupada, mantenerse lejos de la tentación.

Aunque no se podía describir a Giulio Falcone con una palabra tan inocente como tentación, se corrigió ella furiosa mientras se ponía unos pantalones elásticos verdes y una camiseta de manga larga haciendo juego; después, echó el vestido a un rincón de la habitación de una patada. Era un hombre peligroso y ella era tonta por permitirle manipularla.

Si se mantenía ocupada, podría dejar de pensar... en él. Y una vez que llegaran los niños, lo estaría. Su presencia le proporcionaría la seguridad que necesitaba hasta el momento en que pudiera escapar.

Encontró la ropa de cama y las toallas que necesitaba en un armario arriba de las escaleras. Las habitaciones de sus compañeras estaban como si por ellas hubiera pasado un huracán, con todas las puertas y cajones abiertos y perchas en el suelo.

Toallas mojadas decoraban los cuartos de baño y había rastros de gel y polvos en los suelos.

Lucy apretó los dientes y emprendió la tarea de restaurar el orden. La mayor parte del trabajo fue superficial; por suerte, no llevaban el suficiente tiempo en villa Dante como para haber ensuciado a fondo.

Dejó su habitación, la de él, para el final. Se quedó delante de la puerta mucho tiempo, con miedo de entrar; después, haciendo acopio de valor, abrió la puerta.

El dormitorio estaba vacío y, aparte de la cama deshecha, más arreglado que los demás, de lo que se alegró.

La noche se filtraba por la ventana abierta y la brisa movía las cortinas.

Se acercó a la ventana con intención de cerrarla y se detuvo para contemplar el aterciopelado cielo estrellado.

Se decía que el destino de las personas estaba escrito en las estrellas, pensó ella con cinismo. Pero no vio el suyo escrito en aquellos focos de luz distantes.

Por otra parte, la luna parecía tan próxima que se le antojaba casi poder tocarla, derramando luz plateada como el satén sobre la distante colina.

A la luz del día, la aislada tranquilidad de villa Dante era algo precioso, pero en la oscuridad, sólo le recordaba su propia vulnerabilidad.

Reprimiendo un estremecimiento, se apartó de la ventana y la cerró. Y al hacerlo, vio una sombra reflejada en el cristal, a su espalda.

Asustada, dio un grito al tiempo que se volvía y se le cayó la ropa que llevaba precariamente en los brazos.

—Está muy nerviosa —Giulio Falcone, por el contrario, estaba muy tranquilo y ligeramente divertido.

—¿Le extraña? —preguntó Lucy enfadada mientras que el corazón le latía con fuerza—. Le ruego no se acerque a mí por la espalda y con tanto sigilo.

Él arqueó las cejas.

—He subido las escaleras como las subo siempre —señaló él con cierta altanería—. Me ha parecido verla algo pensativa.

—Sí, así es —Lucy consiguió esbozar una tensa sonrisa—. Bueno, tengo muchas cosas en qué pensar. Y ahora, le ruego me deje terminar de arreglar esto.

Se acercó con paso decidido a la cama y comenzó a cambiar las sábanas.

—Déjelo —dijo él.

—Las camas no se cambian solas.

—Pues déjela como está —la débil sonrisa de él jugó en sus labios mientras la observaba mirarlo con expresión interrogante—. ¿O es que cree, mía bella, que me molestaría dormir con el aroma de su piel y de su cabello en mi cama? Le aseguro que no es así.

Con disgusto, Lucy fue consciente de que volvía a sonrojarse.

—Me ha contratado para trabajar, *signore*, esto forma parte de mis deberes.

—En ese caso, que espere. El café está listo y también he preparado algo de comida para los dos.

Lucy agrandó los ojos.

—¿Sabe cocinar?

—No soy la clase de aristócrata que usted cree —contestó él con un rastro de impaciencia—. He aprendido a ser autosuficiente, incluso sé hacerme la cama. Venga, vamos a comer.

—No podemos ponernos a comer en mitad de la noche —objetó Lucy.

—¿Por qué no? Si hay apetito, debe ser satisfecho —los ojos ámbar la recorrieron de arriba a abajo—. ¿O no está de acuerdo?

Lucy se mordió los labios. Sospechaba que la pregunta tenía poco que ver con la comida y que él la estaba provocando intencionadamente de nuevo, pero desafiarle sería peligroso y, probablemente, la dejaría en ridículo.

Por lo tanto, bajó detrás de él las escaleras. Cuando cruzaron la puerta del comedor, vio que éste había vuelto nuevamente a su gloria original.

—¡Oh! Tenía intención de arreglar el comedor a continuación, después de su dormitorio.

—Ya no es necesario. De todos modos, espero que no le moleste comer en la cocina.

—Lo prefiero —respondió ella fríamente—. ¿No es la cocina el lugar de los sirvientes?

Lucy se permitió esa pequeña satisfacción, pero se quedó con la boca abierta cuando vio la tortilla que él había preparado, con hierbas frescas, jamón, tomate, pimienta y queso. También había tostado pan y abierto una botella de vino.

—No puedo comer todo esto —protestó ella cuando el conde le puso delante el plato—, me pasaría la noche entera despierta...

Se interrumpió al ver la expresión burlona de Giulio.

—¿En serio? Bueno, en cualquier caso, coma. Necesitará todas sus fuerzas.

Aquellas palabras parecieron flotar entre ambos, como mezcla de amenaza y protesta.

Lucy se puso tensa.

—¿Le importaría decirme por qué?

—Para manejar a Marco y a Emilia, ¿por qué si no, columbina?

Aquella sonrisa pareció burlarse de ella.

—¿Tan traviesos son? —preguntó Lucy, saboreando el primer trozo de tortilla que se llevaba a la boca.

Giulio Falcone reflexionó unos momentos.

—No tanto traviesos como mimados —decidió él lacónicamente—. Sergio, su padre, es el más severo con ellos de la familia; pero desgraciadamente pasa mucho tiempo fuera de casa por su trabajo, lo que deja a los niños a merced de Fiammetta.

Giulio suspiró y añadió:

—Mi hermana es tan perezosa como encantadora... y demasiado susceptible a las influencias del exterior.

Giulio frunció ligeramente el ceño.

Lucy arqueó las cejas.

—Resulta extraño que diga eso de su hermana.

El conde le sirvió vino antes de que ella pudiera impedirselo.

—Es que no es estrictamente mi hermana. Es la hija de la segunda esposa de mi padre, ahora su viuda.

Lucy asimiló aquella información junto con la tortilla.

—En otras palabras, su hermanastra.

—Sí —el conde alzó su copa—. Salute.

Ella se unió a él en el brindis y bebió un cauto sorbo.

—¿Así que la *contessa* que ha mencionado antes es su madrastra?

—Sí —la boca del conde endureció.

No había amor ahí, dedujo Lucy.

—¿Va a venir también aquí?

—No. Vive en Roma la mayor parte del año y pasa los veranos en Zurich y en el sur de Francia. Aquí se aburre y raramente viene de visita, aunque yo siempre insisto para que venga a las fiestas después de la vendimia. Los trabajadores así lo esperan.

—¿Cómo no puede gustarle a alguien este sitio? —comentó Lucy casi para sí misma—. Es como un paraíso.

Giulio Falcone se encogió de hombros.

—Las dos caras de villa Dante, tal y como el mismo poeta dijo: para ti, el Paraíso; pero para Claudia, el Purgatorio.

—Sin embargo, el Fiat es de ella; al menos, eso es lo que usted ha dicho —Lucy frunció el ceño ligeramente—. Si la condesa viene aquí poco, ¿por qué tiene un coche?

Giulio volvió a encoger los hombros.

—Como vía de escape —contestó él—. Para huir del aburrimiento de los viñedos y de la vida del campo e ir a visitar a sus amigos de Florencia y Siena. Ir de compras, chismorrear y las cartas son sus pasatiempos preferidos.

Lucy se dio cuenta de la nota de desdén en la voz del conde.

—No a todos nos gustan los mismos sitios ni las mismas cosas.

—Este era el refugio de mi padre —el moreno rostro se había vuelto sombrío—; es decir, hasta la llegada de Claudia en su vida. A partir de entonces, mi padre apenas venía.

—Si a su madrastra le gusta la gente, comprendo por qué no le gusta esto como refugio.

Él la miró muy serio.

—A su edad, ¿qué sabe usted de refugios?

—Puede que más de lo que imagina —murmuró ella, sintiendo los músculos de la garganta ponerse tensos sin poder controlarlos.

Se hizo un breve silencio; entonces, Giulio Falcone extendió un brazo por encima de la mesa y tocó la marca que el anillo de Philip había dejado. El roce fue ligero, pero el cuerpo entero de Lucy tembló.

—¿De qué escapa, pequeña? ¿De un matrimonio desgraciado? —preguntó él con voz queda.

—No —Lucy sacudió violentamente la cabeza para ocultar su reacción instintiva a él—. Nosotros... no habíamos llegado tan lejos, afortunadamente.

—Sí, afortunadamente —murmuró él con mirada brillante—. ¿Qué es lo que salió mal?

Lucy se encogió de hombros.

—Él conoció a otra —sonrió levemente—. A otra que tenía más que ofrecer que yo.

– ¿Eso le dijo él?

– No con estas palabras, no fue tan cruel. Pero yo... saqué mis propias conclusiones.

– ¿Y aún está triste?

«¿Lo estoy?», se preguntó ella. De repente, no estaba segura. Philip parecía haber pasado a pertenecer a otra época, a otra vida.

Bruscamente, Lucy apartó la mano de él.

– Por supuesto. Ha sido... una parte importante de mi vida.

– Unas pocas semanas en Toscana, mía bella, y esa marca desaparecerá – dijo él con voz suave.

A Lucy se le ocurrió pensar que, de no tener mucho cuidado, podría marcharse de Toscana no sólo marcada, sino con heridas que nunca cicatrizarían.

Unas pocas semanas era demasiado tiempo, demasiado peligro. Tenía que marcharse de allí cuanto antes.

– Volviendo a los niños, ¿no será un problema el idioma? – preguntó Lucy para cambiar de tema –. No sé nada de italiano.

– No importa, los dos niños son bilingües. Han pasado gran parte de su infancia en Gran Bretaña y en los Estados Unidos, y Sergio ha insistido en que hablen tanto inglés como italiano. Por lo tanto, al menos en ese sentido no habrá ningún problema – dijo él casi para sí mismo.

– Entiendo – Marco y Emilia debían ser dos pesadillas, pensó Lucy con resignación mientras pinchaba con el tenedor otro pedazo de tortilla, y decidió cambiar de tema otra vez –. Su inglés también es muy bueno, *signore*.

– Podría mejorar. Y debería, ya que muchas de nuestras transacciones bancarias se realizan en su país. He vivido en Inglaterra de vez en cuando, aunque no recientemente – los ojos de él la miraron inescrutablemente –. De lo contrario, puede que nos hubiéramos conocido.

Apartar los ojos de los de él era una señal de debilidad, decidió Lucy conteniendo la respiración.

– No lo creo – consiguió decir con voz tranquila –, nos movemos en mundos muy diferentes.

Él inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

– Pero, en ocasiones, diferentes mundos se encuentran, Lucia. ¿No cree en la fuerza del destino?

– Prefiero ser práctica.

– En ese caso, hábleme de su mundo práctico. ¿Trabaja?

– Sí. Soy diseñadora gráfica y ahora trabajo en publicidad.

– ¿Tiene su propia empresa?

Ella asintió y el conde alzó las cejas con sorpresa y respeto.

—Impresionante, Lucia. Sin embargo, me da la impresión de que no cree posible que mi banco o alguno de nuestros asociados vaya a su empresa para requerir sus servicios publicitarios.

Ella sonrió.

—No lo creo probable, y casi completamente innecesario.

Giulio Falcone rió.

—Podría tener razón, pero déjeme ser práctico otra vez. Mi inglés ha empeorado, quizá pudiera darme clases.

Lucy alzó la barbilla y le mantuvo la burlona mirada.

—No creo poder enseñarle nada, *signore*. Además, supongo que Marco y Emilia me tendrán muy ocupada —Lucy echó la silla hacia atrás y se puso en pie mientras esbozaba una sonrisa—. Y ahora, será mejor que me vaya a la cama, mañana va a ser un día muy ajetreado.

Educadamente, Giulio Falcone se levantó.

—Que duerma bien, Lucia. Y no olvide una cosa: el destino la ha traído a mi mundo y no tiene escape posible.

No, pensó Lucy mientras subía las escaleras camino de su dormitorio.

Cerró la puerta con cierta fuerza y se apoyó en ella mientras intentaba contener las lágrimas.

—Maldito sea —dijo en voz alta.

A pesar de la preocupación, Lucy se durmió tan pronto como se acostó.

Cuando se despertó al día siguiente, la luz entraba por las rendijas de las persianas. Se sintió desorientada durante unos momentos; después, lo recordó todo.

Fue por el reloj de pulsera que había dejado encima de la mesilla de noche y, con horror, vio que eran las diez de la mañana. Se había quedado dormida.

No era hora de empezar a trabajar, se dijo a sí misma mientras ponía los pies en el suelo. La única esperanza era que su autocrático jefe se hubiera quedado dormido también.

Se dio una rápida ducha y luego se vistió con una falda vaquera y una blusa blanca sin cuello y sin mangas. Se cepilló el cabello hacia atrás y se lo recogió en una coleta con un sujetador de concha turquesa; después, completó el atuendo con unas sandalias de cuero sin tacones.

Tenía un aspecto casi profesional, decidió sin entusiasmo al mirarse en el espejo.

Al pasar por delante de la habitación de Giulio Falcone, vio que la puerta estaba abierta y la cama vacía. Se había levantado antes que ella.

Esperaba algún comentario sarcástico cuando bajó las escaleras; pero, con sorpresa, no vio rastros de él.

En la cocina, se sirvió un vaso de zumo de fruta de una jarra que había en el refrigerador y bebió lentamente apoyada en el marco de la puerta posterior de la casa, que estaba en la cocina. Desde allí podía ver los garajes, el coche de Giulio Falcone no estaba allí, aunque el Fiat esperaba en su lugar de costumbre.

Clavó los ojos en el Fiat y respiró profundamente. ¿Por qué no? Su carcelero había desaparecido, dejando las puertas de la prisión abiertas; en ese caso, ¿por qué permanecer allí un segundo más de lo necesario?

La noche anterior él la había hechizado y conseguido que aceptase la oferta, pensó ella a la defensiva. Pero ahora era un nuevo día y ella estaba completamente despejada y dispuesta a luchar. A escapar. Porque sí había un sitio al que escapar.

Dejó el vaso de zumo sin terminar, subió corriendo a su habitación y metió sus pertenencias en la maleta.

Después, bajó las escaleras de puntillas y se dirigió hacia el coche.

Con sorpresa, vio que estaba cerrado con llave. «No recuerdo haberlo cerrado», pensó ella, buscando las llaves en el bolso.

Pero no tenía allí las llaves. Irritada, Lucy vació el contenido del bolso encima del coche y examinó los contenidos, fue entonces cuando, consternada, recordó que Nina había conducido el Fiat el día anterior.

«¡Oh, no! No me digas que se las ha quedado», pensó para sí. Repasó con la memoria los acontecimientos del día anterior a su regreso a la villa. Había ido directamente a su habitación, a la habitación del conde, y Nina la había acompañado. Casi podía jurar que su compañera dejó las llaves en el cajón de la cómoda.

Si así era, cabía la posibilidad de que siguieran allí y que Giulio Falcone no las hubiera visto.

Merecía la pena echar un vistazo y así lo hizo, pero resultó que su optimismo había sido infundado.

Le dieron ganas de gritar de frustración cuando vio que las llaves no estaban en el cajón.

En ese momento, a sus espaldas, oyó una voz con la que ya estaba familiarizada.

— ¿Viendo si hay polvo, mía bella'? Qué celo profesional.

Lucy se sobresaltó violentamente; luego, enderezó los hombros.

¿Cómo no le había oído subir?

— Es la tercera vez que me da un susto de muerte.

— Es la tercera vez que la encuentro en mi habitación — contestó Giulio Falcone con voz suave —. Empiezo a pensar que te gusta, Lucia.

Lucy le miró furiosa.

— Pues está equivocado — se inspiró al verse su desnuda muñeca izquierda —. Estaba buscando mi reloj, pensaba que podía habérmelo dejado aquí.

— Me temo que no.

El conde llevaba unos pantalones gris claro que resaltaban sus estrechas caderas y acentuaban la longitud de sus piernas y una camisa polo de color coral con el cuello desabrochado. Mientras lo observaba, Lucy se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Él la miró sin sonreír.

— Llevabas puesto el reloj anoche.

— ¿Sí? — Lucy se encogió de hombros —. No estaba segura.

El escrutinio al que el conde la sometió intensificó.

— Bueno, creo que voy a ir a buscarlo a otra parte.

Tenía que pasar junto a él para salir por la puerta, pero él la detuvo agarrándola del brazo.

— No tenía intención de asustarte y te pido disculpas por ello. Entre otras cosas, he ido a los viñedos para preguntarle a la esposa de Franco, Teresa, si puede cocinar para nosotros durante unos días — Giulio hizo una pausa y sonrió débilmente —. Creía que me daría tiempo a volver antes de que te levantas.

Lucy alzó la barbilla y dijo fríamente:

— Siento haberle causado tantas molestias, signare, no volverá a ocurrir. Si quiere decirme a qué hora comienza mi trabajo, le aseguro que en el futuro estaré lista.

La sonrisa de él se amplió.

— ¿Por qué estás tan enfadada?

— ¿Le importaría soltarme y dejarme marchar?

El conde la soltó y fue hasta la cómoda.

— Espero que encuentres el reloj, es muy molesto buscar y buscar para nada.

Anonadada, Lucy le vio sacarse del bolsillo del pantalón las llaves de su coche y las del Fiat. Luego, él le lanzó una sonrisa antes de meterlas en el cajón.

Lucy salió de allí y cerró la puerta de un golpe. Luego, se encaminó a la frágil seguridad de su dormitorio.

Capítulo 5

LA habitación estaba como un horno y no había ningún sitio para sentarse, excepto la cama, lo que no mejoró el humor de Lucy.

Giulio Falcone era una víbora. Un sinvergüenza que la había manipulado y que la había dejado en ridículo. Lo odiaba.

Lo que era una actitud mucho más sana que su previa reacción al atractivo de ese hombre. Trabajar duramente no era una defensa suficiente contra aquella sonrisa que le curvaba los labios ni contra el fuego ámbar de esos extraordinarios ojos.

Vació el contenido del bolso encima de la cama y contó las liras y los cheques de viaje que tenía. Llevaba el carnet de conducir en el monedero. Quizá tuviera dinero suficiente para que un taxi la llevara al aeropuerto, pero, ¿dónde se hospedaría si no encontraba un vuelo? ¿Y cuánto tiempo podría aguantar esperando?

Había sido una tontería no haberse llevado la tarjeta de crédito, pensó apesadumbrada; sin embargo, le había parecido una buena idea con el fin de no excederse en los gastos, sobre todo, teniendo en cuenta que pensaba cambiarse de piso al volver.

En la cartera encontró una foto de Philip y se la quedó mirando. Un mes atrás hacerlo la habría destruido; ahora, la contempló con objetividad. Siempre se había sentido arrastrada por él, nunca a su lado, con él.

Lucy respiró hondamente, rompió la foto por la mitad y la tiró a la papelera.

El golpe en la puerta la hizo ponerse en pie; por supuesto, sabía quién era.

—¿Sí?

—Mi hermana está aquí, Lucia. ¿Te importaría venir a conocerla? —el conde vaciló unos momentos antes de continuar—. Por enfadada que estés conmigo, recuerda que los niños han pasado por un mal momento y te necesitan.

Sumamente irritada, Lucy se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Me está manipulando y lo sabe —dijo ella con voz gélida.

—Lo siento, pero me han acusado de cosas peores. Y ahora, por favor, acompáñeme abajo.

Giulio se dio la vuelta y comenzó a alejarse, y Lucy dio un paso adelante, pero se tropezó con la maleta que le habían dejado allí y se dio un golpe en la pierna.

Furiosa, metió la maleta en el dormitorio y cerró la puerta después de salir.

Bajó las escaleras, el vestíbulo parecía lleno de gente y de ruido. Había un conductor uniformado que estaba metiendo en la casa más equipaje del que Lucy había visto nunca. Había una chica rubia y alta con el aspecto de descuidada elegancia que sólo se ve en las revistas, hablaba con rapidez y gesticulando mucho. Había un niño con cabello negro y rizado que gritaba, y una niña algo mayor que él que lloraba.

Casi se tropezó con el conde, que se había detenido en mitad de la escalera y observaba aquel caos. En medio de todo, Lucy se dio cuenta de que había una persona más.

Se trataba de una mujer mayor, sumamente delgada y exquisitamente vestida, sus cabellos plateados estaban peinados a la perfección. Miraba a su alrededor con autoridad y desdén.

– Claudia – dijo Giulio Falcone con voz suave – . Qué sorpresa.

La mujer sonrió.

– Querido Giulio. Sí, naturalmente, he venido por mi hija.

– Aunque hablaba en italiano, Lucy no tuvo problemas con la traducción. La condesa, pensó ella, tenía una voz curiosa, una voz ronca y metálica.

Los ojos de la condesa, brillantemente oscuros bajo espesas pestañas, se clavaron en ella.

– ¿Quién es esa chica?

Giulio respondió en inglés con tono deliberadamente casual.

– Lucy Winters, querida Claudia. Ha accedido a reemplazar a Alison para cuidar de los niños y de la casa hasta que encontremos una sustituta.

– ¿Y Maddalena? – la condesa arqueó las cejas.

Giulio se encogió de hombros.

– Ha habido problemas con Tommaso y Maddalena. Se ha marchado de improviso.

Claudia Falcone emitió un sonido de exasperación.

– ¿No podías haber traído a una mujer de por aquí en vez de a otra chica inglesa?

Giulio volvió a encogerse de hombros.

– Teresa ha accedido a cocinar para nosotros, pero tiene trabajo en su propia casa, no puede hacer más.

– Pero si la pagáramos...

La hija de la condesa interrumpió a ésta.

– Mamá, necesitamos a otra chica inglesa para que los niños sigan practicando el idioma. Deberíamos agradecerle a Giulio las molestias que se ha tomado para reemplazar a la pobre Alison – la hermana de Giulio lanzó a Lucy una sonrisa cordial – . ¿Qué tal, *signorina*? Encantada de conocerla. Soy Fiammetta Rinaldi.

– Pero, ¿quién es esta joven y de dónde ha salido? – insistió la condesa en tono exigente – . ¿Cuáles son sus credenciales? ¿Está preparada para asumir esta clase de responsabilidad?

– Mamá, por favor – dijo Fiammetta con cierta exasperación – . Estoy segura de que Giulio no contrataría a nadie cuyas referencias no fueran impecables.

¿No? Pensó Lucy con silenciosa ironía.

—Siento que hoy no sea el mejor de los días para conocernos —añadió Fiammetta—, ¿o puedo llamarla Lucia? Las últimas cuarenta y ocho horas han sido terribles.

La hermana de Giulio era encantadoramente bonita, reconoció Lucy, con enormes ojos castaños y una boca francamente sensual. Ni siquiera la venda de la cabeza le afeaba.

—Más que terrible —dijo la condesa con su voz metálica—. El accidente podría haber sido mortal, una tragedia. La vida de mi único nieto ha corrido peligro.

Lucy notó la expresión dolorida de la niña mayor y, en ese momento, se dio cuenta de que nunca podría gustarle Claudia Falcone.

—En ese caso, condesa Falcone, es una suerte que su nieta no estuviera en el coche —observó Lucy educadamente.

Tras esas palabras se hizo un tenso silencio, que el niño rompió al ponerse a saltar.

—Emilia estaba en el coche —anunció en tono importante—, pero gritó. No fue valiente como yo, todavía sigue mal hoy.

El niño hizo una mueca de burla de su hermana y Emilia se echó a llorar de nuevo. La abuela se dio media vuelta con expresión de claro desagrado.

Lucy decidió que había llegado el momento de intervenir apropiadamente. Bajó los escalones que le separaban del conde y le tocó un brazo.

—Signore, quizá debiera llevar a las señoras al salón mientras yo me encargo de los niños. Al menos, hay que lavar y cambiar de ropa a Emilia —Lucy miró a Fiammetta—. Y usted, *signora*, ¿podría decirme en qué maleta están las ropas de la niña?

Fiammetta lanzó una apesadumbrada mirada a la montaña de maletas.

—Lo siento, pero no lo sé —extendió las manos a modo de disculpa—. Alison las hizo.

«Y alguien tendría que deshacerlas», dedujo Lucy irónicamente.

—En ese caso, tendré que hacer lo que pueda por el momento —extendió una mano hacia Emilia, cuyos sollozos se habían transformado en hipo—. ¿Me acompañas?

El rostro de la niña se mostraba reacio.

—No. Quiero que venga Alison.

Al ver a Lucy aproximarse, corrió hacia su abuela con intención de esconderse en sus faldas, pero la condesa se echó hacia atrás con gesto de repugnancia y rechazo.

Giulio salió al paso y dijo con gentileza, pero firmemente:

—Alison no está aquí, pequeña, ve con Lucia.

—No y no — Emilia parecía encontrarse al borde de la histeria—. ¡No me vas a obligar!

—¿Que no?

El conde levantó a la niña en brazos, la abrazó y le hizo cosquillas, y luego empezó a subir las escaleras con ella. Lucy les siguió.

Para sorpresa de Lucy, Giulio llevó a Emilia a su propia habitación y la dejó en el cuarto de baño del cuarto.

—Ya estamos aquí, cariño. Ya verás como dentro de nada te sentirás bien.

A continuación, Giulio miró a Lucy y arqueó las cejas.

—¿No necesita ayuda?

—No, gracias. Ha sido... muy amable.

—Era necesario —contestó él, encogiéndose de hombros.

Lucy comenzó a llenar la bañera de agua y, forzando una sonrisa, dijo:

—Me parece que usted también necesita cambiarse de ropa.

—Sí, con seguridad —confirmó él lacónicamente—, pero no tiene importancia. Estas cosas pasan con los niños.

Con aire casual, se sacó la camisa por la cabeza y la tiró en la cesta de la ropa sucia antes de despedirse de Emilia con una sonrisa.

—Pórtate bien con Lucia, pequeña —ordenó Giulio con ternura antes de salir a su habitación donde se detuvo para sacar una camisa del armario.

De repente, Lucy se dio cuenta de que le seguía con una apasionada mirada que absorbía cada músculo bajo la bronceada piel. Reprimió un jadeo y se dio la vuelta para volver su atención a la temperatura del agua. Por suerte, Giulio Falcone no había notado su reacción.

«¡Te estás comportando como una adolescente!», se amonestó a sí misma. «Por el amor de Dios, ten sentido común, idiota».

A pesar de la advertencia de su tío, Emilia no mostraba disposición a cooperar. Mientras la desnudaba, Lucy se fijó en que era una niña delgada, con expresión malhumorada y boca tensa. Por injusto que fuese, Marco parecía haber heredado la gracia y fuerza de la familia, y Lucy sospechaba que la niña era consciente de ello.

Emilia se quejó de que el agua estaba demasiado caliente; luego, demasiado fría. El champú le molestaba a los ojos. Dio un manotazo al cepillo cuando Lucy le desenredó el cabello.

En conjunto, a Lucy no le resultó una memorable introducción a sus nuevas tareas. Sacó a la niña del baño y la envolvió en una toalla; después, se sentó en la cama con ella, a pesar de las protestas de la pequeña, y fue a su habitación para recoger un secador de pelo.

Allí, le sorprendió encontrar su maleta de nuevo en el pasillo, al lado de la puerta. Pero le sorprendió aún más ver a una mujer de edad avanzada y vestida de negro colgando ropa en el armario.

– Perdone, creo que ha habido un error...

Se encontró con una mirada de completa indiferencia.

– Esta es mi habitación – insistió Lucy.

Un encogimiento de hombros y un murmullo.

– *Non capisco*.

– No me lo puedo creer – dijo Lucy para sí misma.

– ¿Algún problema?

Lucy se dio media vuelta y se encontró con la condesa.

– Me parece que he perdido mi habitación – declaró Lucy.

– ¿Su habitación? – la condesa arqueó las cejas—. Esta es la habitación que ocupa mi criada siempre que vengo aquí, la necesito cerca de mí. Estoy segura de que lo comprende.

– Por supuesto – respondió Lucy en tono agradable—. Me trasladaré a una de las otras.

La condesa se examinó las uñas con suma atención.

– Desgraciadamente, estoy esperando invitados esta tarde. Pero está la cassetta de Maddalena. Allí se encontrará cómoda.

Lucy se la quedó mirando.

– Se supone que tengo que estar aquí con los niños, creo que la señora Rinaldi lo espera.

– Por supuesto – dijo la condesa con voz suave—. Los niños se quedarán en la cassetta con usted, es la solución ideal. Mi hija necesita unos días de descanso para recuperarse del susto del accidente. Aunque es una madre excelente y cariñosa, los niños son agotadores a estas edades, ¿no le parece?

– Supongo que sus invitados no causarán ningún trastorno – contestó Lucy, consciente de que estaba temblando de ira.

La condesa alzó las cejas con altivez.

– Mi sobrina ha venido a Florencia con un amigo; como es natural, quiero verla – Claudia Falcone hizo una pausa—. Como empleada temporal, *signorina*, no puede esperar cobijarse bajo este techo en igualdad de condiciones que nuestros invitados. Aunque para ahorrarle a nuestra buena Teresa molestias, se le permitirá comer con nosotros y con los niños.

La condesa se interrumpió y miró a Lucy prolongadamente.

– Uno de estos días, *signorina*, deberá darme cuenta de las circunstancias en las que se hallaba cuando encontró este trabajo.

Lucy recogió su maleta.

– Le sugiero que se lo pregunte a su hijastro, condesa. Al fin y al cabo, lo que yo pueda decir no es más que la charlatanería de una sirvienta.

Con la cabeza alta y el sentimiento de que había ganado una pequeña victoria, Lucy empezó a recorrer el pasillo para volver junto a Emilia.

Sacó el secador de pelo de la maleta y comenzó a secar los cabellos de la niña, que ésta soportó en silencio.

– Vaya, ¿no te parece que estás guapísima ahora? – dijo Lucy cuando terminó.

Emilia se miró en el espejo con total indiferencia.

– Yo no soy guapa. Un día oí a *Nonna* decir que nadie creería que soy la hija de mamá, que parezco una trapera.

Lucy suspiró en silencio.

– Estoy segura de que no lo dijo en serio – respondió Lucy con ternura.

– *Nonna* siempre habla en serio. Quiere que mamá me mande a un colegio de monjas que me peguen cuando me porto mal – había una nota de desesperación en la voz de Emilia.

– En ese caso, tendrás que ser muy buena, así no tendrán excusas para enviarte a ese colegio – Lucy sacó de su maleta una camiseta de color crema con un dibujo de flores rojas –. Y hasta que encontremos tu maleta, será mejor que te pongas esto, ¿te parece?

Emilia clavó los ojos en la prenda.

– ¿No es tuya?

– Sí, pero nunca me la he puesto, así que no te vas a contaminar – dijo Lucy, intentando hacer una broma –. Es como un camisón bonito. No puedes acostarte envuelta en una toalla mojada.

Emilia volvió a adoptar una expresión hostil.

– No quiero acostarme – dijo con párpados que desdecían sus palabras.

– ¿Se te ha olvidado lo que te acabo de decir respecto a ser muy buena?

Tras una pequeña resistencia, Lucy consiguió ponerle la camiseta a Emilia.

– ¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí? – preguntó la niña mientras miraba a Lucy que estaba metiendo el secador de pelo en la maleta.

– Eso lo tiene que decidir tu madre – contestó Lucy.

La niña pareció consternada.

– Íbamos al mar cuando tuvimos el accidente, pero a mí me gusta estar aquí – Emilia suspiró –. Pero mamá siempre hace lo que *Nonna* quiere cuando papá no está aquí. Espero que papá vuelva pronto.

«Y yo», pensó Lucy.

– Esta es la habitación de tío Giulio – continuó Emilia –. ¿Por qué estoy aquí?

Lucy sonrió.

– Porque nuestras habitaciones aún no están preparadas. Vamos a quedarnos en la casita.

Emilia se sentó en la cama.

– ¿En la casita de Maddalena? – preguntó con incredulidad.

– Exacto. Y la vamos a tener para nosotros solos.

Emilia se la quedó mirando; evidentemente, calibraba la ignominia de ser relegada a la casa del ama de llaves con la ventaja de estar lejos de su abuela.

– ¿Por qué no podemos quedarnos aquí? – preguntó Emilia por fin.

– Porque van a venir visitas – explicó Lucy –. Una de tus primas.

– Sólo tengo una, Ángela – Emilia hizo un gesto de desagrado –. Claro, *Nonna* la ha invitado.

– ¿No te gusta? – preguntó Lucy.

Emilia se encogió de hombros.

– Da lo mismo que me guste o no. Es a tío Giulio a quien tiene que gustarle.

Las palabras parecieron caer en un extraño silencio.

– ¿Por qué? – preguntó Lucy al fin, sujetando el asa de la maleta con fuerza.

– Porque ella y el tío Giulio se van a casar.

De repente, Lucy sintió un terrible vacío. Era como si el color hubiera desaparecido de la tierra, dejándola vacía y desolada.

– ¿Están prometidos?

La niña sacudió la cabeza.

– No, pero he oído que mamá le decía a papá que tío Giulio estaba esperando a que se hiciera mayor y sentara la cabeza.

Lucy se miró las manos.

«Idiota, imbécil. Estúpida».

En voz alta, dijo:

– Bueno, es hora de que te acuestes. Yo voy a ir a la casita a arreglarla para que podamos estar cómodos.

Después de asentir, Emilia se metió en la cama. Lucy fue al cuarto de baño a arreglarlo y cerró la puerta tras sí. Se miró en el espejo y notó su palidez y su mirada infeliz.

Tras unos momentos, recuperó la determinación y arregló el baño.

Antes de salir, se dijo a sí misma: «me voy a quedar y voy a luchar, aunque la verdadera batalla será contra mí misma».

Y alzando la cabeza, se marchó de allí y bajó las escaleras.

Capítulo 6

LUCY no se encontró con ningún miembro de la familia, aunque oyó murmullo de voces detrás de las puertas cenadas del salón, incluyendo la verborrea infantil de Marco.

En la cocina estaba Teresa, una mujer robusta y sonriente que ya estaba moviendo cacerolas y pucheros con vigor. Lucy se presentó a sí misma, se libró de una oleada de preguntas debido a su falta de conocimiento del idiota y, con tacto, se dirigió hacia sus nuevos aposentos.

La casa no era espaciosa, tenía dos dormitorios, un cuarto de baño diminuto en lo alto de una escalera de madera y una mezcla de cuarto de estar y cocina en el piso bajo, pero cumpliría sus funciones.

No quedaba más remedio, pensó mientras decidía cómo disponer de las habitaciones. Los niños eran suficientemente pequeños para compartir habitación; por lo tanto, les cedió la habitación más grande con dos camas. Ella se quedó con el dormitorio pequeño y una cama plegable. Incluso la condesa lo aprobaría.

Los marcos de las puertas eran estrechos, pero consiguió su objetivo; mover las camas.

Encontró la ropa de cama y estaba sacando las sábanas con los almohadones cuando oyó entrar a alguien en la casetta. Tras unos momentos, oyó la voz de Giulio Falcone llamándola. Durante unos segundos, sintió un cobarde deseo de correr a un armario y esconderse dentro.

«Lunática», se dijo a sí misma. «Antes o después tendrás que enfrentarte a él».

Respiró hondamente tres veces seguidas y luego bajó las escaleras. Él estaba de pie con las manos en las caderas y el rostro serio.

Lucy se detuvo en el último peldaño, necesitaba aquella ventaja en altura. En realidad, necesitaba toda la ayuda posible.

—¿Ocurre algo, *signore* —preguntó ella con voz fría.

—He venido a pedirle disculpas, *signorina*.

Lucy se sorprendió, no era eso lo que había esperado.

—No es necesario...

Pero el conde la interrumpió.

—Está equivocada, Lucia, sí es necesario —sin duda, Giulio estaba enfadado—. Le he pedido que se quedara aquí para ayudar a Fiammetta y a los niños, pero no esperaba que Claudia apareciese también ni que traería invitados sin consultarme. Tampoco esperaba esto.

El conde hizo un gesto con la mano indicando la casa.

—Lo único que puedo decir es que la disculpe, es una mujer que se toma ley por su mano y siempre ha sido así.

Giulio Falcone respiró profundamente antes de continuar.

—Pero su llegada, y las consecuencias que ello acarrea, lo cambia todo. Dadas las circunstancias, la libero del trato que hemos hecho. Está libre para marcharse cuando lo desee. En mi opinión, cuanto antes lo haga, mejor.

Hubo un silencio.

Qué ironía, pensó Lucy desapasionadamente, había agonizado sobre marcharse o quedarse, debatiéndose entre el sufrimiento y el amor, y ahora Giulio le ordenaba que se marchase al momento.

—¿Y qué va a pasar con los niños? —preguntó ella con voz queda.

—Tienen madre y abuela, entre las dos...

—No les harán caso, usted mismo lo ha admitido —declaró Lucy mordazmente—. Francamente, ninguna de las dos quiere ser molestada. ¿Está usted preparado para ocuparse de los niños?

—¿Yo? —preguntó él, sorprendido.

—Eso es lo que pensaba —Lucy asintió—. En ese caso, me quedo, *signore*, pero sólo por los niños y hasta que encuentre otra persona que se encargue de ellos.

—Eso es imposible —dijo Giulio en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque su presencia podría causar dificultades —confesó el conde con dureza—. Usted no sabe quiénes son los invitados que van a venir.

—Se equivoca, *signore*, sé perfectamente a quién espera —Lucy consiguió responder con frialdad—. Y le aseguro que no hay motivos para que se preocupe, no tengo intención de ponerle en evidencia, si eso es lo que teme.

El se la quedó mirando.

—¿Que lo sabe? ¿Lo ha oído? ¿Cómo?

—¿Importa eso? —por dentro, Lucy estaba temblando, pero consiguió mantener la apariencia de calma—. A mí no me importa, se lo aseguro.

—Pues debería —el conde empequeñeció los ojos—. Lucia, no tiene que fingir conmigo.

—No estoy fingiendo —ella se encogió de hombros—. Yo he sido... un entretenimiento, lo sé, nada serio y fácil de olvidar. Y eso es lo que me pasa a mí también. Así que, por favor, no se preocupe.

—Yo no soy de la misma opinión —dijo él con voz queda—. Perdóneme, pero tengo la impresión de que era algo más que un simple entretenimiento.

Lucy se mordió los labios, se sentía humillada, pero consiguió disimularlo.

—En ese caso, está equivocado, *signore*. Sin embargo, al menos espero que podamos estar de acuerdo en que ha terminado y que es mejor comportarse como si nada hubiera pasado.

– Bonitas palabras, ¿pero cómo se sentirá cuando se enfrente a la realidad? No quiero hacerla sufrir, Lucia.

«Ya estoy sufriendo», quiso gritar ella. «¿Es que no ves que me has roto el corazón?»

Lucy enderezó los hombros.

– Por favor, deje de preocuparse. En realidad, está tomando demasiado en serio algo bastante trivial. Y siento haberle dado una falsa impresión respecto a mis sentimientos, le aseguro que no ha sido intencionadamente.

Se hizo un tenso silencio que el conde rompió.

– Entiendo – dijo en tono educado, pero impersonal –. Claramente, mi primera opinión de usted era la correcta.

Giulio le permitió unos segundos para asimilar aquellas palabras y luego le indicó las dos maletas que había a sus espaldas.

– Ahí está la ropa de los niños.

– *Grazie*.

– *Prego* – la sonrisa de él fue breve y no alcanzó sus ojos –. Le deseo buena suerte en su nuevo trabajo, cara. Espero que no le resulte demasiado exigente.

– No se preocupe, recordaré cuál es mi lugar – dijo ella.

– ¿Su lugar? – repitió él sin reprimir la irritación –. Yo le enseñaré cuál es su lugar, mía cara.

El calificativo cariñoso sonó a insulto. Dos pasos le hicieron llegar hasta ella. El conde le puso las manos en la cintura, tiró de Lucy hacia sí y le aplastó los senos contra su pecho. Entonces, durante un interminable momento, se apoderó de su boca dura y violentamente. Perpleja, Lucy sintió que sus labios se abrían bajo la fuerza de aquella invasión, rindiéndose.

Casi con desdén, Giulio la soltó bruscamente.

– Ahora tiene algo más que recordar, otra trivialidad para añadir a su colección – anunció Giulio.

Salió de la casetta y la puerta se cerró tras él de un golpe.

Lucy lanzó un tembloroso suspiro. Le dolía la cabeza y estaba al borde de las lágrimas, de rabia y desesperación.

Incluso antes de la violación de su boca, la actitud de Giulio había sido un insulto. Evidentemente, el conde tenía miedo de que ella tratase de capitalizar lo que había ocurrido entre ellos delante de su futura esposa.

¿Acaso la creía tan miserable? Sin embargo, ¿qué otra cosa podía haber esperado? En realidad, Giulio estaba siendo más realista que ella; a pesar de la atracción, eran dos desconocidos.

A pesar de que parecía tener impreso el cuerpo de él en algún recóndito lugar de su conciencia, de que el sonido de su voz le aceleraba el pulso y que el roce de sus labios y manos le erizaba la piel, no era problema del conde, sino únicamente suyo.

El problema era que, desgraciadamente, Giulio se había dado cuenta del trastorno emocional que la había causado y que ella quería ocultar.

Y ahora, era evidente que a Giulio le preocupaba que a Ángela le pasara lo mismo, que se diera cuenta de lo que ella sentía por él. Ése era el motivo por el que había querido que se marchara.

«Pero jamás se dará cuenta», se juró Lucy en silencio.

Desde ese momento en adelante, el conde Giulio Falcone era algo prohibido, y Lucy estaba dispuesta a asegurarse de que sus mundos no volvieran a chocar.

El almuerzo fue tenso para Lucy. Emilia, aunque vestida con su propia ropa, estaba malhumorada y Marco, que había gozado de las atenciones de su abuela durante la mayor parte de la mañana, parecía inclinado a demostrar lo mal que podía llegar a comportarse.

Un niño precioso, pero insoportablemente mimado, pensó Lucy objetivamente mientras trataba de evitar que tirase el contenido del plato en el suelo del comedor.

La condesa continuaba hablando en italiano, sonriendo y gesticulando incesantemente. Fiammetta, claramente avergonzada, hizo varios intentos por entablar una conversación en inglés, intentos que abortó su madre, que hacía lo posible por ignorar la presencia de Lucy.

Giulio no dijo nada. En su asiento a la cabecera de la mesa, parecía sumido en sus pensamientos y preocupado, y jugueteaba con el excelente escalope de ternera en salsa de espinacas que Teresa había preparado.

Lucy se atrevió a lanzar en su dirección una mirada furtiva suponiendo que estaba pensando en Ángela y que contaba los minutos para su llegada. Suspiró para sí y se sirvió más ensalada.

Cuando la comida llegó a su fin, Fiammetta dijo inmediatamente que los niños debían descansar, lo que provocó las protestas de Emilia.

—Ya he dormido de sobra —protestó la niña—, ahora que duerma Marco, yo me voy a la piscina.

—Después de comer no puedes bañarte —declaró Lucy, que recibió una mirada asesina y una patada en la pierna por debajo de la mesa como respuesta.

El jadeo de dolor fue enmascarado por el grito de negativa de Marco.

—Marco, caro —Fiammetta le puso una lánguida mano en la cabeza—. No hagas tanto ruido.

Luego, miró a Lucy y añadió:

—Lucia, ¿podrías hacer algo...?

—Por supuesto que puede —interrumpió la condesa con impaciencia—. Para eso es para lo que la hemos contratado. Llévase a los niños, *signorina*, y entreténgalos.

—No es necesario —Giulio echó la silla hacia atrás y se levantó—. Tengo que ir a los viñedos a hablar con Franco, me los llevaré, pero tienen que prometer que se portarán bien.

Los niños lanzaron un grito de alegría.

—¿Vas a salir? —se oía una nota de descontento en la voz de la condesa—. Ángela podría llegar en cualquier momento.

—En ese caso, confío en que le hagas compañía... a ella y a su acompañante —respondió él fríamente—. Al fin y al cabo, son tus invitados, querida Claudia.

Giulio salió del comedor con los niños, dejando a sus espaldas un pesado silencio.

Fue la condesa quien lo interrumpió con voz enfadada y Fiammetta la cortó con una carcajada.

—Mamá, ¿es que aún no te has enterado que Giulio es muy independiente y que no puedes manejarle? Se casará con Ángela cuando esté preparado, pero no antes. Mientras tanto, los dos harán lo que quieran.

Lucy se sintió como si se hubiera tragado una piedra.

—Debería haberlo educado yo —las mejillas de la condesa habían enrojecido—; de esa manera, este asunto se habría resuelto hace mucho tiempo.

—Es posible —contestó Fiammetta antes de volver la atención a Lucy, que intentaba salir de allí cuanto antes—. Lucia, en mis maletas he encontrado unos libros y unos juguetes de los niños, si me acompañas a mi habitación, te los daré.

Lucy no tuvo más remedio que asentir. Mientras subían las escaleras, Fiammetta se colgó de su brazo.

—Lucia, quiero que sepa que le agradezco mucho que esté aquí y también quiero decirle que no preste demasiada atención al comportamiento de mi madre. La verdad es que a mamá no le gusta el inglés. Su hermana menor, Bianca, a quien quiere mucho, se casó con un inglés y murió al dar a luz a Ángela. Mamá le echa la culpa de ello al marido de Bianca, a los médicos y a todos, pero no fue culpa de nadie, sino un trágico accidente que podría ocurrir en cualquier parte. El problema es que mamá nunca lo ha aceptado.

—Lo siento, es horrible.

Fiammetta alzó los ojos hacia el techo.

—Y no es eso todo. Mi madre le escribió a mi tío para ofrecerle... no, para exigirle que le enviase a la niña para criarla ella aquí, en Italia. Pero mi tío se negó y fue una tragedia. Mi madre nunca se lo perdonó a mi tío.

Lucy se la quedó mirando.

—¿Quiere decir que después de perder a su esposa se le pedía que perdiera a su hija?

— Mamá es muy peculiar — admitió Fiammetta —. Cuando se casó con el conde Falcone, tanto Giulio como yo éramos unos niños. Mi madre quería tener otro hijo, pero no pudo tenerlo; entonces, decidió que Giulio y yo debíamos casarnos.

Fiammetta sacudió la cabeza antes de continuar.

— ¡Qué tontería! No estábamos enamorados, aunque reconozco que Giulio es muy atractivo — Fiammetta esbozó una sonrisa traviesa y sensual —. Pero yo nunca conseguía saber lo que estaba pensando y eso me irritaba mucho. Sin embargo, con Sergio me pasa todo lo contrario, es el hombre perfecto para mí.

A Lucy le sorprendió la franqueza de esa mujer.

— Signora...

— Vamos, no sea tan formal, no lo soporto. Alison es como de la familia y usted también debe serlo. Llámeme Fiammetta. Se está preguntando por qué le cuento todo esto, ¿verdad? — Fiammetta llevó a Lucy hasta el dormitorio y cerró la puerta —. Quiero que comprenda que no se trata de chismes. Hay algo que tiene que saber si va a cuidar de mis hijos... hay un problema con Emilia.

«Como si no me hubiera dado cuenta», pensó Lucy irónicamente.

— Lo siento — dijo Lucy en voz alta.

Fiammetta fue a sacar un álbum de fotos, pero al final lo dejó donde estaba.

— Cuando Emilia nació, mi madre estaba muy contenta como es natural, se trataba de su primera nieta. Pero cuando nació Marco, el anhelado niño, fue completamente diferente. Mi madre estaba casi loca de alegría, se comportaba casi como si fuera su propio hijo. Sergio y yo pensamos que se le pasaría, pero no ha sido así. Y también como es natural, Emilia está muy celosa.

Fiammetta respiró profundamente y añadió:

— Un día, mamá entró en la habitación de Marco y encontró a Emilia junto a la cuna del niño con un vaso en la mano. Le había echado agua por todas partes, lo que dijo fue que quería hacerle beber...

— Quizá fuese cierto — sugirió Lucy.

— Mamá no se lo creyó, se puso como loca. Dijo que el vaso podía haberse roto y acusó a Emilia de haber querido hacer daño a su hermano, fue entonces cuando Emilia se puso a gritar y dijo que todos querían a Marco y no a ella y que lo odiaba.

— La mayoría de los niños rivalizan por el cariño de su familia — dijo Lucy en tono suave —. Mis propios sobrinos se pelean como locos...

— Hay más. Cuando Marco aprendió a andar, sorprendimos a Emilia llevando a su hermano a la piscina; según ella, para enseñarle a nadar, algo que Emilia no sabía. De haberse escurrido y haber caído al agua...

Fiammetta se estremeció y se llevó una mano a la boca.

Lucy le puso la mano en el brazo.

— Pero Marco no se cayó; además, de eso de haber ya mucho tiempo.

—Eso es lo que dice Sergio, pero yo no puedo olvidarlo, mamá no me lo permite —los oscuros ojos de Fiammetta se llenaron de lágrimas repentinamente—. Cada vez que Marco se cae al suelo o se hace una herida, mi madre me hace verlo como si Emilia tuviese la culpa, como si Emilia lo hubiera empujado o le hubiera pegado. Y no es eso todo. Últimamente a Emilia le ha dado por robarme a mí y a mamá... cosas pequeñas, del bolso, pero me preocupa mucho.

Fiammetta extendió los brazos.

—Mamá piensa que deberíamos enviarla a un colegio especial para niños con problemas. La madre superiora del colegio al que mi madre quiere que la llevemos es una vieja amiga suya y también es psicóloga. Pero en vez de eso, hemos llegado a un acuerdo. He contratado a Alison con el fin de que preste especial atención a Emilia y, en caso de que se produzcan más incidentes, consideraríamos enviarla al colegio interna.

Lucy tragó saliva.

—¿Se lo ha mencionado a Giulio... al conde Falcone?

—No —Fiammetta sacudió la cabeza—. Giulio sólo tenía catorce años cuando mi madre se casó con su padre. Había querido mucho a su madre y le resultó difícil aceptar que otra mujer ocupara su lugar. Y mamá también cometió muchas equivocaciones. Ahora, a mi madre le resultaría difícil compartir este problema con él o admitir que su nieta está enferma de alguna manera. Si Giulio se casara, si tuviera hijos, las relaciones familiares podrían ser más íntimas. Giulio podría comprender mejor...

—Bueno, quizá todo sea diferente... cuando se case con Ángela —dijo Lucy en un tono impersonal.

—Pobre mamá —Fiammetta sonrió de repente—. No consiguió casar a Giulio conmigo y ahora quiere casarlo con su sobrina. De una forma o de otra, no quiere que se le escape. Es casi obsesivo.

—¿Y no tiene nada que decir la feliz pareja?

Fiammetta se encogió de hombros.

—No será terrible. Ángela es muy hermosa y Giulio... bueno, usted misma lo ha visto. Es un hombre del que cualquier mujer se enamoraría, aunque no tuviera ni el dinero que tiene ni el poder.

Fiammetta bajó la voz en tono de conspiración.

—Pensé que se casarían hace tres años, cuando Giulio estaba en Londres y se veían constantemente, pero no quiso comprometerse, decía que ella era demasiado joven. Desde entonces, él ha salido con otras mujeres y ella con otros hombres, pero al final acabarán juntos.

Fiammetta asintió antes de continuar.

—Y Ángela será una buena esposa para él porque puede formar parte de su mundo y compartir su interés por los negocios como yo no podría haberlo hecho —la sonrisa de Fiammetta se tornó traviesa—. Sergio no me molesta con esas cosas.

A Lucy no le sorprendió. Fiammetta era cariñosa y encantadora, pero no debía sobrarle cerebro ni carácter. Lucy había perdido la cuenta de las veces que Fiammetta había mencionado a su madre.

– Pero en esta ocasión, Ángela ha conseguido enfadar a mi madre – continuó Fiammetta –, viene con un amigo suyo. Hasta ahora, nunca le había hecho eso a Giulio.

– Quizá esté intentando poner celoso al conde Falcone para que éste se anime a casarse – sugirió Lucy.

– Es posible que tenga razón – Fiammetta aplaudió –. Bravo, Lucia, qué lista. ¿Y cómo va a vengarse? Creo que los próximos días van a resultar muy interesantes, ¿no?

«Sí, yo también lo creo», pensó Lucy, mientras volvía a la casetta con los brazos llenos de libros y juguetes.

Durante la hora siguiente, guardó la ropa y demás pertenencias de los niños mientras añadía luz y color en el cuarto de estar con flores que recogió del jardín.

Sabía que ni a Emilia ni a Marco les parecería un hogar, pero al menos lo estaba intentando.

Había cerrado las contraventanas para protegerse del calor. Luego, se puso un bikini y se dirigió a la piscina. La villa entera parecía dormir bajo el sol mientras cruzaba el jardín.

Durante unos momentos se quedó de pie en los escalones contemplando las tranquilas aguas color turquesa, recordando los acontecimientos de la noche anterior; después, permitió que la paz del lugar le penetrara.

Además de cojines y sombrillas, había unas colchonetas para tomar el sol. Lucy extendió una de ellas a la sombra de un árbol a un extremo de la piscina; después, se quitó la camisa y se echó al agua, agradeciendo la caricia de su frescura. Hizo un largo y después se alzó para sentarse en el borde con los pies en el agua.

No podía dejar de pensar en las confesiones de Fiammetta, por mucho que quería evitarlo ya que no eran asunto suyo.

Pero le preocupaba porque, desgraciadamente, había conocido a Giulio en Montiverno.

Sólo pensar en él la hacía estremecer.

Disgustada consigo misma, se puso en pie, rodeó la piscina y llegó hasta la colchoneta; de repente, se quedó muy quieta, alerta.

Oyó el crujir de las hojas detrás de unos arbustos.

– ¿Hay alguien ahí?

Pero no obtuvo respuesta.

«Debo estar sufriendo alucinaciones», pensó Lucy mientras extendía una toalla encima de la colchoneta y se tumbaba boca abajo.

Lucy cerró los ojos y apretó los párpados, pero no consiguió desprenderse de la imagen de Giulio.

Y se dio cuenta de que estaba perdida... para siempre.

Capítulo 7

LUCY se sintió flotar en una cálida corriente de aire con el cuerpo totalmente relajado mientras miraba el dorado paisaje que se desplegaba a sus pies. Sus brazos se habían convertido en alas y volaba como un pájaro, con completa libertad.

Sin embargo, sabía que aquella libertad era una ilusión pasajera. Sobre ella, un halcón, un ave depredadora de la que no podía escapar.

Entonces, oyó su nombre. Sintió unas manos como plumas acariciándola, instándola a rendirse, tocándola con absoluta destreza.

De repente, se dio cuenta de que no era un sueño, sino la realidad... que le devolvió la consciencia. Giulio, inclinado sobre ella, le estaba poniendo protector solar en los hombros y la espalda.

—¿Qué demonios está haciendo? —Lucy se sentó violentamente y, con premura, se sujetó el sujetador del bikini que él le había desabrochado.

—Evitar que te tuestes al sol —dijo él en tono cáustico—, que se ha movido mientras estabas dormida.

—¿No podía haberme despertado para decírmelo? —preguntó ella, furiosa.

—Puede, pero me ha parecido más divertido esto —confesó Giulio con mirada traviesa.

Ella se mordió los labios.

—Y supongo que era usted el que me estaba observando antes detrás de los arbustos —le acusó Lucy—. No me parece un comportamiento digno del amo y señor de la casa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Vamos, no s; haga el inocente. ¿Cuánto tiempo lleva escondido detrás de los arbustos espiándome?

—No digas tonterías, Lucia. He llegado hace unos momentos con la intención de bañarme. Si no te hubiera encontrado tumbada al sol, habría respetado tu privacidad y me habría marchado.

Lucy volvió a abrocharse el sujetador del bikini mientras lo contemplaba, Giulio aún llevaba la misma ropa que por la mañana.

—¿Bañarse, *signore*? No parece llevar ni traje de baño ni toalla.

—A estas horas, Lucia, normalmente tengo la piscina para mí solo y no me molesto con esas cosas —Giulio empezó a desabrocharse la camisa—. ¿Quieres que te lo demuestre?

Lucy se lo imaginó desnudo y sintió que se le secaba la garganta.

—No, claro que no —Lucy recogió la camisa del suelo y se puso en pie—. Me marcho.

Él también se levantó, riendo, y alzó los brazos en señal de rendición.

—No huyas. Disfruta del sol y de tu libertad ahora que puedes.

—Oh, Dios mío —Lucy miró a su alrededor—. Los niños, ¿dónde están los niños? ¿Se encuentran bien?

Él le lanzó una furiosa mirada.

—Están muy bien, jugando con los niños de Franco. Teresa los traerá de vuelta cuando venga a preparar la cena. No hay problema.

—¿Está seguro de que le parecerá bien a la señora Rinaldi?

Giulio frunció el ceño.

—Nunca antes ha puesto impedimentos. ¿Por qué lo dices?

Lucy volvió a morderse los labios.

—No quiero que me acusen de descuidar mis deberes, eso es todo —respondió Lucy con voz tensa.

—¿Es ésa la única razón? —preguntó Giulio con voz queda—. En fin, da igual, ya lo descubriré. Pero quédate, por favor. No quiero pensar que te he espantado.

Lucy vaciló, consciente de su piel dorada apenas cubierta por el diminuto bikini y consciente de que él también lo había notado.

Giulio esperó unos momentos y luego suspiró.

—Lucia mía, por favor, deja de utilizar la camisa como escudo, te aseguro que no es necesario.

—¿No? —Lucy alzó la barbilla—. Tiene poca memoria, *signore*.

—Todo lo contrario. Si esperas que te pida disculpas por mi comportamiento en la casetta, lo haré. Dadas las circunstancias, no tenía derecho a besarte y lo admito, pero me niego a disculparme por haberte echado protector solar, era necesario.

—No tenía derecho bajo ninguna circunstancia —dijo ella con voz rígida.

Giulio se encogió de hombros.

—En ese caso, puede que estuviera aprovechando el poco tiempo que me queda —contestó él—. No puedo echarte la culpa de eso.

—No estoy aquí para que me utilicen. Yo he cumplido con mi parte del trato y nada más.

—Ahora eres tú la que parece tener poca memoria, mía cara. Dejé muy claro que estaba dispuesto a cancelar el trato. De ahora en adelante, tú eres responsable de los riesgos que corras.

—Muy bien —contestó ella—. Pero tendrá que comprender que prefiera no correr riesgos innecesarios quedándome a solas con usted.

El rostro de él endureció.

– Primero me acusas de haberte estado espiando detrás de los arbustos y ahora me tratas como si fuera un violador en potencia.

– Yo no he dicho eso.

– No explícitamente, pero implícitamente has dejado claro que no puedes fiarte de mí, que no podemos estar a solas sin que yo me apodere de algo que tú no quieres dar – Giulio sacudió la cabeza –. Te equivocas. Jamás le he robado a una mujer nada que no me ofreciera ella y tú, Lucia, no eres una excepción.

– En ese caso, ¿por qué no me siento segura con usted? – preguntó ella.

– Quizá, porque no te fíes de ti misma.

Lucy jadeó y su rostro se encendió.

– ¡Cómo se atreve!

– Porque, al contrario que te pasa a ti, a mí no me dan miedo los riesgos. Y ahora, continúa tomando el sol mientras yo me doy un chapuzón... a menos que quieras dártelo conmigo.

– Gracias, pero creí que anoche se habría dado cuenta de que no me interesan esa clase de aventuras.

– Y yo creí que te habías dado cuenta de que estaba bromeando – Giulio se sacó la camiseta por la cabeza, se desabrochó los pantalones y se quedó con un pequeño traje de baño negro que llevaba debajo –. ¿Te parece suficientemente decente?

Era un hombre magnífico, musculoso y sin una gota de grasa.

– No consigue tentarme a quedarme aquí – dijo ella esforzándose para hablar con calma a pesar de que el corazón le martilleaba el pecho.

Rápidamente, Lucy se puso la camisa y comenzó a abrochársela.

– ¿Qué crees que vas a conseguir con eso? – preguntó él –. ¿Crees que no tengo memoria ni imaginación?

Los ojos de Lucy brillaron con un repentino fuego.

– Lo que sé es que no tiene conciencia, *signore*; de lo contrario, no se comportaría así – Lucy recogió su bolso del suelo –. Otro de los motivos por los que no puedo permanecer aquí.

– ¿Y yo no tengo nada que decir respecto a esto?

– Usted ya lo ha dicho todo – Lucy lo miró directamente a los ojos –. Estoy aquí para trabajar, *signore*, no para... divertirme pasajeramente.

– Esa no era mi intención.

– No me interesan sus intenciones. Hablemos de responsabilidades y de obligaciones, parece que eso se le ha olvidado.

—Estás equivocada, Lucia —dijo él, recorriéndole el cuerpo con la mirada—. No se me olvida nada, ¿cómo podría olvidárseme?

Lucy se echó el bolso sobre los hombros.

—No está siendo justo, *signore*.

Al pasar por delante de él, Giulio la detuvo agarrándola por la muñeca.

—¿Qué podría ser justo en una situación así? —preguntó él con voz queda—. Lucia, mírame.

Lucy sintió que la sangre se le espesaba y que el corazón le dolía. Lo único que tenía que hacer era volverse hacia él...

De repente, oyó la risa de una chica, una risa gutural y profunda que destrozó su sueño.

—¿Con tus jueguitos de siempre, Giulio, querido?

Era morena y muy hermosa, con un voluptuoso cuerpo enfundado en un vestido rosa de amplio escote y falda corta.

—¿Quién es tu último juguete?

Sabía quién era la recién llegada, tenía que ser Ángela.

Pero no era una desconocida, Lucy la conocía ya, la había visto recientemente en Londres, saliendo de un restaurante en Knightsbridge con Philip.

Y Philip también estaba allí, junto a la morena, con expresión incrédula y algo que rozaba el horror.

«Sé perfectamente cómo se siente», pensó Lucy con cierta histeria.

—Soy una empleada, *signorina*. Y ahora, si me disculpan...

Y se alejó sin volver la vista atrás.

—Oh, Dios mío —susurró Lucy, mientras se paseaba por el cuarto de estar de la caseta—. No puede ser, no puede ser.

La impresión de ver a Philip tan inesperadamente la había dejado atónita. No había sentido dolor ni tristeza, sino vergüenza. Sin duda, aquella era una situación enrevesada y complicada.

Era evidente que Ángela no estaba al corriente de su relación con Philip, lo que era una suerte.

Tampoco había razón para que Giulio se diera cuenta de que el amigo de Ángela era su amor fracasado, pensó Lucy.

Cabía la posibilidad de que tanto Ángela como Giulio permaneciesen en la ignorancia. Cuanto menos se supiera, mejor. Hablaría con Philip tan pronto se le presentase la ocasión.

En cuanto a su situación, continuaría trabajando como niñera de los niños y dejaría que las cosas siguieran su curso, aunque no dudaba de cuál sería ese curso.

Sintió una gran amargura al pensar en Ángela, en su hermosura y en su radiante sensualidad.

Tal y como Fiammetta había sugerido, Ángela y Giulio se divertían por separado.

Pero, ¿en qué situación dejaba eso a Philip? ¿Era una diversión pasajera también o su relación con Ángela era seria; al menos, en cuanto a él se refería?

¿Y qué sentía Ángela? Había ido allí con Philip, ¿pero lo deseaba realmente? En comparación con Giulio, Philip no tenía mucho que ofrecer. O lo estaría utilizando Ángela para poner celoso a Giulio con el fin de que éste se apresurase en proponerle matrimonio?

Fue un alivio cuando Teresa, deshaciéndose en sonrisas, llegó con los niños y Lucy tuvo que hacerlos bañar y prepararlos para la cena. Eso le ayudó a no pensar.

— Cuando sea un hombre tendré viñedos — anunció Marco con orgullo.

— Por el momento, confórmate con secarte bien los pies — le aconsejó Lucy al tiempo que le dedicaba a Emilia una rápida sonrisa —. ¿Y qué vas a hacer tú cuando seas mayor?

Emilia se encogió de hombros.

— Me buscaré un marido rico como la tía Ángela.

— Primero será mejor que te busques otra cara — dijo Marco y se echó a reír antes de lanzar un grito de dolor —. Me ha dado un pellizco.

— Si no le dijeras esas cosas a tu hermana, no te ocurriría nada — señaló Lucy mientras colgaba las toallas mojadas en el toallero.

— Ponte de mi lado, no del suyo — dijo el niño con furia.

— No tengo intención de ponerme del lado de nadie — contestó Lucy con voz animada.

— Entonces, le diré a mamá lo que mi hermana ha hecho y ya verás lo que le pasa.

Lucy lanzó una rápida mirada a Emilia, que tenía el rostro sombrío y los ojos asustados. Lucy sintió compasión por la niña.

— La gente que cuenta chismes es horrible.

— Pero la abuela dice que hay que castigar a Emilia si se porta mal conmigo.

— ¿Y qué pasa cuando te portas mal tú con ella? — preguntó Lucy con calma.

— Nada — saltó Emilia —, porque siempre me echan la culpa a mí.

— Tengo una idea — dijo Lucy —. ¿Por qué no intentáis ser buenos el uno con el otro aunque sea sólo por un día?

La idea fue recibida sin entusiasmo.

— Y si lo hacemos, ¿qué nos vas a dar? — preguntó Marco.

– Esperaré a que lo hagáis y luego lo decidiré – contestó Lucy –. Y ahora, subid a vuestra habitación y jugad un poco mientras yo me arreglo.

Acababa de salir de la diminuta ducha cuando oyó romperse algo y un grito procedente del piso de abajo. Se cubrió con una toalla y bajó corriendo. Había un tiesto roto en el suelo y tierra por todas partes.

– ¿Quién ha sido? – preguntó Lucy.

– Ha sido Emilia, me lo ha tirado.

– No es verdad – Emilia estaba roja de ira –. Marco estaba jugando con él y le he dicho que lo dejara, y entonces lo ha tirado al suelo.

– Mentirosa – gritó Marco.

– ¿A qué se deben estos insultos? – preguntó una fría voz desde la puerta, y Giulio entró.

– Uno de los dos lo ha roto – declaró Lucy consciente de que su aspecto no imponía respeto en esos momentos –. Están echando la culpa el uno al otro, no es un buen comienzo para el nuevo plan.

– Lucia ha dicho que si somos buenos el uno con el otro durante un día nos dará una recompensa – le informó Marco a su tío.

Giulio reprimió una sonrisa.

– ¿Chantaje, Lucia?

– Uno tiene que empezar con algo.

Giulio miró directamente a los niños.

– Bien, diablillos, si conseguís hacer lo que Lucia os ha dicho, yo mismo os daré una recompensa, ¿qué os parece un picnic? – preguntó Giulio tras fingir meditar.

– Sí, sí – los niños gritaron a coro saltando alrededor de él como cachorros.

– Pero es Lucia quien debe decidir si os lo merecéis, ¿de acuerdo? – Giulio sonrió a Lucy –. Fiammetta ha dicho que los niños pueden ir a verla y a hablar con ella mientras se viste. He venido a recogerlos y, según parece, justo en el momento oportuno.

– Sí – la toalla la cubría perfectamente, pero Lucy se sintió absurdamente desnuda bajo la mirada de él –. Gracias.

– *Prego*.

Con la dignidad de que fue capaz, Lucy se dio media vuelta envuelta en su toalla y subió las escaleras, consciente de que él la observaba.

Lucy esperaba encontrar a toda la familia reunida en el salón cuando, por fin, hizo su entrada; sin embargo, se encontró a solas con Philip.

Él estaba junto a la ventana con una copa, pero se volvió tan pronto como Lucy entró y le lanzó una furiosa mirada.

– ¿Qué estás tramando, Lucy? ¿Qué estás haciendo aquí?

– Estoy como niñera temporal de los niños de la señora Rinaldi.

– Mentira. Creo que has venido aquí intencionadamente con el fin de dejarme en vergüenza – Philip sacudió la cabeza –. Me has desilusionado, Lucy, creí que tenías más dignidad, más orgullo.

– No te halagues tanto a ti mismo – le advirtió Lucy en tono seco –. No tenía idea de que tu novia tuviera nada que ver con esta familia. De hecho, no los conocía hasta ayer.

– ¿Y esperas que me crea que has decidido dedicar tus vacaciones a trabajar para una familia a la que apenas conoces? – Philip lanzó una áspera carcajada –. Vamos, inténtalo de nuevo.

– No me importa que me creas o no – por extraño que le resultase, era cierto –. Pero es la verdad. Me robaron y necesitaba dinero, y ellos necesitaban una niñera. Sin embargo, en lo que a mí concierne, Philip, tú y yo no nos conocemos. Nuestro encuentro aquí es una desgraciada coincidencia, pero no tiene por qué ser un desastre.

– Supongo que no – dijo él, enfadado –, aunque está en la línea de este horrendo viaje.

Philip se sentó pesadamente en uno de los sofás antes de continuar.

– Iban a ser unas románticas vacaciones para dos. Y entonces, tan pronto como llegamos a Florencia, Ángela se transformó en una obsesa de la cultura. Ha sido una pesadilla. Tuvimos que hacer cola para ver esa maldita estatua, el David, aunque debe haber cientos de ellas.

A Lucy le dieron ganas de echarse a reír.

– Creo que la mayoría son copias y que la original se encuentra en la Academia.

– Sí, claro, tú debes saberlo – comentó él críticamente –. En fin, si te digo la verdad, tampoco esperaba estar con la familia de Angie. No la mencionó cuando estábamos en Londres. Aunque supongo que es buena señal que quiera presentarme a su familia. La tía, la condesa, es un hueso duro de roer.

– A mí me parece encantadora – dijo Lucy.

– Es cuestión de gustos – Philip le lanzó una prolongada mirada –. Tengo que reconocer que estás preciosa, Lucy.

– Gracias – respondió ella secamente.

– Lo digo en serio. Está tan apetitosa como cuando te conocí.

– O hasta que te apeteció Ángela – dijo Lucy con calma.

– Vamos, Lucy. También hemos pasado buenos ratos juntos y deberías admitirlo.

– ¿En serio?

Lucy se miró el reloj, ¿dónde estaban todos?

– Sabes que es verdad – Philip dejó su vaso en una mesa y se levantó.

– Sea lo que sea lo que estás pensando, Philip, olvídalos.

Philip se colocó delante de ella y la miró como si fuera la primera vez.

– Vaya, vaya – dijo él en tono desagradable –, ¿no te estás poniendo muy altanera? ¿Será porque crees que el gran Giulio Falcone está interesado en ti? Me he dado cuenta de lo que estaba pasando en la piscina cuando nos hemos presentado. Según Ángela, Giulio es famoso por sus aventuras amorosas, pero vuela más alto.

A Lucy le costó mucho sonreír.

– Gracias, me daré por advertida.

Oyó un ruido a sus espaldas y se volvió. Giulio estaba de pie observándolos desde la puerta con expresión ilegible.

– Buenas noches. Un anfitrión no debería tener esperando a sus invitados.

– Oh, no se preocupe – dijo Philip, acercándose al sofá para distanciarse de Lucy –. Ángela me ha dicho que podía servirme una copa.

– Por supuesto. ¿Puedo ofrecerte algo, Lucia?

– Un zumo de fruta, gracias.

– Qué virtuosa – dijo Giulio en tono burlón.

Le sirvió un zumo de naranja con hielo y Lucy aceptó el vaso con mano temblorosa.

Philip se acabó el resto de su copa.

– Creo que voy a ir a ver si viene ya Ángela.

– Sin duda, tendrá el eterno problema de qué va a ponerse – dijo Giulio mientras se servía un whisky.

Philip se acercó a la puerta y se marchó en silencio.

Lucy se obligó a beber zumo de naranja, a la espera de lo que iba a presentársele.

Cuando Giulio habló por fin, su voz era casi tierna.

– Mantente apartada de él, Lucia, no es para ti.

«¿Crees que no lo sé?», quiso gritarle ella. ¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿No te das cuenta de que preferiría morir antes de permitirle que me tocara?»

– ¿Es una advertencia? – preguntó ella en tono intencionadamente superficial.

– No, una orden que debes obedecer.

– ¿Porque le pertenece a su prima Ángela? – fue un desafío.

La sonrisa de Giulio fue dura, casi mortal.

– Puede... hasta que se canse de él. Ángela se aburre enseguida.

– Supongo que es de familia – Lucy bebió otro sorbo de zumo –. ¿Y si decido ignorar su orden?

Esos ojos ámbar se clavaron en los de ella.

— En ese caso, haré que te arrepientas de haber puesto los pies aquí.

— Ya es tarde, *signore* — Lucy alzó la barbilla—. Nunca me he arrepentido de nada tanto en mi vida. Por lo tanto, ¿qué tengo que perder?

El silencio entre los dos pareció durar una eternidad. Lucy vio su rostro transformarse en una máscara de bronce. Le vio avanzar hacia ella y detenerse como delante de un abismo.

— En ese caso, *signorina*, no queda nada por decir.

La puerta del salón se abrió y Fiammetta entró con una serie de sonrisas disculpas, los niños la seguían.

Lucy se acercó a la ventana con un sentimiento de absoluta desolación.

Capítulo 8

De no haberse sentido tan deprimida, a Lucy le habría divertido la cena aquella noche en la villa Dante.

Philip, sentado al lado de la condesa, no consiguió acabar ninguna frase de las que empezaba, todas interrumpidas por la mujer que estaba a su lado. Antes de terminar el melón con jamón y durante el siguiente plato, pollo en salsa de vino, ya tenía una expresión que inspiraba casi compasión.

Ángela, con un vestido de seda color crema que debía costar tres veces el salario mensual de Lucy y que hacía más que justicia a su escote y a sus bien formadas y largas piernas, tenía centrada su atención en Giulio. Su baja voz y el lenguaje corporal excluían al resto de los comensales, proclamando una prolongada intimidad.

Que el comportamiento de Giulio no contradecía, admitió Lucy con pesar. El conde estaba relajado y parecía divertirse mientras contestaba a su compañera.

Los temores de Lucy parecían justificados.

Ella centró sus esfuerzos en persuadir a los niños de que comieran y en escuchar la apasionada descripción de Fiammetta de! apartamento de Nueva York al que se mudarían en octubre.

Ella también se mudaría, decidió Lucy. Cabía incluso la posibilidad de cambiar de trabajo a su regreso a Londres con el fin de empezar una nueva vida, buscar nuevos horizontes.

Marco llamó su atención.

—¿Cuándo empieza el día? —le susurró en tono de conspiración—. El día que tenemos que ser buenos.

—Justo en este momento —le contestó ella también susurrando—. Veinticuatro horas enteras, así que nada de portarse mal esta noche.

Su aire desilusionado sugería que acababan de estropearle el plan de atormentar a Emilia. Entonces, con un filosófico encogimiento de hombros, se concentró en su helado de melocotón.

La situación cambió bruscamente cuando llevaron los cafés y las copas.

La condesa, ignorando a Philip, estaba hablando y gesticulando con Fiammetta cuando Giulio se inclinó hacia delante.

—Querida Claudia, veo que llevas el anillo Falcone esta noche —dijo él con voz suave—. ¿Significa eso que vas a volver por fin?

La condesa se miró la mano. El anillo en cuestión era un espectacular rubí encajado en una montura muy antigua.

—Querido Giulio, no está bien sacar ese tema cuando hay invitados. No creo que quieras que saquemos aquí nuestros trapos sucios.

Giulio se encogió de hombros con indiferencia.

—Mis intentos por hacerlo en privado han resultado fútiles. Como tus abogados te han dicho en varias ocasiones, ese anillo es un tesoro familiar, no una joya corriente, y debería haber vuelto aquí tras la muerte de mi padre.

—¿Para que el nuevo conde Falcone se lo dé a su esposa? —Claudia Falcone soltó una carcajada—. Pero tú no tienes esposa, querido; de hecho, se habla mucho de tu soltería.

La condesa levantó sus elegantes hombros.

—Así que el remedio está en tus manos, Giulio —su sonrisa se posó en Ángela—. Lo único que tienes que hacer es darme la alegría de anunciar tu compromiso y estaré encantada de darle el anillo a tu futura esposa.

La condesa extendió la mano, el rubí brilló como sangre y fuego en su fino dedo.

—Esta discusión me aburre —dijo Giulio fríamente—. Mis planes respecto al matrimonio no tienen nada que ver con el asunto. El anillo pertenece a la casa Falcone aunque me quede soltero durante el resto de la vida.

—¿Y eso es lo que pretendes? —la condesa arqueó las cejas con gesto desafiante.

—No —respondió él—. Me casaré antes de que acabe el año. Sin embargo, eso, querida Claudia, no es asunto tuyo. Y la presentación del anillo a mi prometida también es un asunto privado, no un ritual orquestado por ti.

—Qué dramático —Claudia se echó a reír, pero un minúsculo músculo de su boca se movió—. Deberíamos pedir disculpas a nuestros invitados, querido, no es un tema para discutir aquí. Por otra parte, llevo este anillo en memoria de tu padre. No puedo creer que seas tan cruel como para privarme de él sin un motivo justificado.

—Mi motivo es justificado —respondió Giulio con voz gélida—, y lo protege la ley.

Claudia inclinó la cabeza regiamente.

—Y cuando decidas casarte, te lo devolveré. Hasta entonces, está perfectamente a salvo conmigo, nunca lo dejo fuera de mi vista. Y no hay nada más que decir.

Marco estaba terminando el helado, pero Lucy se dio cuenta de que Emilia tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

No debían someter a los niños a soportar ese tipo de conversaciones, pensó Lucy con angustia antes de empujar hacia atrás su silla.

—Con su permiso, *signora*, voy a llevarme a los niños para que se acuesten. Deben estar cansados.

—Veinticuatro horas —dijo Marco animadamente y rodeó la mesa corriendo y riendo, haciendo que la tensión disminuyese.

– Ven querido – la condesa extendió los brazos para abrazar a su nieto.

Cuando le tocó el turno a Emilia, Lucy notó furiosa que la abuela acarició brevemente y casi sin tocar la mejilla de la niña.

– La acompañaré – Fiammetta salió con Lucy del comedor –. Dios mío, qué escena.

Las dos salieron al jardín, los niños corriendo delante de ellas, y la joven madre añadió:

– El problema es que el anillo tiene un gran valor, es del siglo quince y debería estar guardado en un banco. Mamá lo sabe, pero siempre pone una excusa para no devolverlo, y ahora Giulio se ha enfadado y no le culpo.

Fiammetta alzó los ojos al cielo.

– Es una guerra entre los dos. Sólo espero que mamá no haga ninguna tontería, es muy derrochadora. Si Giulio la llevara a juicio acabaría arruinada.

– ¿No puede usted intentar hacerla entrar en razón? – sugirió Lucy.

– Respecto a algunas cosas sí, pero no en lo que concierne al anillo. No quiere escucharme. Y le provoca constantemente, como lo ha hecho esta noche – Fiammetta suspiró –. Quizá Giulio no debería haber dicho lo que ha dicho, pero no le culpo.

– Puede que su madre sólo pretendiera forzarle a proponerle el matrimonio a Ángela – sus propias palabras se le clavaron como puñales.

– En ese caso, no conoce a Giulio – dijo Fiammetta –. Aunque no creo que Giulio tarde mucho en proponerle a Ángela el matrimonio. ¿Se ha dado cuenta cómo estaban esta noche?

– Sí, me he dado cuenta – respondió Lucy con pesar.

– Y ese pobre Philip Winslade ha cumplido con lo que Ángela esperaba de él. Si yo estuviera en su lugar, no soportaría una humillación más.

– Quizá esté enamorado de Ángela – dijo Lucy despacio –. Puede que esté dispuesto a soportar cualquier cosa por ella, aunque en el fondo se dé cuenta de que es una causa perdida.

De repente, Lucy apresuró el paso.

– Eh, niños, id más despacio. Está muy oscuro y podríais caer.

Entre las dos, acostaron a los niños sin problemas, aunque Emilia no quería que su madre se marchara. ¿Y quién podía culparla?

Cuando Fiammetta volvió a la casa y la casetta se quedó en silencio, Lucy bajó las escaleras y se sentó en el banco de piedra que había al lado de la puerta. Se oían cigarras y mariposas revoloteando alrededor de las luces, también se oyó el graznido de un ave.

Tenía un libro en el regazo, pero no lo abrió. La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo una vida entera podía cambiar con tanta rapidez y tan radicalmente? No era normal, no era racional.

Giulio Falcone se había apoderado de su corazón, de su mente y de su alma. Desde el principio, Lucy se dio cuenta de que era un peligro, pero fue incapaz de resistirse a él.

Arrollada por la fuerza del destino. ¿Y quién podía saber cómo acabaría?

No obstante, había algo positivo en todo ello, le había dado a Emilia un beso de buenas noches y, aunque la niña no había respondido, no la había rechazado tampoco. Quizá pudiera contribuir a la estabilidad emocional de la niña, ayudarla a afianzar su autoestima; en ese caso, su estancia en Toscana cobraría sentido.

El ruido de unas pisadas la sacó de su ensimismamiento y se incorporó en el asiento, muy tensa, cuando la alta figura de él apareció.

—Otra vez buenas noches, *signore* —tuvo que hacer acopio de todo su valor para hablar con calma—. ¿Ha venido para pelear otra vez?

—No —respondió Giulio en tono casi reflexivo—. Ya he tenido suficientes peleas por un día. He venido para ver cómo están los niños... y también para ver si tienes todo lo que necesitas.

Giulio hizo una pausa.

—¿Puedo sentarme?

—¿No debería volver con sus invitados?

—He invitado a Fiammetta y a los niños, y sólo a ellos. Como Fiammetta está jugando a las cartas y los niños deben estar durmiendo, puedo hacer lo que quiera.

Lucy se corrió hacia un extremo del banco de piedra y se cubrió las piernas con la falda. Giulio observó el gesto con las cejas arqueadas y luego se sentó en el otro extremo.

—¿Ya se te han quitado los nervios ahora que estás fuera de la casa?

«Se me habían quitado hasta este momento», pensó Lucy.

—Supongo que va a decirme que hay bandas de atracadores armados por los alrededores.

—No, gracias a Dios. Aquí no hay nada de eso. Sin embargo, en la piscina, me dijiste que creías que alguien te había estado espiando.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, pero podría haberme equivocado.

—¿Porque no haya sido yo infieres que no podría ser ninguna otra persona? Gracias.

—Podría haber sido un gato —contestó ella sin saber qué decir.

—Sí, o un oso o un lobo —dijo él en tono de exasperación.

—O sólo mi imaginación —insistió Lucy, antes de conseguir soltar una carcajada—. Hay una maldición china que dice: «que vivas en tiempos interesantes».

Bueno, pues yo he vivido tiempos fascinantes últimamente. Quizá eso me haya puesto algo paranoica.

—No lo creo —Giulio tenía el ceño fruncido—. Pero sé que no estás contenta y eso me preocupa, porque yo tengo la culpa. No ha sido mi intención hacerte daño, Lucia, créeme.

—Por favor —a Lucy se le hizo un nudo en la garganta—. Yo... preferiría no hablar de esto.

—Sin embargo, no podemos ignorar lo que pasa.

—Puede que tú no —dijo ella casi con fiereza—, pero yo sí.

—Lucia —Giulio extendió una mano hacia ella y Lucy retrocedió.

—No. ¿Es que no ves, es que no comprendes que hablar de ello empeora las cosas? ¿No podrías tener un poco de compasión?

—Dios mío —susurró Giulio—, no me había dado cuenta de que la herida fuese tan profunda. Lucia, ¿hay algo que yo pueda hacer?

—Esta mañana dijiste que sería mejor que me fuera. He llegado a la conclusión de que... es lo mejor. Me marcharé tan pronto como encuentres una sustitua para cuidar a los niños.

Giulio guardó silencio unos momentos.

—Como quieras. Teresa tiene una prima, una profesora, que está buscando un trabajo durante el período de vacaciones. Veré si puedo arreglarlo —volvió a hacer una pausa—. ¿Qué harás?

—Lo que tenía pensado en un principio, volver a Inglaterra en el primer vuelo que encuentre y continuar con mi vida.

—Lo dices como si fuera algo muy simple —esas suaves palabras escondían algo diferente, algo que podría haber sido ira y amargura—, muy racional. Sin embargo, los dos sabemos que no es así.

Antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que Giulio iba a hacer, éste había llegado hasta ella y la estrechó contra sí inexorablemente, tumbándola encima de su regazo.

Durante un breve segundo, Lucy le vio el rostro iluminado por la luna, vio el brillo de sus ojos. El halcón, pensó mareada, ese animal depredador dispuesto a llevársela a la oscuridad eterna.

Entonces, sintió los labios de Giulio en los suyos, fieros, exigiendo una respuesta que Lucy sabía debía negarle. Sabía que debía luchar, golpearle con los puños, obligarle a soltarla.

Pero el calor de aquella boca y el aroma de esa piel eran como una droga que la privó de toda capacidad de resistencia. Y se entregó a él.

Cuando alzó los brazos, no fue para defenderse, sino para acariciar la fuerza de sus hombros, para atraerlo hacia sí.

Porque eso era lo que Lucy quería, pensó con dolor. ¿De qué servía fingir lo contrario? No podía lograr su amor ni compartir su vida, pero aceptaría lo poco que él quisiera ofrecerle. Un breve momento de pasión, un recuerdo cálido en el vacío de su futuro.

La boca de Giulio le exploró la suya duramente, como si de él se hubieran apoderado fuerzas fuera de su control. La intrusión de su lengua fue como una seda ardiente y Lucy se vio presa de una dulce locura que jamás había experimentado. En ella, se despertaron desconocidas pasiones.

Giulio le puso la mano en los senos, acariciando su redondez con dedos temblorosos, antes de sacarle uno del sujetador para celebrar su desnudez.

Durante un largo momento, Giulio se quedó muy quieto, con el seno en su mano. Entonces, apartó la boca de la de ella y contempló el enrojecido semblante de Lucy. Se mantuvieron la mirada mientras él comenzaba a trazar círculos en el erguido pezón.

Lucy jadeó. Le vio sonreír. Le sintió besarla con suma ternura.

Después, Giulio bajó la cabeza y se apoderó con la boca de aquel excitado pezón. Una oleada de placer la envolvió, tal y como había imaginado que sería.

—Mia bella, mia carissima —la voz de Giulio le calentó la piel—. Sabes a luz de luna.

Con timidez, Lucy tocó sus oscuros cabellos y después le pasó los dedos por la garganta. El deseo de tocarlo era sobrecogedor. Con dedos temblorosos, comenzó a desabrocharle los botones de la camisa; después, le puso las manos en el pecho y saboreó la textura de su velluda piel.

Le besó el torso con frenesí y sintió endurecer los diminutos pezones bajo el ardor de sus labios.

Giulio le tomó las manos, se las llevó a los labios y luego se las pegó al cuerpo.

—Así es como te deseo —dijo en un susurro apenas audible.

Lucy contuvo la respiración tan pronto como reconoció la fuerza y el poder que pronto sería parte de ella, que se uniría con ella. Le sintió subirle la falda y deslizar la mano por sus delgados muslos, y el cuerpo entero se le puso tenso de anticipación y deseo.

De nuevo, Giulio la besó; pero esta vez, el beso fue sutil y sensual mientras exploraba la hinchada suavidad de los labios de Lucy al tiempo que, con la misma delicadeza, le exploraba más íntimamente con los dedos.

Lucy suspiró su asentimiento. Casi al momento, se sintió hundiéndose en una red dorada de placer que la hizo desear reír y llorar al mismo tiempo.

Pero el grito que se oyó fue otra cosa. Era el grito de una niña, un grito de miedo.

El encanto se deshizo en ese instante.

—Oh, Dios mío —Lucy se apartó de él y se bajó la falda—. ¡Emilia! ¿Qué le está haciendo Marco?

Corrió al interior de la casetta y subió las escaleras de dos en dos seguida de Giulio.

Emilia estaba sentada en la cama tapándose los oídos con las manos, el rostro contorsionado y la boca abierta para volver a gritar.

—Tranquila, cariño —Lucy se arrodilló en la cama y abrazó a la pequeña—. ¿Qué te ocurre?

Se vio envuelta en una corriente de sollozos en italiano.

Pero fuera el que fuese el problema, no se podía culpar a Marco, notó Lucy aliviada. Al lanzar una mirada a la otra cama, le vio dormido.

—Emilia ha tenido una pesadilla —tradujo Giulio sentándose en el otro lado de la cama—. Estaba en un coche que se estrelló y no podía salir.

—Pero eso no ha pasado, Emilia —Lucy le acarició el pelo—. Estás aquí y a salvo.

—Lucia tiene razón, cielo —Giulio tomó a la niña en sus brazos y comenzó a secarle las lágrimas con un pañuelo—. Todo está bien.

—Alison no —objetó Emilia—. Alison está enferma.

—Sí, pero pronto se pondrá bien —dijo el tío de la niña—. Y para demostrártelo, te llevaré a visitarla mañana. Tiene una pierna escayolada y te dejaré que le escribas algo en la escayola.

—¿De verdad? —los sollozos murieron.

—De verdad —confirmó Giulio—. Y ahora, vuélvete a dormir.

—Quiero beber algo —decidió Emilia—. Y quiero que te quedes conmigo, tío.

—Está bien, iré a calentar un poco de leche —dijo Lucy con voz queda y bajó las escaleras.

La pesadilla de Emilia había sido su salvación, pensó Lucy mientras calentaba la leche. Había estado a punto de entregarse, en cuerpo y alma, al hombre que le pertenecía a otra. Un hombre que sólo la podía considerar como una momentánea fuente de placer.

«¿Aprenderé algún día o estoy completamente loca y sin salvación posible?»

Se mordió los labios mientras servía la leche en una taza y la subía.

Emilia ya se había tranquilizado e incluso reía por lo que Giulio le decía. Se bebió la leche y luego se acostó, aferrando la mano de su tío.

—Y quiero que también se quede Lucia —decretó la niña—. Alison me contaba cuentos, el que más me gusta es el de Cenicienta.

—En ese caso, será Cenicienta —las miradas de Giulio y Lucy se cruzaron—. ¿Conoces ese cuento, Lucia?

«Me siento como si lo estuviera viviendo», pensó ella apartando la mirada.

Antes de que a Cenicienta le diera tiempo de escapar del palacio y de perder el zapato de cristal, Emilia estaba dormida.

—Ya está bien —dijo Lucy—, pero dormiré con la puerta abierta por si se vuelve a despertar.

Giulio también se levantó y se soltó de la mano de su sobrina.

—Creo que es un desperdicio que estés en el mundo de la publicidad, Lucia. Pareces tener un don especial con los niños.

—No lo creo —Lucia salió del dormitorio y bajó a la cocina, consciente de que él la seguía—. Un cuento y un vaso de leche no me transforman en Mary Poppins.

—¿Estás segura de que quieres marcharte de aquí? —preguntó él con voz queda.

—Ahora más que nunca —respondió Lucy brevemente mientras enjuagaba el vaso de leche.

—Crees que si te quedas volveré a intentar hacerte el amor, pero no es así. Mi comportamiento de esta noche ha sido un error. Tal y como están las cosas, no tenía derecho a tocarte.

—Vaya, por fin estamos de acuerdo en algo —murmuró ella.

—No tengo disculpas... excepto que eres encantadora.

—¿Y qué excusa tengo yo? —preguntó ella en tono mordaz—. ¿Que eres un seductor experto y que he perdido el contacto con la realidad durante unos momentos?

—Si eso es lo que quieres creer —dijo él en tono cansado—. En cualquier caso, no se repetirá el incidente. ¿Te sirve eso?

—Lo que quiero es mi libertad... tan pronto como sea posible.

—En ese caso, la tendrás —contestó Giulio casi salvajemente—. Y espero que no te cueste demasiado, querida.

Giulio se marchó de allí al instante.

«Oh, Dios mío, aquí termina todo. Debería alegrarme, pero no es así. No, no es así».

Y se sintió amargamente vacía y con un peso en el pecho que estalló con las lágrimas.

Capítulo 9

LUCY pasó una noche inquieta y larga. Se sintió atrapada en una especie de terrible limbo. La idea de marcharse y no volver a ver a Giulio era insoportable. Sin embargo, no se atrevía a quedarse porque sabía que acabaría completamente destrozada.

Tampoco se resignaba al desastre emocional que había invadido su vida.

Casi había amanecido cuando, por fin, se durmió. Y le parecieron cinco minutos después cuando se dio cuenta de que la estaban sacudiendo.

– Despierta, Lucia, tengo hambre – anunció Marco.

El niño estaba de rodillas a los pies de la cama.

Lucy dijo débilmente:

– Marco, esto no es un trampolín. Ve a vestirte, enseguida estaré contigo.

– ¿Hemos sido buenos? ¿Han pasado ya las veinticuatro horas?

– No, aún tienes que hacer exactamente lo que se te diga – respondió ella con firmeza.

Marco se estaba poniendo unos pantalones cortos y una camiseta cuando Lucy entró en el cuarto de los niños unos minutos más tarde. Emilia, ya vestida, estaba sentada en la cama leyendo y le lanzó a Lucy una débil, pero amistosa mirada.

Un paso en la dirección adecuada, pensó Lucy; o lo sería... si se quedara.

El desayuno en la villa fue un buffet a base de carnes frías, quesos, fruta, conservas y panes calientes. Todo ello acompañado de café y zumo de naranja recién hecho.

Lucy sirvió a los niños y después se sirvió ella: pan, mermelada de cerezas y una pera.

Acababa de sentarse cuando Ángela llegó. A todos los saludó con un asentimiento de cabeza indiferente y luego se dirigió directamente a la mesa de buffet sin volver la cabeza, dijo:

– Mi abuela quiere desayunar en su habitación. ¿Podría llevarle una bandeja con el desayuno... Lucy?

– Por supuesto, ¿señorita...?

– Brockhurst – respondió Ángela fríamente antes de mirar a Marco con desagrado—. ¿Tiene que llenarse la boca de esa manera?

Lucy, que había estado a punto de amonestar a Marco por lo mismo, se encogió de hombros.

– Me gusta ver a los niños con apetito – contestó después de levantarse, y salió del comedor.

Teresa le dio una bandeja exquisitamente decorada.

Cuando Lucy estaba subiendo las escaleras con la bandeja, la detuvo la voz de Giulio.

– ¿Qué estás haciendo?

Con el corazón latiéndole con fuerza, Lucy se volvió despacio. Giulio estaba de pie en el umbral de su puerta, una oscura silueta contra el sol de la mañana.

– Voy a llevarle el desayuno a la condesa a su habitación.

– ¿Quién te ha dicho que lo hicieras?

Giulio avanzó un paso hacia ella.

Por primera vez desde que lo conocía, no tenía un aspecto impecable. Necesitaba un afeitado y parecía llevar la misma ropa que la noche anterior.

– La tía Claudia, cariño – Ángela salió del comedor –. Por favor... Lucy, no te distraigas. A la condesa le gusta el café muy caliente.

– Y a la señorita Winters no le gusta que la traten como a una sirvienta – había hielo en la voz de Giulio –. Tu tía ya tiene una sirvienta, ¿dónde está?

– Puede que planchando la ropa que tía Claudia se va a poner hoy – los ojos de Ángela empequeñecieron –. De todos modos, querido, ¿qué importancia tiene eso? Sólo se trata de una bandeja con el desayuno.

– Por supuesto, y yo mismo se la llevaré – Giulio le quitó la bandeja a Lucy de las manos –. Al mismo tiempo, aclararé cualquier malentendido que pueda haber entre ella y el papel que Lucy cumple en esta casa.

La risa de Ángela contenía una puñalada.

– Sí, creo que todos nos hemos dado cuenta de lo que pasa. Pero... ¿quién no tiene una escapada de vez en cuando? Ni yo misma soy inmune.

Lucy, asqueada, se volvió y fue al comedor a terminar su desayuno.

Pero no pudo evitar oír el susurro de Ángela.

– Si estás intentando darme celos, querida, tendrás que convertirte en algo más que un palillo de los dientes pálido.

Con pesar, Lucy supuso que se lo merecía.

Iba a ser un día muy caluroso. Lucy pasó la primera parte de la mañana preparando una tarjeta con los niños para Alison, pero lo único que ellos hicieron fue discutir sobre el diseño. Al final, Lucy les mandó ir a la piscina a darse un baño.

A Emilia le ponía nerviosa el agua, pero intentaba disimularlo; y Marco parecía inclinado a molestarla. Lucy decidió solucionarlo con una pelota de baño, y se pusieron a jugar alegremente. Hasta...

– Que ruido tan horrible – dijo Ángela secamente.

La sobrina de la condesa estaba de pie en el borde de la piscina, Philip a sus espaldas. Llevaba un bañador negro y dorado con una blusa de seda haciendo juego y los pies calzados con unas sandalias doradas de tacón alto.

—He venido aquí a descansar —continuó Ángela—. ¿No puede llevarse los niños a jugar a otra parte?

—Acabamos de llegar, señorita Brockhurst —respondió Lucy con voz tranquila.

—¿Y qué? —Ángela se ajustó el elegante sombrero de paja—. Le estoy diciendo que se vayan. Me gusta tener silencio y privacidad.

Ángela lanzó a Philip una rápida sonrisa llena de significado; después, miró con desdén el bikini de Lucy.

—Estoy segura de que tía Claudia no le permite a los empleados utilizar la piscina cuando están los invitados.

Controlando su enfado, Lucy sacó a los niños del agua y los envolvió en unas toallas.

—Intentaré recordarlo —dijo Lucy.

—Debería hacerlo —dijo Ángela secamente—. Todos mis amigos en Inglaterra tienen niñeras y ninguna de ellas, con su actitud, duraría cinco minutos en una casa. Y no se dé esos aires sólo porque Giulio haya coqueteado con usted, lo hace con todas, es instintivo.

Lucy se ajustó el sarong haciendo una exhibición de ello. A pesar de su elegancia, Ángela tenía los muslos gordos, pensó Lucy con satisfacción.

—¿Y a cuál de los dos piensa que debe convencer, señorita Brockhurst? —preguntó Lucy fríamente.

Y se marchó con los niños antes de que Ángela pudiera contestar.

Los dos niños llegaron enfadados a la casetta y Lucy no podía culparlos. Ella también se puso furiosa cuando vio quién los estaba esperando con gesto de autocrática impaciencia.

—Por fin —dijo la condesa—. Empezaba a preguntarme cuánto tiempo tendría que esperar aquí.

—Lo siento, no sabía que quisiera verme —contestó Lucy.

—Es una costumbre ir a ver a la señora de la casa todas las mañanas para recibir las instrucciones del día —esos duros ojos estudiaron a Lucy—. ¿Es ésa su ropa de trabajo?

—No, condesa, ahora mismo iba a cambiarme.

—Me alegra oírlo —la condesa hizo una pausa y el rubí de Falcone brilló—. Voy a almorzar con unos amigos de Siena y voy a llevar a Marco conmigo. Haga el favor de vestirlo adecuadamente.

—Pero abuela... —la voz de Emilia era triste y apesadumbrada—. El tío Giulio nos ha dicho que va a llevarnos a la clínica a ver a Alison.

– Tu tío tiene mejores cosas que hacer que atender a los caprichos de una niña – contestó la condesa con crueldad antes de volverse a Lucy –. Traiga a Marco a la casa tan pronto como esté listo, quiero marcharme inmediatamente.

– ¿Sólo Marco? – preguntó Lucy con cautela.

– Creo que me ha oído perfectamente – la condesa se examinó el barniz de las uñas –. Mis amigos poseen objetos muy valiosos y, desgraciadamente, en Emilia no se puede confiar. Es mejor que ella se quede aquí.

– De todos modos, no quiero ir – el semblante de Emilia era tormentoso –. Te odio, te odio.

La niña estalló en sollozos.

– ¡Qué histérica! – exclamó la condesa con desagrado –. ¿Cómo te atreves a hablarme así? Signorína, ¿seguro que está preparada para manejar a una niña con estos problemas?

Lucy se mantuvo firme en su terreno y tomó la mano de la pequeña en la suya.

– Puedo con los problemas de ella, pero pocos son de ella – contestó Lucy con la misma frialdad.

– Es usted una insolente.

– No, sólo sincera – Lucy le puso una mano a Marco en el hombro –. Vamos dentro, cielo, y espérame allí.

– Quiero quedarme aquí – lanzó un salto de excitación cuando sus ojos miraron a espaldas de Lucy –. Tío Giulio, ven, Lucia y la abuela están peleándose.

– ¿Qué es lo que pasa? – Giulio los miró a todos –. ¿Porqué llora Emilia?

– No es nada – declaró la condesa –. Pero tengo que decirte, querido Giulio, que la señorita Winters no es suficientemente madura para estar al cuidado de estos niños. Exijo que la despidas inmediatamente.

– Llegas demasiado tarde, Claudia. La señorita parece ser de la misma opinión y ayer por la noche me comunicó su decisión de dejarnos.

– ¡Oh! ¿Y quién ocupará su lugar?

– La prima de Teresa, Dorotea, tan pronto como pueda venir – con ternura, Giulio le hizo a Emilia darse la vuelta de cara a él –. ¿Qué te pasa, pequeña?

– La abuela ha dicho que soy una ladrona.

La condesa se encogió de hombros.

– Sólo he dicho que no estaba dispuesta a llevarla a casa de Masserini a almorzar hasta que mejore su comportamiento y uno pueda fiarse de ella.

– En ese caso, cielo, almorzarás conmigo – Giulio acarició la mejilla de la niña –. Vamos, ve a lavarte y a cambiarte de ropa.

La sonrisa de Emilia fue como un rayo de sol filtrándose entre las nubes, pero la última mirada que le lanzó a su abuela antes de entrar en la casa estaba llena de odio. Marco fue en pos de su hermana.

—Querido Giulio, no puedes abandonar a nuestros invitados de esa forma. Ángela se va a preguntar dónde estás.

—En ese caso, Claudia, antes de ir a casa de Masserini, ve a decírselo —la mirada de él se clavó en la mano de su madrastra—. Veo que te has puesto otra vez el anillo de mi familia.

La condesa soltó una carcajada.

—Naturalmente, querido. Las joyas de Simonetta son fabulosas.

—¿Y te pones un tesoro de familia para competir con una arribista? —preguntó Giulio en tono demasiado suave.

—¿Cómo te atreves a insultar a una de mis amigas?

—Te equivocas, es imposible insultar a Simonetta Masserini —Giulio hizo una pausa—. Te lo diré una vez más, Claudia, devuélveme el anillo Falcone, ya no es de tu propiedad.

—Y yo te repito, querido Giulio, que estaré encantada de dárselo a tu futura esposa —la condesa lanzó una mirada gélida a Lucy—. ¿Todavía aquí, señorita? ¿No tenía que ir a ayudar a mi nieto a vestirse?

—Y te sugiero que te cambies tú también de ropa, Lucia —dijo Giulio con mirada traviesa y algo más—. Una ropa más formal.

Giulio llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca de seda sin corbata y con las mangas subidas hasta los codos.

—¿Espera que vaya con usted? —preguntó ella, vacilante.

—Naturalmente. Hasta que llegue tu sustitua, seguirás con tus tareas como de costumbre. Además, Emilia necesita que alguien vaya en el coche con ella por si se asusta o enferma —Giulio se miró el reloj—. ¿Te bastará con quince minutos?

Lucy asintió y entró en la casetta. Mientras subía las escaleras para reunirse con los niños, oyó a la condesa hablar furiosa con Giulio en italiano, también oyó las cortantes respuestas de él.

Los niños también estaban escuchando y los alejó de la ventana antes de cerrar las contraventanas.

—Están discutiendo sobre el anillo rojo de la abuela —informó Marco, mientras Lucy los metía en la ducha.

—No es de la abuela, no debería llevarlo —dijo Emilia apasionadamente mientras Lucy le enjabonaba el cabello—. He oído a papá decírselo a mamá muchas veces.

—Eso es un asunto de los mayores que nada tiene que ver con vosotros —dijo Lucy con firmeza—. Venga, daos prisa.

Emilia no fue un problema, se vistió sola con una falda roja y una camisa blanca antes de meterse en el cuarto de Lucy para secarse el cabello con su secador.

Sin embargo, Marco le dio más guerra cuando le puso unos pantalones cortos de terciopelo y una camisa de satín, algo que la condesa encontraría apropiado para la ocasión.

—No soporto esta ropa —se quejó el niño—, pero me gusta ir a comer a casa de los amigos de la abuela. Me dan regalos.

—Creo que tienes demasiados regalos —contestó Lucy severamente mientras le peinaba el pelo hacia atrás.

Lucy los mandó abajo con un libro de fotos mientras ella se arreglaba. Después, los tres se dirigieron a la villa.

Fiammetta estaba en el salón ojeando una revista, que dejó a un lado cuando vio a los niños y les pidió que fueran buenos.

—Pero Lucia también tiene que ser buena —dijo Marco.

—Sí, y Emilia estará con ella para asegurarse de que así es —Fiammetta extendió una mano a Giulio—. Y tú, cariño, sé bueno también. A veces creo que vas demasiado rápido.

—Tienes más sabiduría de la que corresponde a tu edad —las palabras y el beso que Giulio le dio en la muñeca fueron ligeros, pero la mirada que intercambiaron estaba llena de significado.

Al notarlo, Lucy frunció el ceño, pero se olvidó del incidente en el momento en que la condesa entró para recoger a su nieto.

Después de que Marco y la condesa se marcharan. Giulio llevó su coche a la puerta de la casa.

—Oh, éste no es su coche —comentó Lucy con sorpresa.

—Es uno de ellos —contestó Giulio lacónicamente—. Me ha parecido más cómodo ya que somos tres. Y, por cierto, ¿no crees que ya es hora de que empieces a tutearme? Ayer lo hiciste.

—Yo quiero sentarme delante —declaró Emilia impidiendo que Lucy pudiera contestar.

—No, pequeña —dijo Giulio con firmeza mientras la colocaba en el asiento posterior y abrió la puerta de delante para que Lucy tomara asiento—. Bueno, el día entero es nuestro —dijo Giulio, sentado al volante y luego volvió la cabeza para mirar a su sobrina—. ¿Adonde quieres que vayamos, princesa?

—Al Firenze, tío Giulio, como tú dijiste.

—Ah, sí, pero puede que se me haya olvidado el camino. Tendrás que decirme por dónde vamos o puede que acabemos en Roma. Y tendrás que hablarme en voz muy alta porque ya soy viejo y me estoy quedando sordo.

Emilia rió encantada y asomó la cabeza por la ventanilla para leer la primera señal que viera.

El trayecto resultó ser muy animado.

–Gracias –murmuró Lucy a Giulio mientras salían del coche en una plaza llena de copias en bronce de las más famosas estatuas de Miguel Ángel–. Has sido muy amable.

–¿Crees que soy cruel por naturaleza?

– Bueno... no.

–Gracias. Y ahora, ésta es la plaza de Miguel Ángel, uno de los sitios al que vienen todos los visitantes de Firenze. Mira.

Pasando por puestos de pintores y vendedores, Giulio las condujo hasta un mirador.

A sus pies, partida por el río Amo, se extendía Florencia brillante bajo el sol como una pintura medieval. Y más allá, en la distancia, las colinas toscanas en tonos grises, azules y morados.

–Es casi demasiado bonito –susurró Lucy.

–Sí, más bonito que un sueño –dijo él con voz suave, casi reflexiva.

Lucy volvió la cabeza y le sorprendió mirándola, con los ojos fijos en su rostro. Instintivamente, se le encendieron las mejillas y volvió su atención a la vista.

–Siempre que estoy lejos, éste es el primer sitio al que vengo cuando vuelvo.

Emilia, que había empezado a aburrirse, fue a ver una de las pinturas en exposición.

–No olvidaré esta vista en mi vida –dijo ella, consciente de que hablaba como una adolescente–. Gracias por traerme aquí.

El se encogió de hombros.

–Quizá sea éste mi día de ser bueno. Sin embargo, sé perfectamente que no siempre me he portado bien contigo, Lucia. Y puede que, al final, tenga que ser cruel... para actuar correctamente.

Giulio le puso la mano en el hombro y, de repente, la hizo volverse. Al instante, se apoderó de los labios de Lucy con pasión y le pegó el cuerpo al suyo con fuerza exigente.

Entonces, con la misma rapidez, la soltó.

Capítulo 10

Cuando volvieron al coche, Lucy había conseguido calmar el ritmo de su respiración. – La niña quiere un helado – dijo Giulio –. Quizá debiéramos almorzar antes de hacer otra cosa. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió y él las ayudó a acomodarse en el coche; después, condujo hacia el centro de la ciudad y, por fin, aparcó el coche en una tranquila calle que salía de la plaza de la Signoria.

– Ahora tenemos que andar – declaró Giulio, tomando a Emilia de la mano –. Vamos a hacer la ruta turística por Lucy.

Las llevó a través de la plaza y Emilia saltó al lado de su tío.

Después, Lucy se encontró atravesando un concurrido mercadillo en el que vendían manteles de lino y todo tipo de souvenirs hechos con el famoso cuero de Florencia. Quería quedarse más tiempo allí, pero Emilia le agarró la mano.

– Lucia, ven a ver Il Porcellino.

Lucy se vio frente a la estatua de bronce de un oso.

Giulio bajó la cabeza y, acariciándole la mejilla con el aliento, le susurró al oído:

– La creencia popular dice que, si se le acaricia el morro, uno volverá a Firenze.

Evidentemente, había sido el sueño de mucha gente, pensó Lucy, pero no era seguro dadas las circunstancias. No obstante, alzó una mano y la pasó por el brillante metal, animada por Emilia, que inmediatamente le pidió a su tío unas monedas para echarlas dentro de las fauces del oso.

– Eso también da buena suerte – dijo la niña encantada.

– Buena suerte para el hogar del niño que echa el dinero – explicó Giulio.

– ¿Me puedes dar más monedas? – preguntó la niña.

Giulio le besó los cabellos.

– Luego, pequeña, cuando hayamos comido, a la vuelta.

Acabaron en un pequeño restaurante en una de las estrechas calles que se alejaban del Duomo y que tenía mesas fuera protegidas por sombrillas. Un hombre de baja estatura se acercó a ellos apresuradamente, su rostro se deshacía en sonrisas. Tomó las manos de Giulio, abrazó a Emilia y le prometió que, después de comer, le dejaría ver una camada de gatos recién nacidos, y luego miró con admiración a Lucy.

– Bella donna, bella donna.

Les llevaron a la mejor mesa y, al instante, apareció vino, agua mineral y pan.

—La comida de Giovanni es una de las mejores en Firenze y vamos a tomar la especialidad de la casa —dijo Giulio a Lucy cuando les llevaron crostini, pan tostado con paté al ajo.

A lo que siguió un guiso de salchichas, judías verdes, salvia y tomates que olía a gloria y sabía aún mejor. Lucy se acabó su plato sin dejar nada. Después, tomaron tiramisú.

—Un manjar de dioses, ¿verdad? —Giulio sonrió y ella, olvidándose de mostrarse fría y distante, le devolvió la sonrisa.

—Debes venir aquí con frecuencia para que te traten tan bien.

Él se encogió de hombros.

—Es natural, vivo y trabajo aquí —Giulio le sirvió más vino—. Bueno, ¿te alegras de haber venido a Firenze?

Lucy asintió.

—Por supuesto. La verdad es que tenía pensado venir aquí de todos modos.

—Pero una visita no es suficiente —le recordó él con voz aterciopelada—. Debes volver antes de marcharte.

Giulio la vio sonreír y arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

Lucy se encogió de hombros.

—Vivo y trabajo en Londres, pero nunca la he sentido como mi ciudad.

—Aquí, en Toscana, tenemos raíces muy profundas. Durante siglos los hombres han luchado y han muerto por defender estas ciudades de sus agresores —Giulio bebió un sorbo de vino—. Y a los florentinos nos gusta ganar; a veces, a cualquier precio.

Lucy se fijó en su fuerza natural, en la firmeza de su boca y mentón, y lo creyó.

—El poeta Dante era florentino, ¿verdad?

—Sí, y también Beatrice, la chica a la que amó durante toda su vida. Pero Dante no se contentaba con su poesía. Se metió en política y por eso tuvo que marcharse de la ciudad, a Ravenna. Se cuenta que mi familia le dio cobijo en su exilio, por eso es por lo que la casa aún hoy lleva su nombre —Giulio le sonrió—. Me gusta pensar que es una historia cierta.

—¿Llegó a volver a Florencia?

El rostro de Giulio se ensombreció de repente.

—No podía, tenía demasiados enemigos aquí. Pero ahora, todos los años por el aniversario de su muerte, la ciudad entera manda aceite para las lámparas de su tumba con el fin de que descanse por fin en paz.

—Me alegro —dijo Lucy con voz queda—. Es una historia muy bonita, aunque significa que no volvió a ver a Beatrice.

—La creencia popular es que sólo la vio una vez —dijo Giulio secamente—. La vio de camino al colegio, pero se convirtió en su ideal, aunque ambos se casaron con diferentes personas.

—Eso es una tontería —intervino Emilia, después de acabar con el último vestigio de su helado—. La gente que está enamorada debería casarse, ¿no te parece, tío Giulio?

Giulio le acarició el cabello.

—No siempre es posible, cariño. Además, aunque Dante amaba a Beatrice, puede que ella no le correspondiese. Así que quizá fue mejor que se olvidara de la pasión de su corazón y se casase por otros motivos, como es el sentido común.

—Ya he terminado de comer —anunció Emilia—. ¿Puedo ir ya a ver a los gatitos?

—Sí. Iré a buscarte cuando me haya tomado el café —le dedicó a Lucy una débil sonrisa, acallando sus protestas—. Tranquila, Lucia, a la niña no le va a pasar nada. Disfruta de la tranquilidad mientras puedas.

Giulio hizo una pausa y añadió:

—¿Es bueno escapar?

—No se trata de eso, sino más bien de un alivio temporal.

—Algo que todos nos merecemos —el semblante de Giulio se tornó introspectivo—. Incluso Ángela tiene la oportunidad de estar a solas con su amante.

El repentino silencio que se hizo se alargó dolorosamente.

Lucy se preguntó si le había contado la historia del amor de Dante por Beatrice deliberadamente, como advertencia de lo fatalmente que el amor podía herir.

Quizá Giulio también hubiera querido recordarle que ella no podía esperar más que un corazón destrozado y sufrimiento... porque el futuro de Giulio se basaba en una cuestión de sentido común.

—¿No te importan... las aventuras amorosas de Ángela? —preguntó Lucy sin poder contenerse.

—Sí. Esta vez, me importa mucho.

Lucy tragó saliva.

—Pero... siempre podrías hacer algo por impedirlo.

«Podías pedirle a Ángela que se casara contigo», le gritó su corazón. «Eso pondría fin a su relación con Philip porque sólo le está utilizando para darte celos, porque es una mujer ambiciosa y él no puede ofrecerle tanto como tú».

—Podría, ¿pero de qué serviría?

—Cuando uno... ama a alguien...

—Ah, el amor —la voz de Giulio era suave, burlona—. El amor es una palabra peligrosa que puede significar una multitud de pecados.

Giulio se inclinó hacia delante con una mirada color ámbar intensa.

—¿Hasta qué punto crees tú, Lucia, que uno debería llegar por amor?

Ella bajó los ojos mientras trazaba insignificantes líneas en el mantel con un dedo.

—Por un amor verdadero creo que podría llegarse a cualquier sitio, al infinito —respondió ella quedamente.

—¿Pero tiene sentido seguir amando a alguien cuando esa persona te ha dejado claro que tu amor no es correspondido? ¿Cuando te han hecho daño intencionada y profundamente? —había ira y angustia tras aquellas palabras.

—Es posible que no podamos controlar nuestras emociones fácilmente —sugirió ella con dificultad—. Quizás, el verdadero amor, el que dura, no deja elección.

—Espero que estés equivocada —dijo él serio, apartó la silla de la mesa y se puso en pie—. Y ahora, será mejor que llevemos a Emilia a dar de comer a Il Porcellino otra vez.

—Supongo que no es lo que acostumbras a hacer después de comer —Lucy se alegró de cambiar de tema, de relajar la tensión.

—No —Giulio se miró el reloj—. Normalmente a esta hora me voy a mi habitación a reposar. Un reposo fresco, a la sombra. ¿Te atrae, querida?

Lucy sintió que se le secaba la boca.

—Supongo que es normal... con este calor.

—Sí, bastante normal —una suave sonrisa le curvó los labios—, y de lo más agradable.

La voz de Giulio se transformó en un ronco susurro cuando se inclinó sobre la mesa.

—¿Vendrías conmigo, Lucia mía? ¿Te tumbarías en mi cama, en mis brazos, con las contraventanas cerradas?

Lucy se perdió en un maremagnum de sensaciones que las palabras de Giulio despertaron, en la agonía del deseo que le contraía el cuerpo. En ese momento, sabía que iría a cualquier parte y se convertiría en lo que fuera que el quisiera.

La impaciente voz de Emilia les interrumpió, destrozando el hechizo, devolviendo a Lucy al abismo.

—Tío Giulio, Il Porcino nos está esperando.

Giulio suspiró y después se volvió sonriente a la niña.

—No podemos tener a un oso esperando, ¿verdad? Bien, vamos.

Lucy le vio comenzar a andar y supuso que debía dar gracias al cielo por no haber tenido que contestar; de no haber sido por Emilia, se habría puesto en las manos de Giulio Falcone para siempre.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor. El vigilante Giovanni se dio cuenta de su inquietud y se acercó a ella inmediatamente.

– ¿Más café, bella *signorina*?

Ella sonrió y le dio las gracias; después, halagó la comida y le vio responder encantado.

– Dígale al conde Falcone que la próxima vez que la traiga prepararé algo especial. También habrá velas y música. Todo muy romántico.

El almuerzo ya había sido impresionante, pensó Lucy.

– Hola, cariño, ¿ya has escapado o estás en libertad condicional?

Perpleja, se volvió al oír esas palabras. Era él quien debía haberla estado vigilando. Hal, con pantalones cortos y una camisa, estaba a su lado. La sonrisa que le dedicó era posesiva.

– ¿Me puedo sentar contigo?

– Sí, puedes sentarte aquí, ya me marchaba – Lucy extendió el brazo para tomar el bolso.

– No eres muy amistosa, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

– Puede que no me guste la clase de amistad que tú ofreces.

Él se echó a reír.

– ¿Te gusta más la que te ofrecen los italianos? – Hal se sentó –. Nina está muerta de envidia porque el conde te haya elegido a ti, pero yo le he dicho que tú tienes valores ocultos. Nina esperaba que, cuando el conde se presentó en Lussione, hubiera cambiado de idea, que prefiriera a otra; pero lo único que quería era hacer preguntas sobre ti. Se puso furiosa.

Lucy frunció el ceño.

– ¿Lussione?

– Sí, fue ayer por la mañana después del desayuno. Consiguió impresionar a los padres de Ben – Hal se echó a reír –. Espero que le gustase lo que Nina dijo de ti, a mí no me habría gustado.

Lucy podía imaginarlo. Ahora ya no le extrañaba que Giulio la creyese una mujer fácil, pensó Lucy con amargura.

Se humedeció los labios con la lengua.

– ¿Cómo están los otros?

– Las peleas han sido espectaculares. Uno nunca sabe quién está con quién ni durante cuánto tiempo. Yo me he mantenido al margen – Hal le puso una mano en el brazo y se lo acarició –. He perdido a la que me interesaba.

Lucy sintió el brazo sucio. Inmediatamente, echó la silla hacia atrás en el momento en que Giovanni volvió a materializarse.

– ¿Desea algo el señor?

– No, sólo quería hablar con la señorita.

Giovanni no se movió, su alegre semblante ensombreció de repente.

– Este es mi restaurante, señor. La gente viene aquí a comer, a nada más.

– Lo que el halcón tiene, lo mantiene – comentó Hal burlonamente –. Está bien, he comprendido la indirecta.

Su sonrisa se clavó en el rostro helado de Lucy.

– Si las cosas no te salen bien con el conde, que según los rumores, suele amarlas y abandonarlas inmediatamente, siempre puedes acudir a mí. Ya sabes dónde encontrarme.

Se inclinó hacia ella y Lucy al darse cuenta de sus intenciones, volvió la cabeza rápidamente por lo que el insolente beso acabó en el oído y no en la boca.

Y Lucy vio sobre el hombro de Hal a Giulio, a pocos metros de donde se encontraban, con su semblante transformado en una máscara de altivez.

– Adiós, baby – dijo Hal en tono triunfal.

– Tu amigo de la villa – comentó Giulio secamente cuando se reunió con ella.

– Los dos parecéis tener un curioso punto de vista respecto a la amistad – Lucy aún temblaba de ira.

– ¿Es eso lo único que compartimos? – la pregunta fue casi una bofetada en el rostro.

Lucy sintió que sus mejillas enrojecían.

– ¿Qué estás insinuando? No sabía que compartierais nada.

– En ese caso, tienes poca memoria, mía bella – Giulio dejó el paquete que llevaba encima de la mesa; al hacerlo, casi tiró un vaso.

Después, con gesto imperativo, indicó a Giovanni que le llevara la cuenta.

– Al parecer, tú también tienes poca memoria – Lucy lo miró furiosa –. No es posible que creas ni por un momento que yo quería eso.

– No es producto de mi imaginación, sé lo que vi – el tono de Giulio era duro –. Para ser una mujer que declara estar profundamente enamorada, Lucia, regala besos con sorprendente facilidad.

Ella se lo quedó mirando durante unos momentos, perpleja, muda de ira. ¿Cómo se atrevía a acusarla cuando él mismo había intentado seducirla, cuando la mujer con la que pensaba casarse estaba teniendo una aventura amorosa en la casa de él? No sólo era absolutamente inmoral, decidió con amarga desilusión, sino una hipocresía. ¿Y por qué se había permitido ignorarlo ella tan sólo un momento?

– Piense lo que quiera, *signore*. Crea lo que le hayan dicho en Lussione; según tengo entendido, fue allí para informarse respecto a mí.

Giulio empequeñeció los ojos, observando que la joven volvía a tratarle de usted.

— Entre otras cosas.

— ¿Y decidió que mi moral era suficientemente sólida para quedar al cuidado de los niños? Usted, por supuesto, está cualificado para decidir sobre esos asuntos.

— Soy el cabeza de familia, Lucia, y estoy dispuesto a tomarme las molestias que sean necesarias para proteger nuestra reputación y bienestar.

Lucy se permitió una pequeña y desdeñosa carcajada.

— Y tú, querida, no dejas de sorprenderme — continuó el conde, sus ojos ámbar echaban chispas—. Supongo que acabas de decidir que Lussione es el lugar ideal para encontrar el consuelo que tu herido corazón precisa, ¿me equivoco?

La sedosa crueldad de aquellas palabras se le clavó en el pecho como un cuchillo.

— ¿Por qué no? — dijo ella con voz inexpresiva—. Al fin y al cabo, tengo que ir a algún sitio cuando llegue Dorotea.

Lucy hizo una pausa y añadió:

— ¿Tiene idea de cuándo será eso?

— No — respondió Giulio fríamente—. Pero te aseguro que serás la primera en enterarte.

Lucy se mordió los labios.

— Y ya que estamos hablando de eso, ¿se le ha olvidado Emilia o simplemente la ha abandonado?

Giulio apretó los labios.

— Está aquí — Giulio indicó un puesto callejero que había cerca—. Está comprando unas flores para su madre.

Giulio indicó el paquete que había dejado sobre la mesa, envuelto en papel negro y plata.

— Igual que yo, como un tonto, que he comprado esto para ti.

Lucy se levantó de la silla y dijo con voz cruda:

— ¿Un regalo de despedida, conde Falcone? ¿Algo para recordarle, en vez de una tarde de amor? — Lucy sacudió la cabeza—. Si espera que baje la cabeza y le dé las gracias, va a sufrir una desilusión. No quiero nada de usted, ni ahora ni nunca.

— Haz el favor de bajar la voz — le aconsejó Giulio fríamente—. Estamos llamando la atención.

Lucy lanzó una rápida mirada a su alrededor y vio que habían atraído las miradas de la gente.

Lucy se mordió los labios.

– No me diga que no está acostumbrado, *signore*. La mayor parte de la gente de este país está acostumbrada a mantener conversaciones normales en voz alta.

– Pero no conmigo. Y ahora, será mejor que nos vayamos antes de que a Giovanni le dé un ataque al corazón – Giulio hizo una pausa –. Supongo que ya ha visto suficiente de Firenze por un día, ¿no?

– Más que suficiente.

Tras esas palabras, Lucy fue a reunirse con Emilia en el puesto.

– Son preciosas – dijo la niña con reverencia –. ¿Crees que a mamá le gustarán estas más que las de color rosa?

– ¿Por qué no le compras un ramo mezclado? – sugirió Lucy.

Envolvieron las flores elegantemente y pagaron. Emilia insistió en llevarlas ella hasta el coche y, agarrada a la mano de su tío, no cesó de hablar.

Continuó hablando durante el trayecto a la casa, inconsciente del silencio de los adultos.

Cuando llegaron a la villa, Emilia quería correr a darle el regalo a su madre, pero Giulio se mantuvo firme.

– Mamá estará descansando ahora y tú debes hacer lo mismo, cariño. Ve con Lucia, Teresa pondrá las flores en agua.

Emilia hizo un mohín, pero fue con Lucy. Mientras Giulio ascendía la escalinata que daba a la puerta de la casa, Ángela salió. Estaba sonriente y le tendió los brazos.

– Querido, ¿por qué no me has dicho que ibas a ir a Firenze? – preguntó en tono de reproche –. Habría ido contigo. Tengo que hacer unas compras en Ferragamo y en Pucci.

– La próxima vez, querida – Giulio aceptó sus manos y se las llevó a los labios.

Después, añadió algo con voz íntima que Lucy, por fortuna, no oyó.

En el frescor del interior de la casetta, Emilia no emitió más protestas y Lucy se dio cuenta de que, a pesar de que tenía sueño, la niña no estaba dispuesta a dormirse sin pelear antes.

– Cuéntame un cuento – dijo la niña en tono imperioso.

Lucy se sentó en el borde de la cama.

– ¿Qué cuento quieres?

– Cenicienta.

– ¿Otra vez? – preguntó Lucy en tono de broma.

– Sí, porque Cenicienta se convierte en una princesa, y el tío Giulio me ha dicho que lo mismo me va a pasar a mí, ¿Te gustaría que un príncipe se casara contigo, Lucia?

– La mayoría tienen muchas responsabilidades – contestó Lucy –. Yo me conformo con un buen hombre que me quiera.

– El tío Giulio es un buen hombre y hoy le he visto darte un beso. ¿Te vas a casar con él?

– La gente se besa por muchas razones, Emilia, pero eso no significa que tengan que pasar sus vidas juntos. Con frecuencia, se casan con otra persona completamente diferente.

De repente, se le representó la imagen de Ángela sonriendo triunfalmente.

– Y ahora... Érase una vez...

Emilia se quedó dormida antes de que el cuento terminase y Lucy bajó silenciosamente las escaleras con la intención de salir al jardín a dibujar y no pensar... y, sobre todo, no albergar esperanzas.

Lo primero que vio fue el paquete envuelto en negro y plata encima de la mesa. Había una nota sujeta con el lazo.

Lucy desdobló el papel y leyó:

Considera esto como un regalo sin ataduras... o incluso como compensación. Y créeme, no quiero nada a cambio.

Con curiosidad, Lucy abrió el paquete con manos temblorosas. En el interior, encontró un bolso de exquisita sencillez: de cuero con cierre dorado. Se quedó contemplándolo durante unos momentos, acariciándolo, deleitándose en su lujosa textura. Después, lo abrió.

Dentro encontró una tarjeta, en ella estaba escrito el nombre de Giulio y nada más.

Consciente de los latidos de su corazón, Lucy levantó la tarjeta y se la llevó a los labios; después, volvió a meterla en el bolso, en uno de los compartimientos interiores.

Un recuerdo de él que conservaría durante el resto de su vida.

Capítulo 11

LA pintura no consiguió tranquilizar a Lucy. La imagen de Giulio aparecía en su mente incesantemente mientras daba pinceladas. Sus dedos parecían haber cobrado vida propia y ser incapaces de excluirle.

Por supuesto, tenía que agradecerle el bolso. De una forma u otra, debía encontrar las palabras adecuadas para aceptar el regalo siguiendo la intención de él al dárselo.

Fuera la intención que fuese, se recordó irónicamente. Había leído la nota una docena de veces, pero seguía sin comprenderla.

Sintió casi alivio cuando Marco regresó entusiasmado con el más caro modelo de coche con control remoto. Emilia acababa de despertarse de la siesta y, al ver el rostro hosco de la niña cuando su hermano le enseñó el juguete, Lucy sugirió a Marco diplomáticamente que guardara el coche y que se pusiera a pintar con su hermana.

Los dos se lanzaron a la tarea con entusiasmo y Lucy se mantuvo ocupada evitando que los niños se llenaran de pintura hasta que llegó la hora de cambiarse para ir a cenar a la casa.

Mientras caminaban hacia la villa, lo único en lo que Lucy podía pensar era en que iba a volver a ver a Giulio. Ensayó mentalmente las palabras de agradecimiento que iba a ofrecerle. Sin embargo, la primera persona con quien se encontró en el vestíbulo fue Philip, su semblante era tempestuoso.

—Me gustaría saber qué demonios está pasando —dijo él con furia—. La tía de Ángela acaba de decirme que ella va a salir esta noche con el conde y a mí no me ha dicho ni una palabra.

—Lo siento —dijo Lucy, antes de instar a los niños a que entraran en el salón delante de ella—. Philip, los dos son libres para hacer lo que quieran. Al fin y al cabo, tú y Ángela no estáis prometidos.

—No —admitió él de mala gana—. Ya no estoy seguro de nada. Ángela se ha transformado en otra persona desde que hemos llegado a Italia.

«Lo dudo», pensó Lucy. «Creo que siempre ha sido así y ahora ya no se molesta en fingir».

—No sé qué hacer —continuó él—. Se me ha ocurrido marcharme y volver a Inglaterra. ¿A ti que te parece?

Lucy lo miró con incredulidad.

—Creo que esa decisión es tuya, Philip, no soy la persona adecuada para aconsejarte.

– Eres una mujer – dijo él con impaciencia –. ¿Recobraría el sentido común si la dejara?

– Creo que cuando uno ama a alguien debería luchar por conseguir su amor, por mucho que duela. No debe darse por vencido ni escapar.

– Bravo, Lucia – dijo la voz burlona de Giulio en el momento en que bajaba las escaleras hacia ellos –. Me pregunto si tu valor te dará la recompensa que te mereces.

Durante un breve momento, ella le devoró con la mirada, absorbiendo la elegancia de su ligero traje de verano.

«Vestido para matar», pensó ella.

– No lo creo ni por un momento, conde Falcone – contestó ella –. En fin, tengo que ir a ver qué hacen los niños.

Acababa de llegar al salón cuando oyó la voz de Emilia alzarse hasta llegar a gritar.

– Oh, Dios mío – Lucy abrió la puerta a tiempo de ver a Emilia con el rostro bañado en lágrimas, tirándose a la condesa y golpeándola con los puños.

Lucy avanzó, pero Giulio llegó antes que ella. El sujetó a la histérica niña y la apartó de su abuela.

– ¿Qué significa esto? – preguntó con voz dura –. ¿Qué ha pasado?

– Mis flores – sollozó Emilia –. Las flores que le he traído a mamá... la abuela las ha tirado. La odio, la odio.

– Tranquilízate, cariño – intervino Lucy, arrodillándose delante de la pequeña antes de lanzarle una fría mirada a la condesa –. Estoy segura de que se trata de un error. Tu abuela no tiraría a la basura el regalo que le has traído a tu madre.

Claudia Falcone esbozó una maliciosa sonrisa y luego, se encogió de hombros.

– Encontré unas flores horribles en un jarrón encima de la mesa. Estaban mortecinas y, naturalmente, las he tirado.

– No se estaban muriendo, no se estaban... Estás mintiendo. Eres una bruja.

– ¡Basta! Es suficiente – Giulio acalló a su sobrina y luego se volvió a la condesa –. ¿Por qué lo has hecho?

La condesa suspiró teatralmente.

– No puedo soportar las flores ajadas, es una manía mía – dijo con voz metálica –. Por supuesto, una nimiedad comparada con la actitud violenta e histérica de la niña. Tú mismo lo has visto con tus propios ojos, Giulio, Emilia no sabe controlarse, está desequilibrada. Quizá Fiammetta me crea ahora cuando le diga que esta niña necesita vigilancia estricta.

La condesa dio un paso hacia delante y Lucy sintió a Emilia con ganas de lanzarse a ella.

—Esta vida de nómadas, siguiendo a sus padres de una ciudad a otra, no es la clase de vida adecuada para los niños. ¿Cuántas veces lo he dicho? Después de este incidente, Fiammetta tendrá que darme la razón.

Giulio fruncía el ceño con expresión reservada.

—Sí, desde luego, hay que hacer algo —sus ojos se posaron en Emilia.

—No puedes estar hablando en serio —dijo Lucy sin pensar al tiempo que la niña se abrazaba a ella. Lucy miró a Giulio intensamente—. Emilia no debería haber reaccionado así, pero estaba muy disgustada... y se le ha provocado. Hacer eso con el regalo para su madre ha sido un acto muy cruel.

Se hizo un tenso silencio; después, la condesa dijo:

—Vaya, ahora la señorita Winters se convierte en arbitro de las discusiones de esta familia —soltó una carcajada—. Ya no tenemos que preguntarnos quién ha animado a Emilia a comportarse como una traperera. La niña me ha atacado violentamente y esta joven la disculpa.

El rostro de Giulio estaba sombrío.

—Lucia, llévate a los niños a la casetta. Le diré a Teresa que os sirva la cena allí.

Lucy se puso en pie y tomó la temblorosa mano de Emilia.

—Por favor, ¿podríamos hablar un momento a solas?

—Me temo que no tengo tiempo en este momento. Hablaremos mañana.

—En ese caso, me gustaría hablar con la señora Rinaldi —Lucy se mantuvo firme.

—Fiammetta tiene jaqueca. Va a cenar en su habitación y no quiere ser molestada —respondió Giulio con ligera impaciencia, como si estuviera pensando en otra cosa—. Por favor. Lucia, haz lo que te he dicho.

En ese momento, Ángela apareció en la puerta.

—Querido, te estoy esperando. Vamos a desperdiciar una preciosa noche.

Sus cabellos brillaban como seda negra y el vestido rosa le sentaba a la perfección.

Lucy se dirigió a la puerta con los niños y salió de la habitación.

Pero no antes de oír decir a Giulio:

—Perdóname, querida. Te prometo que dedicaré las próximas horas exclusivamente a ti.

Sin mencionar el resto de la vida, pensó Lucy con tristeza mientras regresaban en silencio a la casetta.

—¿Por qué estás llorando? —le preguntó Marco.

—No estoy llorando —respondió Lucy, conteniendo las lágrimas.

—El tío Giulio no nos va a llevar a comer al campo —dijo el niño apesadumbrado—. Y todo por culpa de Emilia porque yo he sido bueno.

Lucy lanzó un suspiro.

— Eso que has dicho es injusto — le dijo Lucy —. ¿Te gustaría que tu abuela te tirase el regalo que le has comprado a tu madre?

— A mí no me haría eso — respondió el niño.

Así de seguro estaba Marco de su posición como niño mimado, al contrario que Emilia.

Lucy consiguió convencer a Emilia de que comiera la deliciosa comida que Teresa había preparado. Después, esperó tener problemas con la niña para acostarla, pero Emilia se durmió casi al mismo tiempo que apoyó la cabeza en la almohada.

Lucy se sentía inquieta y nerviosa. Lavó los platos, los dejó en la bandeja para que se los llevaran a la villa y después ordenó los cuadernos de dibujo y las pinturas.

Se puso a hacer un solitario, pero se atascó enseguida. Como la vida misma, pensó mientras recogía las cartas.

Intentó leer, pero no consiguió concentrarse en la lectura.

Casi como último recurso se marchó a la cama, pero el intento fue inútil. No hizo más que dar vueltas y la imagen de Giulio con Ángela la obsesionaba.

— ¡Qué demonios! — exclamó Lucy enfadada al tiempo que se sentaba y se apartaba la sábana —. Aunque sea de noche, voy a lavarme la cabeza.

En el pasado, siempre la había relajado. Ahora, bajo una cascada de agua, permitió que sus dedos masajearan el cuero cabelludo. Por fin, se sintió más tranquila y fresca.

Se puso un camisón limpio de algodón, fue a ver si los niños seguían dormidos y después, bajó de nuevo al piso inferior. Allí, puso agua para hervir para prepararse un café y después salió fuera.

Tras el calor del día, la atmósfera estaba pesada y tranquila; alzó la vista, y vio la luna detrás de una máscara de vapor.

Se puso rígida de repente, todos sus instintos le advirtieron que no estaba sola, que la sombra en un rincón del jardín era real, un hombre avanzando hacia ella.

Durante un instante de desesperación, se preguntó qué hacía ahí fuera y sin defensa. Abrió la boca para gritar, pero ningún sonido escapó de su garganta.

— Lucia.

— Giulio... Oh, Dios mío — con increíble alivio se sentó en el banco de piedra y se llevó un puño a la cara —. Eres tú.

— Te pido disculpas, siempre te asusto — dijo Giulio, sentándose a su lado, aunque manteniendo cierta distancia con ella.

«Y siempre consigues que me enfade», pensó Lucy. «Y cuando te veo, el corazón se me llena de alegría y placer, y no sé si reír o llorar... como ahora».

— ¿No es un poco tarde para las visitas? — preguntó en tono tranquilo.

—No tenía intención de molestarte —Lucy notó cierto enfado en su voz, pero el instinto le dijo que no iba dirigido contra ella, sino contra sí mismo—. No se me ha ocurrido que estuvieras despierta a estas horas. No podía dormir y he decidido darme un paseo para despejarme la cabeza.

—Lo que yo hago para despejarme la cabeza es lavarme el pelo —Lucy se pasó una mano por el cabello, sacudiéndolo sobre los hombros.

Se dio cuenta demasiado tarde de lo significativo del gesto, cuando le oyó respirar profundamente y volver la cabeza hacia otro lado. Era evidente que el movimiento había marcado la línea de sus senos. Fue entonces cuando Lucy recordó que no llevaba nada debajo del camisón.

Se apresuró a cubrir su vergüenza.

—Yo... espero que hayas tenido una velada agradable.

—Ha resultado ser todo lo que yo podía esperar. Sin embargo, no he venido aquí para hablar de mi vida social.

Lucy tragó saliva.

—No. Dijiste que hablarías conmigo mañana, pero ya es mañana.

—Pero no tenía intención de hacerlo ahora.

—Pero ahora estamos aquí y creo que lo mejor sería zanjar el asunto —Lucy trató de mantener la compostura—. Si deseas que le pida disculpas a la condesa, no puedo hacerlo. Creo que la forma como ha tratado a Emilia es deplorable.

—Por suerte, pronto dejará de ser asunto suyo.

Ella se mordió los labios.

—Cierto, pero no puedo creer que lo mejor para la niña sea que la internen en un colegio.

—Al margen de lo que yo piense, la decisión final corresponde a Fiammetta y a Sergio.

—Sobre lo que tú, por supuesto, no ejerces ninguna influencia, ¿verdad? —comentó Lucy en tono cortante.

—No tanta como Claudia tiene sobre Fiammetta —Giulio se apartó un mechón de cabello que le caía sobre la frente con gesto irritado—. Y Emilia no se ha hecho un bien a sí misma atacando a su abuela, a pesar de haber sido provocada.

Lucy abrió los labios indignada, pero él la interrumpió.

—Si de verdad quiere ayudar a la niña —continuó Giulio—, mantente alejada de Claudia y asegúrate de que no vuelva a haber ninguna otra confrontación entre Claudia, tú y la niña. Mi madrastra es muy vengativa.

—Creo que ya me he dado cuenta de eso por mí misma. Supongo que salir en defensa de Emilia ha sido lo peor que yo podía hacer.

—Sin duda —Giulio lanzó un suspiro—. Cuando te pedí que cuidaras de los niños, no tenía ni idea de las complicaciones añadidas.

—De haber sido así, te lo habrías pensado dos veces, ¿no? —dijo ella con voz queda.

—Sí. Pero al principio me pareció la única salida, Lucia. ¿Cómo podía haber imaginado que todo saldría tan mal?

—No debes culparte; al fin y al cabo, ha sido para mejor...

—¿En serio crees eso? —preguntó él en tono exigente—. ¿A pesar de todo?

—Tengo que creerlo —Lucy se puso en pie—, no me queda otro remedio —se dio media vuelta, de cara a la puerta—. Buenas noches.

—Espera —la voz de Giulio la detuvo—. Quiero estar seguro de que serás feliz.

La expresión de Giulio había adquirido una nota de fiereza.

«Algún día, cuando consiga desarraigarte de mi corazón y olvidarte», pensó ella. «Entonces, conseguiré la paz, pero no antes. Porque no puedo ser feliz sin ti. Me siento como si me hubieran enseñado el paraíso y luego me hubieran dicho que debo vivir en las tinieblas».

Lucy le sonrió y alzó la barbilla.

—Estaré bien. Y ahora, debo entrar. Es tarde y...

—Sí, demasiado tarde para los dos.

Lucy entró en la casa y él la siguió, cerrando la puerta tras sí.

Sus ojos se encontraron, se sostuvieron. Luego, Giulio dijo en tono muy quedo:

—Quiero verte. Lucia. Sólo una vez... muéstrate delante de mí para que pueda recordarte... cuando te hayas ido.

Durante un largo momento, Lucy le permitió que la atormentase con su mirada ámbar.

Temblaba por dentro, pero sus manos se mostraron firmes cuando comenzó a desabrocharse lentamente los botones del camisón. Al desabrocharse el último, encogió los hombros y la prenda cayó al suelo por su propio peso. Se quedó delante de él desnuda, una ofrenda de rosas y perlas que inflamó los ojos de Giulio.

Él estaba totalmente inmóvil mientras la miraba, sólo el movimiento compulsivo de un músculo traicionó su tensión.

Ella pronunció su nombre una sola vez en tono de súplica.

Y le vio sacudir la cabeza con desgana y despacio, como si le doliese hacerlo.

—No puedo, mía cara. No puedo besarte ni tocarte porque no me atrevo. Porque, si lo hiciera, te tomaría, y los dos sabemos que no es posible. Ni ahora ni nunca. Lo único que puedo prometer es que nunca olvidaré este momento, que siempre llevaré marcada en el alma tu imagen.

Giulio se volvió, abrió la puerta y se marchó.

Lucy permaneció donde estaba durante un rato; después, temblando en silencio, se volvió a cubrir con el camisón.

—Y yo también lo recordaré —susurró en el silencio—. Recordaré el sonido de la puerta al cerrarse tras tu marcha... final y para siempre.

Capítulo 12

CUANDO Lucy se despertó de un sueño inquieto a la mañana siguiente, llovía bajo un cielo gris. Con el cambio del tiempo, los niños se mostraron poco cooperativos con ella a la hora de lavarse y vestirse.

—No vamos a comer en el campo hoy —gruñó Marco.

Estaban a medio camino de la villa, bajo la protección de un antiguo paraguas que Lucy había encontrado en un rincón del cuarto de estar, cuando ella se enfrentó a la idea de que iba a volver a ver a Giulio.

El recuerdo de su despedida la noche anterior fue una agonía para ella. Se había ofrecido a sí misma y él la había rechazado, no por no desearla, ya que sus ojos habían reflejado la pasión que sentía, sino por motivos de índole práctica.

La vida de Giulio estaba marcada. Iba a casarse con Ángela y Lucy era una distracción inconveniente, nada más.

Al menos, Giulio no había intentado engañarla respecto a sus intenciones, pensó ella con pesar. No tenía que soportar la humillación de que la utilizaran para luego despreciarla como una aventura sin importancia de vacaciones, que era lo que ella podía haber ofrecido si Ángela no se hubiera presentado en la villa.

Pensándolo fríamente, Ángela podía no ser la mujer ideal para Giulio, pero al menos éste no se hacía ilusiones respecto a ella. Ángela era de buena familia como él y ambos estaban dispuestos a olvidarse de los pecadillos sexuales del otro. Sería un matrimonio práctico, ¿y quién podía decir que no funcionase mejor que una relación nacida de la pasión?

Pero no tuvo que verlo inmediatamente. Cuando Lucy intentaba hacer que los niños entraran en el comedor, Fiammetta apareció en el umbral de la puerta del salón y le dijo que quería tener una conversación en privado con ella.

—Tengo entendido que ha habido un problema con Emilia —dijo Fiammetta mientras cerraba la puerta, disgustada.

—Sí, es cierto que Emilia tiene un problema —contestó Lucy con calma—. Destruyeron el regalo que su hija le compró ayer a usted en Firenze. La niña estaba muy disgustada.

—Y mi madre está muy enfadada —Fiammetta suspiró—. Dice que Emilia ha perdido el control y que está a dos pasos de convertirse en una delincuente.

Lucy se mordió los labios.

—Es una exageración.

—No sé qué creer —declaró Fiammetta, apesadumbrada—. A veces, creo que mamá tiene razón respecto a Emilia, que la niña necesita la disciplina de un colegio estricto.

Fiammetta volvió a suspirar antes de añadir:

—Si Sergio estuviera aquí, sabría lo que tendríamos que hacer.

«Amen», pensó Lucy. En voz alta, dijo en tono persuasivo:

—En ese caso, ¿por qué no retrasa la decisión hasta que él regrese? Estoy segura de que a la condesa no le importará —pero vio que Fiammetta no parecía del todo convencida y continuó—. Entre tanto, intentaré que Emilia se mantenga apartada de su madre. A ella y a Marco les gusta jugar con los niños de Teresa en los viñedos, podrían pasar más tiempo allí.

—Querida Lucia —dijo Fiammetta con una débil sonrisa—, ¿qué haría yo sin usted? Sobre todo, ahora que Giulio ha vuelto a Firenze.

Lucy estaba de camino a la puerta, pero detuvo sus pasos.

—¿Que se ha ido? No sabía que...

—Sí, esta mañana muy temprano —confirmó Fiammetta antes de suspirar—. Me ayuda tanto que a veces se me olvida que tiene su trabajo y su propia vida.

Lucy tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el control.

—Pero volverá esta tarde, ¿no?

Fiammetta sacudió la cabeza.

—No suele estar en la villa en esta época del año, sólo ha venido por mí, por lo del accidente —explicó Fiammetta—. Ahora, lo más seguro es que no vuelva hasta septiembre... para la vendimia.

—Entiendo —Lucy tragó saliva—. Creía que como Ángela... que como la señorita Brockhurst estaba aquí, haría una excepción.

—Tengo entendido que Ángela va a reunirse con él en Firenze —Fiammetta hizo una pausa—. Lo que nos deja con el problema de su invitado. Es una situación muy incómoda. Lucia, tengo que decírselo, tenemos la impresión de que el amigo de Ángela está interesado en usted.

Lucy forzó una sonrisa.

—No lo creo.

«Si tú supieras», pensó para sí.

—¿Por qué no? —Fiammetta abrió las manos—. Es un hombre joven y bastante atractivo.

«Y proporcionaría la perfecta solución al problema que tenéis», dijo Lucy en silencio.

—No estoy buscando un romance, señora, sino sustituyendo a una niñera, eso es todo —Lucy hizo una pausa—. ¿Sabe cuándo va a venir Dorotea?

Fiammetta volvió a suspirar.

—Me parece que está de vacaciones y por eso no hemos podido ponernos en contacto con ella todavía. Ya sé que usted también debe estar deseosa de reanudar su vida. Al fin y al cabo, no ha sido siempre una niñera.

—Supongo que tendré que ser paciente un poco más. Y ahora, será mejor que vaya con los niños.

—Hoy tendrán la casa para los tres solos todo el día —Fiammetta se examinó el immaculado esmalte de las uñas—. Yo voy a la clínica a un chequeo y mamá me va a acompañar. Siento que el tiempo sea tan malo. ¿Qué va a hacer?

—Espero poder tenerlos divertidos —dijo Lucy antes de salir en dirección al comedor.

Los niños estaban sentados a la mesa, regañando. Ángela y Philip conversaban en voz baja, pero era evidente que discutían.

Cuando Lucy vaciló en el umbral de la puerta, Ángela se puso en pie y pasó por su lado bruscamente mientras murmuraba algo.

Philip también se levantó y luego le dedicó a Lucy una sonrisa.

—Bienvenida a este maldito paraíso.

Lucy sintió compasión por él mientras pedía a los niños que se portaran bien y se servía jamón y queso. Si Philip estaba realmente enamorado de Ángela, debía sentirse destrozado, pensó Lucy mientras se sentaba.

—Supongo que volverás a casa —dijo ella con voz queda.

Él sacudió la cabeza y se sentó al lado de Lucy. Después, bajó la voz y dijo en tono íntimo:

—Voy a ir en coche a Lucca, ¿te apetece venir conmigo?

—Gracias, pero eso no les gustaría a los niños; además, Emilia no es buena viajera —contestó Lucy en tono tranquilo.

—No he sugerido ir con ellos, dárselos a su madre y tómate un descanso. Seamos francos, Lucy, no nos hacen caso. Y tú no le debes nada a esta gente.

—He dado mi palabra y no voy a romperla.

Philip se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Con alivio, Lucy le vio levantarse. Después, Philip sonrió con encanto juvenil.

—Puedo esperar —añadió él.

«En ese caso, no esperes de pie», pensó Lucy, mientras Philip salía del comedor.

A pesar de la confusión que sentía, a Lucy se le pasó el día con más rapidez y de forma más agradable de lo que había supuesto. Además, tener la casa para ellos solos fue algo muy positivo.

Tuvieron otra sesión de pintura; después, los niños comieron dulce de almendras mientras Teresa les vigilaba. A continuación, jugaron al escondite.

A Marco era fácil encontrarlo, pero Emilia resultó ser una presa más difícil, pensó Lucy cuando dejó a Marco en el salón jugando con su coche nuevo mientras ella reemprendió la búsqueda de la niña.

Acababa de alcanzar lo alto de las escaleras cuando vio a Emilia por el pasillo avanzando hacia ella con algo en la mano.

—Lucia, mira —dijo Emilia con voz de censura—. La abuela ha dejado el anillo del tío Giulio encima de la mesilla de noche. Un ladrón podría haberlo robado. Se lo daré a él cuando vuelva para que lo guarde.

—¿Qué estabas haciendo en la habitación de tu abuela?

—Estaba escondida —respondió Emilia simplemente—. Pero no me has encontrado, así que he ganado.

Lucy gruñó en silencio. ¿Por qué no había prohibido la entrada a la habitación de la condesa? Sin saberlo, Emilia había proporcionado a su abuela nuevas armas de ataque.

—Creo que lo mejor será volver a poner el anillo donde lo has encontrado.

—No —Emilia lo sujetó con firmeza—. Se lo daré al tío Giulio.

—Está en Firenze.

—Entonces, lo guardaré hasta que el tío vuelva —insistió la niña con obstinación—. El tío no quiere que lo tenga la abuela.

—Eso no es asunto tuyo —le reprendió Lucy—. Y tu tío no va a volver por el momento.

—¿Por qué? —Emilia frunció el ceño.

—Nada de discusiones, Emilia. Voy a poner el anillo donde lo has encontrado. Tu abuela se va a enfadar mucho si se entera de lo que has hecho o si se entera de que has entrado en su habitación.

—No me importa, la odio.

Lucy se mordió los labios.

—Pero también se enfadará conmigo por haberte dejado y me echará de aquí. ¿Es eso lo que quieres?

Emilia consideró aquellas palabras.

—¿Lo haría de verdad?

—Sin duda alguna. Y ahora, dame el anillo y vamos a hacer como si nada hubiera pasado.

La habitación de la condesa estaba desordenada, la cama llena de ropa. Al parecer, su sirvienta particular no tenía prisa en terminar su trabajo.

Lucy dejó el anillo rápidamente y se marchó de aquella habitación.

No corría nada de viento y hacía mucho calor. Lucy, sentada en una roca en la colina con vistas a los viñedos, probó un color en el lienzo.

Durante la última semana, el viñedo se había convertido en su refugio y en el de los niños. Desde la marcha de Giulio, la condesa no se había molestado en disimular su animosidad hacia ella. Durante las comidas, las conversaciones eran sólo en italiano, excluyendo a Lucy. Los nerviosos esfuerzos de Fiammetta por remediar la situación habían sido fútiles.

Ángela, que pasaba todos los días en Florencia, aunque no las noches, estaba envuelta en un aire triunfal casi tangible.

Y lo peor de todo era que Philip estaba regalándole a ella sus atenciones, sentándose al lado de Lucy en la mesa y poniendo excusas para ir a la casetta.

Animado constantemente por Fiammetta, Philip invitaba a Lucy constantemente a salir de excursión o a cenar fuera. De haberse tratado de otra persona, Lucy habría aceptado alguna invitación, aunque sólo hubiera sido por salir de la villa durante unas horas.

Tal y como estaban las cosas, continuó rechazándole. Y ya que Philip no había conseguido encontrar los viñedos hasta el momento, era el refugio natural de Lucy.

Franco y Teresa tenían una cómoda casa donde había niños y animales y fragantes aromas de comida, y se había convertido en una segunda casa para ella. Marco y Emilia, encantados de hacer de intérpretes, la ayudaban a romper la barrera del lenguaje.

De repente, oyó movimiento a sus espaldas, el roce de la suela de un zapato en el duro terreno y una sombra proyectada en el lienzo. Durante un instante, creyó que, por fin, Philip había conseguido averiguar su refugio y se le heló la sangre.

—Lucia.

Era la última voz en el mundo que esperaba oír. Le tembló la mano y derramó unas gotas de pintura en el cuadro.

El soltó un juramento con voz queda, se arrodilló en una rodilla al lado de ella y, con el ceño fruncido, contempló las manchas.

—No quería asustarte, pero tampoco esperaba encontrarte aquí —Giulio parecía conmovido.

—Vengo aquí la mayoría de los días —Lucy trató de controlar sus sentidos.

—¿Sola?

—Suelo traer a los niños. Pero hoy se han ido a la clínica con Fiammetta para visitar a Alison, así que he aprovechado la oportunidad para pintar tranquilamente.

—Y yo lo he estropeado todo —Giulio suspiró brevemente; después, se puso en pie y se sacudió el polvo de los pantalones—. Perdona, Lucia. Tienes verdadero talento.

—Gracias —ella vaciló—. No sabía... quiero decir que nadie me ha dicho que ibas a volver hoy.

El se encogió de hombros.

—No lo sabe nadie. He venido impulsivamente. Tenía tiempo libre y pensé llevar a los niños a comer al campo como les había prometido.

—Oh —Lucy contuvo la respiración—. Creí que se le había olvidado.

Giulio sacudió la cabeza.

—Se me olvidan muy pocas cosas, Lucia —dijo él, recorriéndole el cuerpo con la mirada.

Consciente de ello, Lucy se ruborizó y se apresuró a decir:

—Se llevarán una desilusión.

—Sí; sobre todo, teniendo en cuenta que no tendré otra oportunidad.

Esas palabras debían significar que ya había anunciado su compromiso con Ángela, pensó Lucy con tristeza. La otra chica nunca había ocultado la indiferencia que sentía por los niños y tampoco era la clase de persona que disfrutase una comida al aire libre.

—Es una pena —dijo ella.

Giulio volvió a encogerse de hombros.

—Qué le vamos a hacer. Bueno, ¿quién hay en la villa?

—Nadie. Tu madrastra y la señorita Brockhurst se han ido de compras, pero volverán para la hora de cenar.

—Yo no. Tengo que volver a Firenze —Giulio hizo una pausa—. ¿No has querido acompañar a Fiammetta?

—Me ha preguntado si quería ir con ella, pero me parecía que a los niños les apetecería pasar un día con su madre, les sentará bien.

—Y por eso has venido a pintar sola —había una extraña nota en su voz—. Una pintura que yo he estropeado.

—Puede que no —Lucy miró el cuadro ladeando la cabeza—. Quizás pueda convertir las manchas en mariposas o pájaros, es posible que así mejore la pintura.

—Eres muy generosa... y también muy optimista —dijo él secamente—. Pero deja las mejoras para más tarde.

Giulio le puso la mano debajo del brazo y la levantó.

—Ven, vamos a comer al aire libre. No me digas que no, no puedes dejarme con tanta comida, Lucia.

Lucy sabía que debía resistirse, pero no pudo.

Unas horas a solas con él. La primera comida compartida a solas desde aquella noche en la villa cuando él cocinó tortilla.

—Muy bien.

Capítulo 13

EN el interior del coche sólo se oía el ruido del motor. El viento que entraba por la ventanilla abierta le revolvió el cabello a Lucy y le refrescó la enfebrecida piel.

Casi no podía creer lo que estaba haciendo.

Había supuesto que almorzarían en algún rincón del jardín de la villa; sin embargo, Giulio la estaba llevando por una estrecha carretera desconocida.

—Paciencia —le dijo él con humor.

—Creo que debería haber dejado un mensaje en la villa —Lucy se mordió el labio inferior—. Si Fiammetta vuelve pronto con los niños, se preguntará dónde estoy.

—¿Es ella la única que te preocupa?

—No.

Lucy imaginó la reacción de la condesa si se enteraba de que la niñera estaba de paseo con su hijastro.

Oyó a Giulio suspirar con impaciencia.

—¿Te arrepientes de haber venido conmigo?

—No. Has sido muy amable invitándome.

—La amabilidad es tuya, Lucia —de repente, Giulio pareció remoto.

Lucy se sumió en sus propios pensamientos y salió de su ensimismamiento cuando Giulio salió de la carretera y aparcó a la sombra de un árbol.

—Y ahora, vamos a andar.

Giulio sacó la cesta de la comida del maletero del coche y le dio una manta a Lucy. Cruzaron la puerta de una valla de madera y atravesaron un olivar. En la distancia, Lucy vio el brillo del agua y su leve rumor.

Cuando salieron de entre los árboles, Lucy se detuvo y abrió la boca de puro placer. Estaban en la margen de un río, sus aguas bajaban en cascada por unas rocas y caían casi verticalmente en una poza.

—¿Te gusta? —Giulio sonreía.

—Es maravilloso —Lucy lanzó una preocupada mirada a su alrededor—. ¿No es propiedad privada?

—Lo es —contestó él de nuevo con humor.

—Claro, qué idiota —Lucy suspiró—. Es parte de tu finca. ¿Eres el propietario de toda Toscana?

—Sólo en sueños —contestó Giulio secamente—. En realidad, mi finca es bastante pequeña comparada con otras.

Lucy se ocupó de extender la manta y de sacar la comida de la cesta. Había huevos, pollo relleno con paté de jamón, ensalada y diversos canapés que Lucy supuso les gustaban a los niños. De postre había melocotones y uvas, y había una botella de vino espumoso que Giulio metió en el río a refrescar.

—Te has tomado muchas molestias preparando el almuerzo —dijo ella tímidamente, consciente de su proximidad.

—Más de las que te imaginas, Lucia —Giulio estaba cortando rodajas de pechuga de pollo y poniéndolas en el plato de ella—. Verás, no he venido solamente para ver a los niños, sino también para traer buenas noticias.

«Va a decirme que se va a casar con Ángela. ¿Cómo voy a soportarlo?»

Con una calma nacida de la desesperación, Lucy dijo:

—¿Buenas noticias?

—Sí, algo que resolverá ciertos problemas. Aunque puede que a ti no te parezca bien.

El pollo estaba maravilloso, pero a Lucy le habría dado lo mismo estar comiendo arena.

—No creo que sea asunto mío.

—Te equivocas, Lucia, te concierne y mucho. Maddalena viene ya, creo que no lo esperabas.

—Bueno... no. ¿Cómo... has dado con ella?

—Ella ha dado conmigo. Vino al banco en un estado deplorable, angustiada y llorando, pidiéndome que la perdonase... y la ayudase. Al parecer, han arrestado a Moressi por fraude y ahora está en la cárcel. Maddalena ha trabajado para mi familia durante mucho tiempo. Ella no es una delincuente, sólo muy débil con su sobrino —Giulio hizo una pausa—. Aunque ahora ya ha aprendido la lección y no creo que vuelva a mostrar debilidad con él.

Lucy comió algo de ensalada.

—Por supuesto, querrá volver a la casetta y yo tengo que marcharme.

—Sí. Eres libre, Lucia. Libre para volver a casa por fin, para continuar con tu vida. ¿Estás contenta?

—Sí, claro, naturalmente —Lucy dejó el plato encima de la manta. Tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza—. Es una noticia maravillosa, aunque echaré de menos a Emilia y a Marco.

Vaciló unos instantes antes de añadir:

—¿Qué hay de los niños? ¿Podrá cuidarlos Maddalena además de atender la casa?

–Supongo que sí. Cuando no está preocupada por Tommaso, es una mujer muy eficiente. En cualquier caso, no será por mucho tiempo.

–Entonces, todo está resuelto –dijo Lucy secamente.

Quería llorar, gritar y golpear la tierra con los puños.

Pero lo que más deseaba era acortar el espacio que los separaba y tocar la mano de Giulio, sus cabellos, su cuerpo.

Libre para marcharse, qué ironía. ¿Qué libertad la esperaba?

–Sí, para bien de todos. Y tú, Lucia, ¿qué vas a hacer?

Ella se encogió de hombros.

–Tomaré el primer vuelo a Inglaterra.

–Sí, claro. Tal y como te dije al principio, Lucia, yo cubriré los gastos. Pero... ¿tienes tantas ganas de irte? ¿No te gustaría prolongar tus vacaciones y hacer turismo por Toscana? No has visto mucho...

«He cambiado mi vida. He descubierto lo que puede ser el amor. Se me ha roto el corazón. ¿Qué más puede pasarme?»

–Tengo que volver a mi tierra a recoger los trozos rotos... y cuanto antes mejor.

–Has tocado Il Porcellino –dijo él con voz queda–, algún día volverás a Firenze.

Ella forzó una sonrisa.

–No creo en las supersticiones. Además, éste es el sitio perfecto... para decir adiós –Lucy alzó su copa–. Salute.

Algo brilló en los ojos ámbar cuando él levantó su copa en respuesta.

–¿Te alegras de marcharte?

–Bueno...

–¿Consideras el tiempo que has pasado aquí positivo?

–Creo que he hecho mi trabajo razonablemente bien.

–No es eso lo que te he preguntado.

–No ha sido siempre fácil –contestó Lucy con voz débil.

–No –la ira salió de su garganta–. Ha sido un purgatorio, una tortura.

Lucy agachó la cabeza.

–Lo siento.

–¿Por qué te disculpas cuando sólo yo soy el culpable? Soy responsable de esta situación.

Ella no lo miró al contestar.

–No... de todo.

—No. Tienes razón, por supuesto. El deseo ha sido mutuo y por eso debemos compartir la culpa.

—No deberíamos hablar de culpas —dijo Lucy con voz ronca—, y mucho menos en un día así, siendo todo tan hermoso.

—Y tú lo más hermoso de todo. Oh, Lucia...

Giulio la atrajo hacia sí con una insistencia y una maestría a la que ella no se pudo negar.

La besó en la boca hasta el delirio. Lucy apenas fue consciente de lo que pasaba cuando Giulio la tumbó encima de la manta. Se sentía ya parte de él, su cuerpo entero cobró vida al sentir aquel cuerpo pegado al suyo.

Giulio le besó la garganta y sus labios permanecieron en la erótica zona del oído. Después, ocultó el rostro junto a la garganta y respiró el aroma de su piel.

A él le temblaban las manos cuando le desabrochó los botones de la blusa y se la abrió. El ámbar de sus ojos era casi dorado.

—No ha habido un momento del día o de la noche que no haya pensado en ti —susurró Giulio—, que no te haya deseado así. Oh, mía bella, mía carissima...

Movió la boca casi con reverencia mientras la paseaba por la suave piel de Lucy. Le cubrió con las manos las redondeces de sus senos mientras que con los pulgares jugueteaba con los pezones sensual y suavemente, haciéndola estremecer.

Cuando por fin se apoderó de uno de los erguidos pezones con la boca, un involuntario gemido de placer escapó de la garganta de ella. Lucy abrió los labios para rogarle el éxtasis, la culminación de su deseo, para pedirle el triunfo de su virilidad enterrado en su profunda y líquida llama.

Lucy quería darle placer, satisfacerlo como jamás había soñado. Ser su amante durante una apasionada eternidad.

Pero con incredulidad le sintió retirarse, apartarse de ella.

—Esto es una locura —le oyó decir con voz extraña.

—¿Giulio? ¿Qué pasa? —preguntó Lucy, agarrándole la camisa.

La risa de él carecía de humor.

—Pasa de todo, ¿no te parece?

—Has dicho que me deseabas —Lucy se dio cuenta de que había perdido el orgullo, que ya no le importaba.

—Sí. Te deseo tanto que he estado a punto de olvidarme del honor, de mis obligaciones, con el fin de perderme en ti temporalmente.

Lucy se estremeció mientras combatía las lágrimas, mientras hacía acopio de todo su valor.

—Perdóname, Lucia —Giulio tomó una mano entre las suyas y se la llevó a los labios—. Debería haberme quedado en Firenze. Debería haberme dado cuenta de que no podía confiar en mí mismo.

Se hizo un silencio antes de que la expresión de él se suavizara.

—Por favor, no me odies. Intenta comprender por qué esto no puede ser entre los dos, por qué debo ser fuerte por los dos, incluso en este momento... en el que no hay marcha atrás.

—Siempre hay marcha atrás —Lucy consiguió ponerse en pie y, con manos temblorosas, se abrochó la blusa—. Siempre se puede dar marcha atrás.

«A menos que se ame como yo amo, más allá del orgullo, el honor o la razón. A menos que se esté dispuesto a sacrificarlo todo por el amor, como yo habría hecho por ti».

Aquellas palabras sin pronunciar le helaron el corazón.

Por fin, Lucy alzó la barbilla.

—Por favor, llévame a la villa. Quiero hacer las maletas.

El trayecto de regreso pareció interminable. Giulio miraba al frente, su rostro era una máscara de bronce en un silencio que Lucy no se atrevió a romper aunque hubiera encontrado las palabras para hacerlo.

Con alivio, vio que Giulio la llevaba directamente a la casetta. Tan pronto como detuvo el coche, ella salió, desesperada por alejarse y por quedarse a solas para recuperar el control.

Cuando por fin se encontró en el interior de la casa, Lucy se dio cuenta de que jamás se había sentido tan sola en la vida.

Capítulo 14

Lucy tenía las maletas a medio hacer cuando alguien llamó a la puerta. Cuando bajó, le sorprendió ver a la criada de la condesa esperándola.

Agnese explicó en pocas y tensas palabras italianas que la señora Rinaldi y los niños habían regresado y que la señora quería ver a Lucy en la villa.

«Más despedidas», pensó ella después de dar las gracias.

Encontró a Fiammetta en el salón con Marco, que estaba jugando con el coche. Pero Emilia no estaba allí.

Fiammetta parecía transformada, su rostro con vida.

—Lucia, estoy encantada. Giulio estaba aquí esperándonos cuando hemos vuelto.

—Sí, lo sé — Lucy forzó una sonrisa —. Él... me ha contado lo de Maddalena.

—¿Lo de Maddalena? —repitió Fiammetta sin comprender—. No me estoy refiriendo a Maddalena, sino a mi marido. Sergio vuelve, Giulio ha dicho que estará aquí mañana.

—Eso es maravilloso —dijo Lucy con sinceridad—. Me alegro mucho por usted.

—Oh, estoy deseando verlo. Por la mañana voy a ir al salón de belleza en Siena y voy a comprar algo de ropa.

—Voy a llevarme a los niños a la casetta para que se cambien de ropa para la cena. ¿Está Emilia jugando en el jardín?

—La he dejado en mi habitación, quería ponerse ropa mía.

Lucy encontró a Emilia desfilando con un vestido rosa que le arrastraba por el suelo y moviendo las muñecas.

—Soy una princesa —anunció la niña.

—En ese caso, alteza, es hora de que se cambie de ropa para asistir al banquete.

Emilia se permitió una mueca de desagrado, pero se sometió con docilidad a la voluntad de Lucy y le permitió que le quitara el vestido para ir a la casetta.

Después de decirles a los niños que se marcharía al día siguiente, decidió terminar de hacer las maletas por la mañana y se puso un sencillo vestido negro para la última cena en la villa.

El camino a la villa fue alegre, los dos niños no cesaron de charlar. Pero tan pronto como entraron en la casa, Lucy se dio cuenta de que algo andaba mal.

Teresa estaba en el umbral de la puerta de la cocina con el rostro pálido y angustiado. Desde el salón, se oía la estridente voz de la condesa que contrastaba con el tono más suave de Fiammetta.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Lucy —. ¿Qué ha pasado?

Teresa se encogió de hombros y desapareció en el interior de la cocina.

Lucy abrió la puerta del salón, el instinto no le había engañado.

— Ah — Claudia Falcone se volvió como una tigresa al ver a su presa —. La digna de confianza señorita Winters. Quizá ella nos pueda explicar este misterio.

— Mamá, no tienes derecho...

— Tengo todo el derecho que quiera. No sabemos nada de esta mujer, que ha aparecido Dios sabe cómo y de dónde. No tiene referencias ni recomendaciones de nadie, que nosotros sepamos.

— De Giulio — dijo Fiammetta.

La condesa hizo un gesto de desdén.

— Otro misterio. Quién sabe qué relación han tenido... o lo que esta puttana se ha creído.

El italiano de Lucy era muy limitado, pero reconoció la palabra.

— ¡Cómo se atreve!

— No se haga la inocente conmigo, señorita. ¿Acaso cree que estamos ciegos y que no nos hemos dado cuenta de cómo mira a mi hijastro?

Se oyó un ruido ahogado y Lucy vio que las lágrimas corrían por las mejillas de Emilia.

— Cariño — dijo Lucy, arrodillándose al lado de la niña mientras Marco también estallaba en sollozos.

— ¡Mamá! — esta vez, la voz de Fiammetta era afilada —. Mamá, ya es suficiente.

Fiammetta se acercó a la puerta y llamó a Teresa, que pronto apareció y se llevó discretamente a los niños.

— Lucia, tenemos un problema. Ha ocurrido algo terrible y estamos muy disgustadas. El rubí, el anillo Falcone, ha desaparecido de la habitación de mi madre. Lo hemos buscado por todas partes, pero no lo hemos encontrado — la joven hizo una angustiada pausa —. Por difícil que resulte, tenemos que preguntarte si lo has visto.

Se hizo un breve y tenso silencio; entonces, Fiammetta continuó casi desesperadamente:

— Lucia, tú has pasado el día aquí sola. Ángela y Philip se marcharon antes de que mi madre saliera siquiera de su habitación, y ninguno de los dos ha regresado todavía — se hizo otra pausa —. Quizás hayas visto a algún desconocido por aquí...

—Fiammetta, eres tonta —le interrumpió la condesa con impaciencia—. No ha venido ningún desconocido por aquí. Esta chica ya ha espiado por la casa. Hace una semana, Agnese la vio salir de mi habitación. Y hoy, Giulio me ha dicho que vuelve Maddalena y que Lucia se marcha; por lo tanto, ha decidido cobrar un extra por los servicios prestados. Se acabó la discusión, voy a llamar a la policía.

Lucy se la quedó mirando y luego dijo despacio:

—¿Cree que yo he robado el anillo Falcone? Debe de estar loca.

—No. Eres tú quien está loca, loca porque mi hijastro va a casarse y ya no quiere saber nada de ti. Y has decidido llevarte el anillo de la familia para vengarte porque sabes que es el símbolo del compromiso de Giulio con mi sobrina.

Lucy se volvió a Fiammetta.

—Señora Rinaldi, no puede creer...

—No sé qué pensar —dijo Fiammetta con expresión dolorida—. Pero hemos buscado por todas partes y ahora mamá insiste en que registremos la casetta. Espero que no te opongas a ello.

—Por supuesto que no.

De repente, Lucy vaciló. Emilia, pensó al recordar el repentino llanto de la niña.

Emilia había estado jugando sola a las princesas. ¿Podría haberse apoderado otra vez del anillo?

—La señorita Winters no parece muy segura —dijo la condesa en tono casi triunfal.

—No pasa nada —respondió Lucy—. No tengo ningún inconveniente a que registren la casetta.

El problema podría ser en el cuarto de los niños. Si Emilia había tomado el anillo, Lucy siempre podía encontrarlo y devolverlo, haciendo ver que no habían buscado bien en la villa.

—¿Y también podrá explicar por qué estaba en mi habitación el otro día?

—Estaba jugando al escondite con los niños.

—Ah —la sonrisa de la condesa era irónica—. Y hoy vamos a jugar todos al escondite.

—Mamá —Fiammetta parecía desesperada—, te agradecería que no dijeras esas cosas. Puede que el anillo se haya perdido simplemente...

—Tonterías —dijo la condesa con desdén—. Lo han robado y ha debido ser esta chica. Venga, vamos a la casita.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Lucy con voz serena—. ¿Cómo sabía que el conde Falcone ha estado hablando conmigo... respecto a mi partida?

—Agnese los vio juntos... en la casetta —contestó Claudia—. Todo el tiempo que ha estado usted aquí, señorita, mi criada la ha estado vigilando.

– Entiendo.

Agnese las acompañó a la casetta. La condesa no se iba a manchar las manos en la búsqueda, pensó Lucy irritada.

– ¿Es realmente necesario? – le preguntó a Fiammetta.

– Mi madre lo cree así, Lucia... lo siento.

– No tanto como yo.

Claudia Falcone no perdió el tiempo con el cuarto de estar. Seguida de Agnese, fue directamente a la habitación de Lucy y señaló la maleta abierta que había encima de la cama.

– Mira ahí.

Como en una pesadilla, Lucy vio a Agnese alzar un vestido amarillo con falda plisada. Un pequeño objeto envuelto cayó al suelo y la condesa lanzó un grito de triunfo. El anillo Falcone brilló como sangre ardiente.

«El vestido que llevaba puesto en Firenze», pensó Lucy. «Qué extraño que Emilia escogiera ese escondite, pero al menos ha tenido el sentido común de no esconderlo en su cuarto entre sus cosas».

– Ni siquiera es una ladrona lista, señorita – Claudia Falcone se puso el anillo y miró a su hija –. Ahora vamos a llamar a la policía.

– No – respondió Fiammetta con más firmeza que nunca –, no voy a permitirlo. Mamá, ya tienes el anillo, conténtate con eso. Lucia se va mañana y a Giulio no le gustaría un escándalo.

Había dolor en su mirada cuando clavó los ojos en Lucy.

– ¿Puedes darnos alguna explicación, Lucia?

«Sí», pensó Lucy. «Pero no puedo hacerlo. Emilia es sólo una niña, no comprende las consecuencias de sus actos y esto podría ser desastroso para ella. Además, ¿de qué serviría? Nunca voy a volver a veros».

Lucy alzó la barbilla y respondió:

– Señora, no sé cómo ha llegado el anillo aquí. Lo único que puedo decir es que yo no lo he puesto en mi maleta.

– En ese caso, no hay más que decir – Fiammetta suspiró –. Haré que te sirvan la cena aquí esta noche y mañana Franco te llevará a Montiverno para que tomes el autobús que va a Pisa. Tendrás que comprender que no queremos tener más contacto contigo, ni nosotras ni mis hijos. Ellos dormirán en la villa esta noche.

Lucy terminó de hacer las maletas como una autómatas.

Cuando la infeliz Teresa le llevó la bandeja con la cena aquella tarde, Lucy enderezó los hombros para darle una nota para Philip.

La tarde pasó despacio y Lucy estaba a punto de darse por vencida e irse a la cama cuando Philip llamó a la puerta.

– Vaya cara dura de llamarme – fue el saludo de él –. Ahora podrían pensar que estábamos compinchados en esto.

Lucy jadeó.

– No es posible que creas que yo he robado el anillo.

– Pues alguien lo ha hecho... aunque Ángela cree que lo has hecho por despecho, no por robarlo, porque estás enamorada de Giulio Falcone.

– Esa mujer tiene una manera de pensar muy enrevesada – declaró Lucy fríamente –; sin embargo, su opinión no me interesa. La cuestión es que necesito que me prestes algo de dinero para volver a casa. Tal y como están las cosas, no me van a dar el dinero para la vuelta.

– ¿Y quieres que te lo dé yo? ¿Cuando llevas evitándome toda la semana?

– Es sólo un préstamo – Lucy tragó saliva –. Philip, no te lo pediría si no me encontrara en una situación desesperada. Te lo devolveré cuando vuelvas.

– Podrías pagármelo en especias... ahora – dijo él en tono calculador –. ¿Qué dices, Lucy? ¿Un revolcón en la cama?

Perpleja, Lucy se dio cuenta de que Philip no estaba bromeando.

– Prefiero volver andando.

– Bien. No tienes mucha suerte, ¿verdad, Lucy? Dos hombres en tu vida y Ángela te ha quitado a los dos. No me sorprende que se esté riendo de ti.

El vaso de vino seguía sin tocar en la bandeja.

– En ese caso, yo también me voy a reír – y le tiró el vaso de vino a la cara.

Durante un momento, Philip se quedó inmóvil mientras el rojo líquido le caía por la nariz y la barbilla, manchándole la cara camisa.

– ¡Bicho! – dijo en tono venenoso.

Y se marchó con toda la dignidad de que fue capaz.

Franco, con expresión apesadumbrada, se presentó en la casetta por la mañana temprano.

Fue un viaje tenso y Lucy sintió un gran alivio cuando llegaron a Montiverno.

Le sorprendió que Franco le estrechara la mano cariñosamente.

– Ti credo, *signorina* – le dijo Franco –. La creo, y Teresa también la cree.

A Lucy se le llenaron los ojos de lágrimas al verle partir. Y le dieron ganas de echarse a llorar otra vez cuando se enteró de lo que tenía que esperar para tomar el autobús a Pisa. Para matar el tiempo, se compró un bollo y un café cerca de la parada de autobuses y se sentó en un banco a esperar.

Intentó leer, pero no podía concentrarse. Le dolía abandonar Toscana en aquellas circunstancias, aunque no era responsable de lo que había ocurrido.

Sintió náuseas al imaginar lo que le contarían a Giulio, al imaginar lo que pensaría él.

Sin embargo, Giulio era el único que comprendería lo que había hecho Emilia y por qué, el único que se guardaría esa información y perdonaría a la niña al igual que le prestaría la ayuda que Emilia necesitaba.

Oyó el chirrido de unos frenos y vio un autobús detenerse, su destino era Firenze.

Lucy se puso en pie temblando. «Tengo que decírselo», pensó. «Tengo que decírselo por el bien de Emilia, para que él pueda protegerla. De lo contrario, volverá a ocurrir y su abuela hará que la lleven a una institución donde quedará marcada para siempre».

Fue un trayecto rápido y directo, pero Lucy no cabía de impaciencia cuando llegaron a Florencia. El autobús paró cerca de la estación de ferrocarril y Lucy dejó la maleta en consigna. Después, entró en la oficina de turismo y allí le indicaron dónde estaba el banco Falcone.

Era un edificio relativamente moderno en una calle anónima que salía de la plaza de la República.

Su insistencia en ver urgentemente al conde Giulio Falcone fue recibida con educación, pero escepticismo. Por fin, se vio delante de una secretaria de mediana edad que explicó que el conde Falcone no podía atenderla.

—En ese caso, le agradecería que le diera un mensaje — dijo Lucy nerviosa.

—Lo siento, señorita, el conde no va a volver al banco hoy. Le llamaron urgentemente por un asunto de familia.

«Bueno, lo he intentado», pensó Lucy tratando de consolarse mientras volvía a la estación. Allí, se encontró con que había perdido la conexión para Pisa y debía esperar una hora.

Sin saber cómo llenar esa hora, sus pasos la llevaron a Il Porcellino. El oso de bronce le sonrió amistosamente.

—He vuelto — le susurró Lucy —, pero no como quería. Y ya no volveré nunca más.

Alzó una mano y le acarició el hocico en señal de despedida.

Pisa se encontraba bajo un sol abrasador cuando, por fin, Lucy llegó al aeropuerto Galileo Galilei. Puso las maletas en un carrito y se dirigió hacia los mostradores pensando lo que iba a decir.

Cuando las puertas se abrieron silenciosamente para permitirle la entrada, lo único que vio fue a él.

Estaba delante de ella, con las manos en las caderas y una expresión seria y cansina, un brillo dorado de humor iluminaba sus ojos. Lucy pensó que daría un año de vida por verle sonreír otra vez.

Giulio avanzó un paso y puso una mano en el carrito, deteniendo el avance de Lucy.

—Vaya, por fin has llegado.

A Lucy le dio un vuelco el corazón.

—¿Has venido para que me arresten? —preguntó ella con voz ronca—. ¿O sólo para asegurarte de que abandonaba el país?

—Ninguna de las dos cosas. Lucia. Deberías conocerme mejor.

Lucy ya no estaba segura de nada, pero tenía que dejar clara una cosa.

—Giulio, te juro que no he sido yo, yo no robé el anillo —hizo una pausa—. Pero me temo que sé quién lo hizo.

—Y yo también —dijo él débilmente—. No puedes imaginarte cómo lo siento.

Lucy quería ponerle las manos en el rostro y, con un beso, hacer que desapareciera esa expresión de pesar.

—No seas muy duro con ella. Es desgraciada y está confusa... creo que lo ha hecho por ti.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Giulio secamente—. Si se hubiera salido con la suya, ahora estarías en una comisaría.

Lucy se estremeció.

—Ella no puede querer eso. Estoy segura de que no era su intención...

—Estás equivocada, Lucia. Ella quería destruirte. Sergio y yo hemos tenido que escuchar todo lo que ha salido por su boca, todo el veneno que lleva dentro. Ha sido horrible.

—Cariño, no digas eso, es sólo una niña. No sabe...

—¿Una niña? —Giulio arqueó las cejas—. Dudo que Claudia haya sido nunca una niña.

—¿Claudia? —Lucy casi gritó el nombre—. ¿Que ella ha robado el anillo?

—Sí—Giulio inclinó la cabeza—. Se lo dio a su criada para que ésta lo escondiera en tu maleta. ¿No lo habías sospechado?

—No. Yo creía que... había sido Emilia.

—¿Emilia? —repitió Giulio—. Pero, ¿por qué...?

Lucy se lo quedó mirando.

—Emilia te había oído discutir con su abuela sobre el anillo y quería ayudarte. Tomó el anillo en una ocasión, pero yo la obligué a devolverlo. Sabía lo que haría la condesa Falcone si lo descubría. Sin embargo, parece que Agnese me vio.

—Vaya, ahora todo concuerda —dijo Giulio, cansado—. Ha estado espiándote desde el principio y nos ha visto besarnos. Al decírselo a Claudia, tramaron esto para deshacerse de ti con la esperanza de que volvieras a Inglaterra antes de que yo me enterase de nada.

—Es increíble.

—No, si uno conoce a Claudia —Giulio suspiró y miró a su alrededor.

—No podemos seguir aquí. Vamos a meter tu equipaje en el coche y vamos a un sitio tranquilo donde podamos hablar en privado.

—Tengo que comprarme un billete, tengo que volver a casa. Sólo quería que tú supieras que no soy una ladrona.

—Idiota —dijo él con voz sumamente tierna—. Tonta. ¿En serio crees que voy a dejarte marchar?

—No puedes retenerme aquí —protestó Lucy y comenzó a empujar el carrito—. No tienes derecho, te vas a casar con Ángela.

—Vamos a dejar las cosas claras. No me voy a casar con Ángela, ni ahora ni nunca. No estoy enamorado de Ángela y nunca lo he estado. Por fin, ella y Claudia se han enterado.

—¿No la deseas? —preguntó Lucy con voz ahogada.

—Te amo, Lucia —dijo él con ternura—. Y tan pronto como estemos solos, voy a pedirte que seas mi esposa. Pero no aquí, en medio del aeropuerto.

Lucy, atónita, le siguió hasta el coche.

—Bueno, aquí estamos —dijo él, después de sentarse al volante—, justo en el mismo sitio donde empezamos.

Giulio se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el anillo Falcone.

—Dame la mano, mi vida.

Ella le obedeció y Giulio deslizó el anillo en su dedo.

—Y ahora, mi amor, ¿me crees?

Giulio la besó profunda y tiernamente; después, con una pasión desenfrenada que hizo que Lucy creyera que se le iba a parar el corazón.

Cuando pudo hablar, Lucy dijo casi sin aliento:

—Pero tú me dijiste que me fuera. Dijiste que tenías deberes, obligaciones...

—Yo no, mi vida, pensé que eras tú. Creía que seguías enamorada de ese Philip que no se lo merecía. Descubrí una foto de él rota el primer día, en tu habitación en la villa, y lo reconocí cuando le vi aparecer con Ángela.

—¿Cómo pudiste reconocerlo? Nunca lo habías visto, ¿no?

Giulio se encogió de hombros.

—Ángela es una mujer rica. Su padre, por supuesto, tiene cuidado con los hombres con los que ella sale e investiga sus antecedentes. Y me pasa la información que obtiene como medida de precaución debido a la relación entre nuestras familias. No me impresionó lo que leí sobre Philip.

Giulio hizo una pausa antes de continuar.

—Cuando fui a Lussione y pregunté a tus amigas, ellas confirmaron que Philip te había dejado por otra y que tú estabas destrozada. Lo último que podía imaginar fue que Ángela apareciese con él.

Giulio se interrumpió de nuevo, la miró y añadió:

–No podía pensar más que en lo mucho que debías estar sufriendo. Quería protegerte. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo que sentía por ti era algo más que una atracción pasajera. Me di cuenta de que me había enamorado de ti cuando temblaste por primera vez en mis brazos.

El comienzo de una sonrisa curvó los labios de Lucy.

–Creo que fue también cuando yo me enamoré de ti, querido Giulio.

Él le levantó la mano y se la llevó a los labios.

–Qué tontos hemos sido, qué de tiempo hemos perdido –Giulio suspiró.

–¿Cómo se te ocurrió pensar que aún estaba enamorada de Philip después de ver la forma como reaccionaba contigo? –las mejillas de Lucy se encendieron.

El le acarició el rostro.

–El sexo puede engañar, Lucia. Me convencí de que le pertenecías a otro hombre, que no tenía derecho a confundirte... a seducirte.

Giulio sacudió la cabeza.

–También intenté mantenerme apartado de ti, pero me resultaba imposible. Por eso dejé la villa y volví a Firenze, porque no me fiaba de mí mismo.

–En realidad, al poco de dejarme, me di cuenta de que la relación entre Philip y yo no habría podido llegar a ninguna parte y que él nos había hecho un favor a los dos al marcharse –dijo Lucy–. Admito que me quedé mal cuando me dejó, pero era el orgullo lo que me dolía, no el corazón.

–Pero esa chica, Nina, estaba tan segura... Dijo que eras una mujer de un sólo amor, que estabas destrozada.

Lucy se mordió los labios.

–Nina y yo trabajamos en la misma empresa, pero nunca hemos sido amigas y nunca he confiado en ella. Creo que tenía sus propios motivos para decirte eso.

Giulio lanzó un gruñido.

–Debería haberte preguntado a ti, pero no me atreví.

Lucy se tocó el anillo Falcone.

–¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

–Fiammetta me dijo que Philip había vuelto a la villa manchado de vino anoche. Uní eso con el hecho de que te dejaba marchar sola para que no lo asociaran con el robo y también tuve en consideración ciertos comentarios sobre tu supuesta frigidéz. Le debe a Sergio que no le partiese la cara. Cuando me marché, Ángela y él estaban discutiendo, se merecen el uno al otro.

La boca de Lucy esbozó una temblorosa sonrisa.

–Sí, eso creo. ¿Pero cómo descubriste lo de Claudia?

—De nuevo, gracias a Sergio. Llegó a la villa esta mañana después de dejarte y encontró la casa alborotada. No le costó mucho darse cuenta de que Emilia estaba preocupada. La niña había oído parte de la conversación que mantuvieron Agnese y Claudia y, aunque no lo comprendió todo, le contó a Sergio lo suficiente como para que él sospechara algo. A Sergio le pareció lo mejor avisarme y, entre los dos, le sacamos la verdad a Agnese y, por fin, a la misma Claudia.

Giulio suspiró antes de continuar.

—La ordené que hiciera las maletas y se marchara de la villa inmediatamente, y le dije que no quería volver a verla nunca. Después, dejé al pobre Sergio y he venido a Pisa para buscarte. Llevo aquí la mayor parte del día.

Lucy suspiró.

—Y yo estaba en Firenze buscándote a ti. No podía soportar marcharme sin volverte a ver.

—Pues ya me has visto otra vez —le dijo él con ternura—. Cariño mío, no puedo vivir sin ti.

—Ni yo sin ti —Lucy lo miró con súbita timidez—. Pero todo ha pasado tan rápidamente...

—Lo mismo pasó con mi padre y mi madre —dijo él sonriendo—. Una mirada, una sonrisa... y estaban perdidos. Y ahora, cielo, ¿crees en la fuerza del destino?

—Sí.

Giulio asintió.

—Cuando lleguemos a la villa, todos se habrán marchado ya. Sergio se va con su familia, así que ya lo conocerás en otro momento, cuando Fiammetta se haya tranquilizado. Así que tú y yo, cariño, vamos a tener tiempo para hacer planes para la boda.

Giulio hizo una pausa antes de añadir:

—De todos modos, creo que aún te queda algo por decirme.

—¿Sí? —Lucy frunció el ceño—. Creo que ya hemos hablado de todo.

—No —la mirada ámbar brillaba de amor y ternura cuando se clavó en el rostro de Lucy—. Todavía no me has dicho que me amas, Lucia.

Lucy le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él. Después, le susurró junto a los labios:

—Creo que voy a pasarme el resto de la vida amándote, cariño.

Fin

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son tuyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

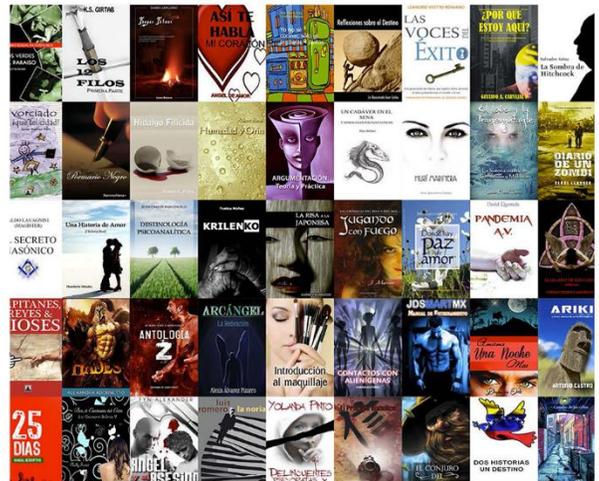
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



Apple Windows android nook kindle

- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS